



AÑO II.

NUM. XIX.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

JULIO—1890

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Extranjera.

LAS INFECCIONES (1)

Nos reunimos para celebrar el XCIII aniversario de la fundación de esta Academia, período de tiempo rico en trascendentales acontecimientos, de mayor significación é importancia que ningún otro para las ciencias naturales. Durante él ha ganado de tal manera la medicina en extensión y profundidad, y ha sufrido cambios tan notables en su esencia, que seguramente había de costar trabajo á los fundadores de esta Academia el ponerse, si resucitaran, al corriente de nuestros progresos. Tarea difícil ha sido para los miembros del Instituto que nos cobija la de mantenerlo siempre á la altura de su misión, siguiendo paso á paso el rápido desenvolvimiento de las disciplinas médicas; pero, gracias al buen deseo y al trabajo de los que han ido sucediéndose en tan elevado cargo, los facultativos militares hallaron siempre aquí envidiable enseñanza.

(1) Este discurso, que tanto ha llamado la atención del mundo científico desde que su autor lo leyó en la Academia de Medicina militar de Berlín, ha sido cuidadosamente traducido para LA ESPAÑA MODERNA por el joven y ya ilustre médico Dr. Murillo, discípulo predilecto del eminente profesor R. Koch.

Hoy es la primera vez que la higiene se halla oficialmente representada entre vosotros, y me parece propicia la ocasión para mostrar el cometido de los médicos militares en el capítulo referente al modo de combatir las infecciones en la guerra. El tema es tanto más oportuno, cuanto que las opiniones respecto á la naturaleza y medios de combatir esas plagas que diezman los ejércitos difieren bastante de las que hace poco regían.

Hay reglas generales de higiene que en muchos casos pueden ser de gran utilidad para un ejército; basta recordar la importancia que entraña la alimentación y el uniforme de los soldados; y para que se vea cuán graves consecuencias puede traer el olvido de las reglas higiénicas, aun en cosas al parecer triviales, citaré el hecho de que en la última guerra franco-prusiana, por no prestar la atención debida al calzado de las tropas, enfermaron de los pies, y quedaron sin más motivo fuera de combate 30,000 hombres antes de darse la primer batalla. Pero bajo este concepto, y desempeñando este papel, la higiene no hace más que ayudar al hombre en sus fines, y los consejos que da, si bien muy útiles, no son indispensables. Y es que la naturaleza humana se habitúa á muchas cosas que la higiene reprueba; soporta mejor ó peor una alimentación no fisiológica, conlleva largo tiempo las molestias anexas á las habitaciones insalubres, y logra muchas y brillantes victorias antes de que se la provea de calzado higiénico...., todo lo cual depende de que el hombre, individualmente, se ingenia para sortear esos obstáculos y llenar esas lagunas, encontrando siempre, gracias á su instinto, lo que más le aprovecha, y lo que más le conviene.

Hay, sin embargo, un peligro, contra el cual los ejércitos, aislada ó colectivamente, se encuentran sin am-

paro y sin consejo: tal es el que representan las enfermedades infecciosas, las epidemias militares. Ya en tiempo de paz merodean, y hacen presa en los cuadros de la milicia, pero cuando el fuego de la guerra resplandece siniestro en los campos y en las ciudades, cuando el furor odioso de la destrucción siembra por doquier el espanto y la ruina, entonces la peste, las diferentes pestes, surgen de su guarida, se abaten sobre los pueblos, y aniquilan cuanto encuentran en su carrera vertiginosa y letal. Orgullosos ejércitos han perecido al choque de esas epidemias, y ellas, sólo ellas, decidieron en más de una ocasión la suerte de una batalla y los destinos de un pueblo. Contra tan formidable enemigo sólo existe un remedio: la higiene, que no se contenta ya con paliar, sino que muchas veces es verdaderamente salvadora.

En qué proporción son funestas para el ejército las enfermedades infecciosas, y cómo la higiene puede prevenirlas, van á demostrarlo los siguientes ejemplos. La mortalidad del ejército prusiano desde 1867 á 1872 fué de 5,7 por 100 en tiempo de paz; 3,59 por 100, ó sea casi las dos terceras partes de esa mortalidad, correspondió á las infecciones, y principalmente al tifus abdominal, disentería, pneumonía y tuberculosis. El mismo ejército en campaña tuvo el 18,6 por 100 de bajas por enfermedad, de cuyo número correspondió el 16,5 por 100 á las infecciones. Adviértase que en el período del 67 al 72 los padecimientos infecciosos no florecieron como en las guerras anteriores, puesto que el número de bajas por enfermedad vino á ser mitad menor que el número de bajas por herida. Se debe este resultado, en parte, al progreso de las reglas sanitarias, y, en parte, á la feliz casualidad de que el tifus exantemático y el cólera, epidemias militares las más temidas, no hicieron irrupción en nuestras hues-

tes. En guerras anteriores, el número de muertos por enfermedad era *seis veces mayor* que el número de muertos por traumatismo: el tifus y la disentería se encargaban de arrebatarse la vida á la flor de las naciones, á tantos hombres robustos y escogidos. Parecía increíble que un ejército como el de Napoleón I en Rusia, un ejército de más de 500,000 aguerridos y victoriosos militares, hubiese de sucumbir á la acción de causas tan *despreciables* y *ajenas* al arte de la guerra, y, sin embargo, el tifus, compañero inseparable de las falanges napoleónicas, penetró hondamente en sus filas, y, como genio vengador y maldito, comenzó su obra antes de que comenzaran las batallas: de día en día, de semana en semana, fué adquiriendo proporciones espantosas, de tal manera, que, al llegar á Moscow, el ejército francés se hallaba desmoralizado y reducido á su *quinta parte*, no por los rigores del clima, no por los cañones enemigos, sino por el tifus exantemático. El año 1866 tuvo el ejército prusiano, en una corta campaña, 5,235 muertos por heridas, y 6,427 muertos por enfermedades, puede decirse por el cólera, á cuya cuenta hay que cargar el enorme pasivo que indican las mencionadas cifras.

Estos ejemplos y otros varios, igualmente instructivos, que podría aducir, bastan para demostrar la importancia de las infecciones en la vida de los ejércitos, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

Si exceptuando la franco-prusiana, estudiáis, bajo el punto de vista sanitario, todas las demás habidas en este siglo, llegaréis á adquirir la errónea convicción de que *epidemia* y *guerra* son dos hechos, dos calamidades inseparables, y llegaréis también á creer que, en campaña, las epidemias dependen de condiciones irreductibles al influjo humano. En el mismo sentido habla la compara-

ción de las cifras de mortalidad, regular y proporcionada, que corresponde á las infecciones en la paz. ¿Son, pues, enfermedades cíclicas en su aparición é inevitables?

La respuesta afirmativa que ha poco se daba á esta pregunta equivalía á entregarse en brazos de la fatalidad confesando la impotencia de la Higiene. Afortunadamente no es así; positivamente no es así. Las guerras más modernas, incluso la interesante guerra de Crimea, prueban que tenemos á nuestra disposición medios poderosísimos que, bien manejados, reducen á su *mínimum* y hasta evitan en totalidad los estragos de las más furibundas epidemias. Las estadísticas de la guerra de Crimea, tomadas en conjunto, nos demuestran la proposición que acabo de sentar.

Las tropas francesas, numéricamente superiores y las más fogueadas en aquella guerra, perdieron por heridas 20,240 hombres, y por enfermedad 75,375, ó sea: por cada individuo muerto á consecuencia de las armas, murieron cerca de *cuatro* individuos á consecuencia de las enfermedades; las tropas inglesas tuvieron 1,761 bajas por traumatismo y 16,297 bajas por enfermedad, ó sea: por cada individuo muerto á consecuencia de las armas, murieron *nueve* á consecuencia de las enfermedades (1). Pero si comparamos ahora las pérdidas de los franceses y de los ingleses en cada una de las etapas que tuvo la guerra, obtendremos la siguiente importantísima y extraña diferencia: siendo las fuerzas francesas numéricamente el cuádruplo de las inglesas, en el primer invierno de campaña se equilibraron las muertes en ambos ejércitos, mientras que en el segundo invierno murieron por enfermedad 551 ingleses, y no perecieron cuatro veces más

(1) Los rusos perdieron 600,000 hombres en esta guerra.

franceses, como correspondía á la proporción total, sino que perecieron 21,182, ó, lo que es lo mismo, quedaron en el campo muertos por enfermedad *cuarenta* veces más franceses que ingleses. ¿Á qué se debe esta diferencia? ¿Cómo se explica que dos ejércitos, haciendo vida común, en igualdad de circunstancias, sometidos á la condición áspera del mismo aire y del mismo suelo, presenten, en punto á defunciones, tan enorme disparidad? Encontraréis la respuesta en los escritos de los médicos militares que se han ocupado en describir la guerra de Crimea bajo su aspecto sanitario. Los franceses se quejan amargamente de que las ordenanzas les impidiesen tomar las medidas higiénicas necesarias, obligándoles á permanecer inactivos ante el conflicto; las tropas inglesas, por el contrario, se apresuran á poner en ejecución los preceptos aconsejados por sus médicos; cuestan, es verdad, quince millones de pesetas, pero el resultado es brillante. Esos medios, en que luego me ocuparé, no son de universal aplicación contra las epidemias militares, aunque sí son de excelente efecto contra el tifus exantemático, enfermedad dominante en la guerra de Crimea. Ciertamente fallarán poco ó mucho en otras circunstancias y contra otras pestes, pero han de reportar siempre indudable utilidad para combatir el tifus en la guerra.

La mortalidad comparada del ejército prusiano demuestra, por otra parte, que también en tiempo de paz se combate y triunfa de las infecciones, pues á medida que los adelantos científicos se plantean, va disminuyendo el tributo que pagaba á la muerte; primero, de 13,8 por 100 á 9,5 por 100; luego á 6 por 100, y por último á 4,5 por 100.

De lo expuesto se deduce que estamos autorizados á considerar las enfermedades infecciosas como enferme-

dades evitables, y, en efecto, es posible evitarlas, si no total, al menos parcialmente.

Falta ahora preguntar qué medios, ya empíricos (los antiguos), ya científicos (los modernísimos), encuentran racional aplicación en el tratamiento preventivo y curativo de las epidemias. En la época de Sebastopol reinaban aún ideas, en parte indefinidas y en parte erróneas, acerca de la naturaleza de las infecciones, y este mismo sello tienen los medios que se aconsejaban para comba-tilas. Eran más bien reglas generales, deficientes en muchos casos, y complicadas inútilmente en otros. Hoy han variado por completo las circunstancias del problema; no sólo tenemos positivamente por infecciosas muchas enfermedades que antes se consideraban comunes, sino que hemos llegado á establecer el siguiente importantísimo principio: Existen ciertas leyes, existen ciertas reglas cuyo dominio se extiende á todas las infecciones; pero fuera de este lazo común, cada enfermedad infecciosa es *per se* tan característica en su etiología, y tan distinta de las demás, que únicamente será buena aquella profilaxis que se funde en los caracteres particulares, en los rasgos específicos de la infección. Á enfermedad específica, tratamiento específico basado en su naturaleza: ese es el ideal de la Higiene moderna.

Aunque lejos todavía de ese ideal, poseemos hoy datos valiosos que nos animan á proseguir en la ruta emprendida; tesis que voy á demostrar, exponiendo á vuestra consideración algunos puntos generales, ya que no cabe en los límites de un sencillo discurso el análisis detallado y profundo de la cuestión que me ocupa. Ante todo, precisa sentar el axioma de que las medidas profilácticas deben hallarse en conexión íntima y ser como una deducción de la historia natural de las epidemias. Sobre este

punto concreto la ciencia actual proclama y enseña los principios fundamentales que á continuación se expresan:

a) El estudio de numerosas infecciones ha demostrado que los agentes que las provocan y sostienen son seres orgánicos, son microorganismos, y aun aquellas infecciones cuya *esencia* no está positivamente averiguada, son tan análogas á las demás en sus caracteres generales que no es atrevimiento inferir su naturaleza, su fondo, su causa viva. Por consiguiente, las enfermedades infecciosas son parasitarias.

b) Á semejanza de los otros organismos, aquellos que son productores de enfermedad y epidemia no nacen nunca á la vida por generación espontánea, sino que proceden siempre de gérmenes preexistentes. Pueden, sí, variar de cualidades dentro de ciertos límites bastante fijos, pero no hay datos que permitan sospechar la transformación de una especie en otra distinta. No es esto negar la posibilidad de que en el transcurso de largas épocas, ocultas á la humana observación, haya habido ó pueda haber transmutación de especies en las infinitamente pequeñas: lo cierto es, que no se han observado en lo que alcanza el período histórico para enfermedades tenidas siempre por infecciosas (ejemplo, la viruela y la lepra).

c) No son capaces de engendrar infección aquellas materias vaporosas ó gaseiformes llamadas *miasmas*, que hasta hace poco se consideraban como principal factor ó como causa primordial de las pestes. Por tanto, todo medio encaminado á combatir el desarrollo de esos cuerpos — producto de la putrefacción generalmente — son inútiles contra las epidemias.

d) Ofrécese como corolario de lo expuesto el hecho de que las epidemias no son efecto directo de la suciedad, ni de la pobreza, ni del hambre ó privaciones, ni del cli-

ma, ni del hacinamiento humano, ni siquiera de los factores que se expresan con la palabra *miseria social*, sino que son efecto directo de gérmenes vivos que se introducen en nuestra economía, y cuya multiplicación y desarrollo favorecen las antedichas circunstancias. Ejemplo demostrativo y frecuentísimo de la verdad que acabo de enunciar, ofrecen esos hombres que viven años y años sumidos en asquerosa inmundicia, y sólo enferman cuando el agente específico de tal ó cuál infección les sorprende y penetra en el interior de sus órganos. Es imprescindible llamar la atención y sostener con energía estos principios, porque, aparte la creencia vulgar, hasta en obras modernas de medicina se sostiene que padecimientos tan genuinamente infecciosos como el tifus y la tuberculosis nacen autóctonos como engendro de la miseria social.

Admitida la autonomía, la *personalidad* independiente de los organismos causa de toda epidemia, hay que admitir que ninguna enfermedad infecciosa puede transformarse en otra enfermedad infecciosa. Es opinión corriente la de que algunas enfermedades febriles se convierten, *degeneran* en tifus abdominal ó éste en exantemático, ó algunos afectos intestinales en disentería. Esa doctrina es absurda, porque, no variando la causa, jamás varía el efecto. Ó el padecimiento es tifus abdominal desde el principio, ó no lo es, y no lo será; ó es disentería desde el principio, ó no lo es, y no lo será. En el bloqueo de Estrasburgo, Metz y París existían todas las condiciones que se creen abonadas para la aparición del tifus exantemático, y, sin embargo, no apareció, porque, merced á alguna feliz casualidad, no reinaba en aquellos lugares durante aquel tiempo el germen específico de dicha terrible peste. En cambio hubo mucho tifus abdominal que en ningún caso se convirtió en exantemático, porque

ambas enfermedades, ó mejor sus causas, son completamente distintas. Lo que hay es que en el trascurso de una epidemia ó de varias se notan casos de muy diferente intensidad ; pero esto se explica suponiendo, entre otras razones, que la materia morbígena posee mayor ó menor virulencia en diversos tiempos, lugares é individuos.

En contraposición á las ideas hipotéticas y falsas de nuestros predecesores, tenemos datos positivos y fructíferos respecto á las relaciones en que están los microorganismos con el *suelo*, el *agua* y el *aire*. He aquí lo más principal.

Muchos microorganismos patógenos tienen la facultad de permanecer vivos durante un período mayor ó menor en un medio seco, mientras que otros perecen rápidamente en idéntico medio : lo general es que todos ellos necesitan humedad para crecer y propagarse. De aquí que constituyan los líquidos ó las sustancias húmedas el campo, el escenario en que se desarrollan y manifiestan los fenómenos vitales propios de todo protoplasma infectante. Del substrato húmedo en que las bacterias florecen ó que les sirve únicamente de medio de locomoción, no pueden, por su propia virtud, trasladarse al aire, y sólo cuando los líquidos se pulverizan y las sustancias sólidas se desecan y trituran pasan á la atmósfera, viajando sobre moléculas impalpables. En la atmósfera, sin embargo, paran poco y no se multiplican, porque les falta la primordial condición de su existencia : humedad suficiente. Experimentos numerosos hablan en favor de la opinión que admite dimensiones relativamente grandes para las partículas portadoras de microorganismos ; por lo pronto, son mayores que los finos granos de polvo que se ven á través de un rayo de sol en una cámara oscura.

En la atmósfera tranquila, y aun en la que circula con una velocidad de $0^m,2$ por segundo, se precipitan rápidamente. Ya se comprende, pues, que el aire ha de contener cantidad mucho menor de bacterias que la tierra y el agua ; y aun de las que contenga serán dañinas únicamente aquellas que soportan bien la sequedad.

La tierra ofrece en su superficie, cuando es húmeda, condiciones muy favorables para el cultivo de los microparásitos : en las capas profundas las condiciones no son tan favorables : primero, porque si bien aumenta la humedad, disminuye la temperatura, y segundo, porque la estructura generalmente areniforme de los suelos constituye un filtro tanto más eficaz, cuanto más hondo. Por eso á pocos metros de profundidad se encuentran capas de tierra libres de bacterias, sobre todo patógenas.

En consonancia con estas propiedades biológicas, deben tender las reglas de profilaxis á conservar en estado de pureza el aire, la tierra y el agua. Empezando por el aire, adviértase, que como los microorganismos sólo pueden llegar á él asociados al polvillo, lo primero que ocurre es evitar que las sustancias hidratadas se des sequen y pulvericen. Si esto no se logra, queda un recurso poderosísimo ; el de promover fuertes corrientes atmosféricas que aparten el enemigo, llevándolo lejos de las habitaciones humanas. Allí, en el aire libre, los gérmenes se reparten, se disuelven entre tan grandes espacios, que los peligros de infección son ya mínimos, y sólo cuando junto al foco que se pretende destruir existe alguna ciudad ó algún distrito congestionado, podrán las corrientes aéreas llevar la levadura de la enfermedad y de la muerte al seno de poblaciones inmunes. Peligro es este contra el cual, dicho sea de paso, no estamos desarmados. Á la dispersión y alejamiento del polvillo sospechoso tienden,

pues, los varios sistemas de ventilación ; tal es su objeto y de él no debe desviarse, empeñándose en expulsar emanaciones que en la génesis de las epidemias tienen importancia muy secundaria. Muy en particular se han de seguir los preceptos relativos á la ventilación, tratándose de exantemas, porque en ellos, según todas las probabilidades, se verifica el contagio única y exclusivamente por intermedio de las escamas que, desprendiéndose de la piel, flotan largo tiempo en el aire. El excelente resultado que los ingleses obtuvieron durante la guerra de Crimea en el tratamiento del tifus exantemático se debe en gran parte á la radical aireación que establecieron en sus campamentos.

En lo que atañe á infecciones importa conocer del suelo nada más que sus capas superficiales, y en primer término el estado de humedad de las mismas. Un suelo seco no ofrece peligro, aunque se encuentre impurificado por materias orgánicas, al paso que un suelo húmedo, por el hecho de serlo y por limpio que parezca, contiene siempre materias pútridas en suficiente cantidad para constituir rico vivero, donde las bacterias patógenas vegeten con tropical exuberancia. Alguna vez suben también desde el fondo á la superficie: tal sucede en los terrenos resquebrajados y en los compuestos de cascajo y escombros, los cuales no desempeñan el papel de filtros, y entonces las bacterias caen en el agua telúrica, resbalan quizá con ella por capas impermeables, y van á desaguar en los pozos. Por lo demás, carece de importancia el estado puro ó impuro de las capas profundas, así como los movimientos que el agua telúrica verifica en ellas. Toda hipótesis relativa á los secretos fenómenos que se pasan en los estratos vecinos al agua telúrica, toda hipótesis referente al descenso, eflorescencia consecutiva y pos-

terior ascenso de los gérmenes á beneficio de las corrientes subterráneas de agua y aire, están en discordancia con los estudios positivos modernos y deben *ipso facto* desecharse. Ante todo me parece imposible atribuir al aire que circula entre la tierra la facultad de transportar microorganismos desde que sabemos experimentalmente que una sencilla capa de arena de pocos centímetros de espesor retiene en sus poros todos los gérmenes contenidos en el aire que la atraviesa, aun cuando vaya animado de una velocidad mayor de la que corresponde al aire telúrico. ¡Así pierde éste la misteriosa significación y el reverente prestigio que hasta ahora venía disfrutando!

El contagio del suelo al hombre se comprende, admitiendo que la materia infectante en estado húmedo pasa á nuestras habitaciones pegada á los pies ó á otros objetos que se hallan en contacto con el suelo, ó introduciéndose en las fuentes y cañerías conductoras del agua, ó transportada por el viento previa desecación de la superficie térrea.

El agua juega papel importantísimo en relación con algunas enfermedades infecciosas : no le basta proteger contra la desecación á muchos organismos patógenos, no se contenta con prestar á muchos de ellos ocasión única para reproducirse, sino que, valida de los múltiples usos á que el hombre la destina, penetra franca ó sigilosamente en nuestros hogares, llevando en el frío cristal de sus ondas al eterno factor de las más implacables destrucciones. Por lo que toca á la infecciosidad del agua, hay que distinguir entre aquellas que están expuestas á contaminarse, ora por el suelo, ora por la atmósfera, ora por los detritos y desechos consiguientes á las necesidades domésticas del hombre, y aquellas otras que, merced á un proceso de filtración natural ó artificial,

perdieron su flora parasitaria. Á la primera categoría, sospechosa de impura, pertenece todo caudal de agua abierta por su superficie á la intemperie (ríos, lagos, estanques, pozos, cisternas, etc., etc.), y en la segunda categoría se cuentan los manantiales, las fuentes de agua telúrica en terrenos de apta permeabilidad y las aguas de cualquier procedencia artificial, pero científicamente filtradas.

Réstame examinar brevemente algunos otros caracteres biológicos de los microorganismos productores de infección. Cierta número de ellos necesitan condiciones de existencia, —temperatura, nutrición, etc.,— que sólo encuentran en nuestros tejidos vivos: son, pues, exclusivamente parasitarios, sólo pueden vivir en y á expensas de nuestra economía. La propagación de las enfermedades que esas especies determinan se verifica, ó bien por contacto inmediato, ó bien en forma pulverulenta por intermedio del aire, pero no por intermedio del agua ó de la tierra, porque en estos medios no se encuentran ni pueden vivir las aludidas bacterias. En cambio las hay que pueden vivir en nuestro cuerpo, y fuera de nuestro cuerpo, con la particularidad de que, al hallarse fuera, unas prefieren para habitación el agua, y otras codician para alojamiento el suelo. Consecuencia de estas verdades experimentales es, que, según la enfermedad infecciosa de que se trate, así la profilaxis deberá dirigirse á las relaciones humanas, al aire, á la tierra ó al agua.— Es también muy varia la manera cómo los diferentes gérmenes infectivos penetran en nuestro cuerpo. Hay algunos que sólo lo invaden á través del tubo digestivo: naturalmente, no hay que temer de ellos el contagio por simple contacto ó por inoculación, en cambio obligan á prestar solícito y escrupuloso cuidado á los alimentos y

bebidas, al revés de otros cuya puerta de franqueo es precisamente la inversa.

De igual modo precisa conocer bien los diferentes conductores, *medios de locomoción* que eligen las bacterias, á fin de enderezar las reglas sanitarias en particular correspondencia con esos hábitos, unas veces á los vestidos, otras á la ropa blanca, otras á tal ó cuál alimento, al agua, al polvillo atmosférico, á los insectos, etc., etc.

Sobre las bases que acabo de esbozar someramente, podemos ya construir el edificio de una higiene racional contra las infecciones. Algunas medidas sanitarias tienen aplicación aun antes de que se declare la epidemia: tal sucede cuando, sabidos los especiales caminos que sigue cualquiera de ellas, intentamos cortarle el paso ó dificultarla en su marcha. Esta táctica vale en particular contra las infecciones que no podemos vencer frente á frente con medios directos.

De todas las vías de contagio, ninguna tan difícil de evitar como la representada por el contacto de hombre á hombre; no la evitamos, pero está en nuestra mano el limitarla aclarando filas, repartiendo en mayor espacio el mismo número de individuos. Se debe, pues, procurar á las tropas la mayor dispersión compatible con el servicio, huyendo de amontonarlas en campamentos de estrecho radio. En conexión íntima con las infecciones por contacto se hallan las infecciones por la atmósfera, las cuales se previenen á beneficio de una ventilación perfecta y radical. En aquellos espacios en que no es posible verificarla bien, se disminuye el peligro cubriendo la atmósfera confinada en extraordinarias proporciones: regla que se ha de tener muy presente en los dormitorios, porque nada favorece tanto á este linaje de infecciones como el dormir muchos en cuartos relativamente angostos.

:

La higiene del suelo recomienda con el mayor interés la sequedad del mismo, sequedad que se consigue fácilmente y á satisfacción con el sistema de desagüe superficial, á veces combinado con el profundo, tan puesto en boga por los médicos ingleses. Además, no deben permanecer sobre el suelo objetos sospechosos de infección, tales como basuras, deyecciones, trapos y agua que haya servido para la limpieza doméstica; todos ellos, incluso los cadáveres, deben ser sepultados á buena profundidad, cuidando el mantener íntegra y compacta la tierra que les incomunica con el exterior.

También el agua necesita vigilancia especial.—Procedimientos tan fáciles como eficaces permiten sanearla con perfección tal, que, según demuestra la experiencia, allí donde el agua potable es ópticamente pura no reinan ó se reducen al *minimum* muchas mortíferas infecciones. Lo más sencillo es utilizar el agua que, filtrada ya por la tierra, brota en frescos y cristalinos manantiales, ó traer á la superficie el agua telúrica que circula por todas partes á poca profundidad. En este último caso, habrá que tomar precauciones para preservarse la ulterior impurificación del agua, objeto que se consigue empleando el sistema de pozos de cañería, al paso que los comunes, por revestidos que estén, no ofrecen garantías de perfecta pureza. Si no existiese agua telúrica, ó si la existente, por la estructura especial del suelo, no resultara aceptable, habría que apelar á la filtración artificial del agua de río ó de cualquier otra supratérrea. La filtración artificial por medio de capas de arena se emplea sólo en las poblaciones; pero atendiendo á los beneficios que reporta, aconsejo que se establezca en los hospitales de sangre, y en todo punto en que hayan de quedar tropas estacionarias (guarnición de castillos, ejér-

cito sitiador, etc.) Desgraciadamente, no existen filtros transportables bastante poderosos para abastecer á un ejército en marcha; no hay más remedio, pues, que elegir con cautela el agua de los campos, ó purificarla por la cocción. Una vez filtrada ó privada de gérmenes por ebullición, es completamente secundario lo que diga la química en cuanto á la infecciosidad del agua, basándose en la materia orgánica, ácido nítrico, ácido nitroso, cloro y amoníaco en ella contenidos.

Para los alimentos no hay más medio de desinfección que el calor, y por lo muy expuestos que están á infectarse se deben consumir recién preparados, cuando hay temor de que estalle alguna epidemia. La experiencia enseña que bajo este punto de vista la leche y sus derivados merecen particular recelo.

Las anteriores reglas tienden, en general, á desviar del medio en que se agita el hombre los invisibles y ponzoñosos seres que por todas partes le rodean y atentán contra su salud, y para completarlas falta mencionar un recurso poderosísimo, á saber: la limpieza de las habitaciones, de los vestidos y del cuerpo; sobre todo la higiene de las habitaciones tiene importancia capital.

Cuando á pesar de las medidas preventivas surge una enfermedad infecciosa, amenazando convertirse en epidemia, entonces es llegada la hora de acudir al arsenal de los remedios heroicos, de aquellos que obran directamente sobre los gérmenes. Descuella aquí en primera línea el diagnóstico de los primeros casos.

Los primeros casos son como chispas ardientes que caen sobre montones de paja seca; las chispas se pueden apagar, pero el incendio, una vez declarado, resiste á todos nuestros esfuerzos. Precisamente en eso ofrecen ya honda y radical diferencia la antigua y la nueva pro-

filaxis. Hasta ahora solía permanecer ociosa y expectante la Higiene mientras las epidemias no alcanzaban aquella extensión y aquella marcha aterradora que las distingue; y no se intentaba limitarlas en su principio, porque era dogma universalmente admitido el origen autóctono de las infecciones. La conducta fatalista de los médicos no obedecía á otro error. Hoy está demostrado lo contrario; hoy creemos con razón que las pestes, en lugares donde no son endémicas, no nacen *ex ponte sua* ó por virtud de casuales conjunciones, sino que necesitan haber sido transportadas por algo ó por alguien. Y como los primeros casos, mientras permanezcan aislados, son fáciles de vigilar y combatir, y como á compás que aumenta el número de víctimas, va siendo más difícil contrarrestar su deletérea influencia, todo nuestro empeño, todo nuestro saber y todas nuestras energías tienden á sofocar las epidemias en su cuna. Para algunas infecciones,—fiebre recurrente, cólera, tuberculosis, etc.,—poseemos el medio seguro de diagnosticar todos y cada uno de los casos, primera condición que se requiere cuando se trata de extinguirlos. Naturalmente, los médicos necesitan familiarizarse en el manejo del microscopio y de los métodos bacterioscópicos, para que dondequiera que aparezca el primer caso, raíz potencial de tantos otros, se le ataque de frente y se le venza. También sería útil establecer inspecciones facultativas encargadas de examinar y dar su veredicto sobre los enfermos sospechosos de infección.

Reconocidos los primeros casos, se procede acto continuo á su aislamiento, aun en aquellas enfermedades que, como el cólera, se transmiten de ordinario por vías indirectas; sólo así impediremos que los materiales de infección salgan de su primitivo círculo, y ganen cada

vez campos mayores. Por ser en la milicia más factible el aislamiento, se debe recurrir á él con más ahinco, empleando barracas portátiles ó edificios que reúnan las condiciones apetecidas de salubridad. No se cejará en él mientras dispongamos de espacio suficiente para llevarlo á cabo sin amontonar enfermos; caso de amontonarlos, el remedio es contraproducente, sobre todo en algunas infecciones del tipo á que corresponde el tifus exantemático, en el cual, según demuestran los hechos, crece con la acumulación la virulencia del contagio. Suponiendo que sea imposible practicar el aislamiento, queda aún otro recurso; la evacuación que, para no engendrar mayores males, necesita llevarse á término con mucho arte y mucha cautela; tengo para mí que esa es una de las comisiones más responsables y difíciles de la práctica médica.

Tras de los grandes medios que acabo de mentar, no pierde su importancia ni su brillo la desinfección. El método más primitivo consiste en quemar los objetos infectos, cosa que en la guerra, por ser sencillo el equipo de los soldados, se puede practicar sin inconveniente, y aun aplicarlo á las barracas y tiendas de campaña. Por lo demás, y tratándose de purificar objetos en cantidad respetable, nada supera á los nuevos aparatos de desinfección. Los vestidos, ropas, colchones, etc., etc., se purifican en aparatos de vapor portátiles, ó en caso de apuro mediante la cocción; las deyecciones y demás *excreta* infectos se destruyen con la cal cáustica ó con el ácido fénico reforzado por un ácido ó álcali; y las paredes de los cuartos se limpian á beneficio de repetidos blanqueos, procedimiento muy usado en la Gran Bretaña, y al cual se atribuye una parte de los triunfos higiénicos que obtuvieron los ingleses en la guerra de Crimea. No porque

parezca fútil es despreciable la desinfección de la piel de los enfermos y la de las manos de médicos y ayudantes.

Si la epidemia, lejos de disminuir, aumenta, será preciso redoblar la vigilancia, y llevar á la práctica los preceptos antedichos con la mayor energía y amplitud, procurando insistir sobre aquellas reglas cuyo carácter corresponde al carácter de la infección. Así, en el tifus abdominal, cólera y disentería, la pureza del suelo y del agua es de mayor entidad que la del aire, mientras que en el tifus exantemático, la pureza del aire y la desinfección de los objetos tiene más importancia que el estado del agua y de la tierra.

Si la epidemia tiene ya raíces en algún paraje, y por especiales circunstancias no hay posibilidad de aplicar las reglas expuestas, inténtese un medio que también en la guerra de Crimea prestó innegables servicios á las tropas inglesas : me refiero al cambio de lugar. Cuanto más á menudo se verifique y cuanta mayor distancia se interponga entre el campamento y los focos de infección mejor es el efecto, aunque, á decir verdad, basta en ocasiones una pequeña jornada para lograr notable mejoría.

Permitidme citar como apéndice una medida profiláctica que, hasta ahora, sólo encuentra aplicación en una enfermedad, en la viruela ; aludo á la vacunación preventiva. El porvenir dirá si este método, adquiriendo mayor radio de acción, podrá emplearse contra otras epidemias; pero su valor es tan grande en la viruela, que sería criminal prescindir de él en nuestros ejércitos.

Considerando ahora en su conjunto las armas de que disponemos para combatir las enfermedades infecciosas, parece á primera vista que son casi idénticas á las que

figuraban en el arsenal antiguo. Esto no deja de ser una impresión engañosa. Los medios modernos sólo convienen con los antiguos en el nombre : su esencia, el modo y manera de aplicarlos, la oportunidad de tiempo y de lugar, difieren en absoluto ; y sobre todo, hoy no asestamos, como hasta aquí, nuestros golpes en el vacío, no combatimos contra enemigos ignotos, sino contra enemigos, cuyas propiedades, cuyos secretos conocemos, hallándonos así en disposición de atacarles estratégicamente y por su lado más flaco. Claro que una campaña higiénica, para ser fructuosa, no debe limitarse á plantear las medidas esbozadas aquí á grandes rasgos, sino que debe proveer á múltiples detalles, cuidando que todos ellos respondan á la naturaleza de la particular infección reinante. Para ello es indispensable que los médicos tengan conocimiento íntimo de los microorganismos causa de las infecciones, lo cual se alcanza única y exclusivamente á beneficio de trabajos experimentales propios. Sucede con este lo que con todos los ramos de las ciencias naturales : no se llegan á dominar leyendo libros ni escuchando discursos, sino á fuerza de trabajo práctico ; y de la misma manera que jamás podrá un químico analizar sustancias si antes no se foguea y tizna en los laboratorios, de la misma manera, jamás podrá un médico comprender ni menos aplicar debidamente las reglas sanitarias, si antes no conoce por experiencia personal la vida de los gérmenes infecciosos.

Por eso la dirección de esta Academia, persiguiendo un fin humanitario, incluye entre sus estudios de perfeccionamiento el de la bacteriología, y así da prueba patente de su interés y de que no olvida aquellas palabras de Federico el Grande : «No tanto con recetas como con otras muy varias prevenciones y disciplinas es como se

consigue proteger á los ejércitos contra la enfermedad». Tengamos, pues, entera confianza en nuestros médicos militares: ellos cumplirán su misión en este respecto como en los demás; sabrán combatir las enfermedades infecciosas, y entonces diremos con orgullo que en todas partes, en la paz ó en la guerra, son miembros utilísimos del ejército al servicio de la patria y del rey.

Profesor R. Koch.

LA LITERATURA Y LA GIMNASIA

SÉAME lícito hablar de un asunto que importa á toda nuestra generación de inteligencias enloquecidas y desequilibradas. Entre nosotros el cuerpo ha llegado á un extremo de singular decadencia, como en los mejores tiempos del misticismo. No consiste ese resultado en la exaltación del alma; los que se exaltan son los nervios, la masa cerebral. Hállase la carne macerada por las frecuentes, numerosas y profundas sacudidas que el cerebro imprime á todo el organismo. Estamos enfermos, esto es verdad desgraciadamente, enfermos de adelanto. Existe en nosotros hipertrofia del cerebro; los nervios se desarrollan á costa de los músculos, y éstos, á su vez, debilitados y calenturientos, no sostienen la máquina humana. Se ha alterado el equilibrio entre el espíritu y la materia.

Bien sería pensar algo en este pobre cuerpo, si hay todavía tiempo. Esta victoria de los nervios sobre la sangre ha influido de una manera decisiva en nuestras costumbres, en nuestra literatura, en toda nuestra época. Solamente quiero examinar los resultados, si así puede

decirse, literarios. Evidentemente, siendo toda obra hija del espíritu, y habiendo de parecerse á su padre, el estado de alteración enfermiza ó de tranquila salud de la inteligencia, es causa de que la obra resulte serena ó resulte apasionada. Los períodos clásicos se presentan cuando los nervios y la sangre poseen igual fuerza y forman así temperamentos bien equilibrados y ponderados; cuando, por el contrario, preponderan los nervios ó la sangre, nacen obras de hermosos aunque toscos florecimientos, ó de locos de genio.

Estudiad nuestra literatura contemporánea, echaréis de ver en ella todos los efectos de la neurosis que agita nuestro siglo; es el producto inmediato de nuestras inquietudes, de nuestras investigaciones ásperas, de nuestros terrores pánicos, de ese malestar general que nuestras sociedades sienten, ciegas ante un porvenir desconocido. No estamos ya, lo comprendéis todos así, en aquella edad solemne, en la cual la tragedia declamaba sus versos en medio de una paz algo pesada; en la cual la literatura entera andaba majestuosamente, sin un grito de dolor, sin una protesta. Nos hallamos en la época de los ferrocarriles y de las comedias fatigosas, en las que la risa no es, en muchos casos, sino la mueca de la angustia; en la edad del telégrafo eléctrico y de las obras extremas, de una realidad exacta y triste. La humanidad, como presa de un vértigo, resbala por la pendiente áspera de la ciencia; ha mordido la manzana, y desea saberlo todo. Lo que nos mata, lo que nos enflaquece es que nos hacemos sabios, es que los problemas sociales y divinos van á ser resueltos uno de estos días. Vamos á ver á Dios, vamos á conocer la verdad, y ya se comprende que la impaciencia nos devora, y por qué ponemos en vivir y en morir un febril apresuramiento.

Anhelamos adelantarnos al tiempo, vendemos muy barato nuestro sudor, quebrantamos el cuerpo con la tensión del alma. Todo nuestro siglo está en eso. Al salir de la paz monárquica y dogmática, cuando el mundo y la humanidad tornan á ser puestos á discusión, ocurre que el problema se ha planteado sobre otras bases más justas y más verdaderas. Puesto ya el problema en ecuación y despejadas algunas incógnitas, ha sobrevenido la embriaguez, la alegría insensata. Háse comprendido que estábamos indudablemente en el camino de la verdad, y nos hemos precipitado en masa, demoliendo, impulsando, gritando, realizando descubrimientos nuevos á cada paso, picados por el acicate del deseo de adelantar siempre, de llegar á lo infinito y á lo absoluto. Si me atreviese yo á lanzar una comparación arriesgada, diría que nuestras sociedades son como una jauría en persecución de una fiera. Olfateamos la verdad que corre delante de nosotros, y corremos.

Sin que yo pretenda establecer aquí una relación íntima entre el medio y la obra en él producida, fácilmente se comprende que las obras de esa jauría de hombres corriendo sin freno por el campo de la ciencia, experimenta los ardores todos y todos los sobresaltos de la caza ruda y terrible. Nuestra literatura contemporánea, con sus arranques generosos y con sus profundas caídas, ha nacido directamente de nuestras grandes aspiraciones y de nuestros desalientos repentinos. Me encanta esta literatura; me parece viva y humana, porque está llena de sollozos, y hallo en la anarquía misma que la perturba una imagen exacta, fiel, viviente de nuestro siglo, el cual será grande entre los siglos, porque es la gestación de las vigorosas sociedades de lo futuro. Lo prefiero á esas otras épocas de calma y de perfección, de una madurez com-

pleta que nos han dado obras sabrosas y sazonadas. En nuestros tiempos, tiempos de investigación y trastornos, de derrumbamiento y de reconstrucción, ya sé que el arte es bárbaro y que no puede satisfacer á las personas de gustos delicados ; pero en este arte , exclusivamente personal y completamente libre, hay, os lo aseguro , peregrinos goces para los que disfrutan con el espectáculo de las manifestaciones del alma humana y sólo ven en su obra el hecho, el accidente de un hombre puesto enfrente del mundo.

Por mi parte, adoro nuestra anarquía, la ruina de nuestras escuelas, porque experimento alegría indecible contemplando la contienda de las inteligencias, presenciando los esfuerzos individuales, estudiando uno á uno á todos esos combatientes, á los grandes y á los pequeños. Pero en esa atmósfera se muere muy pronto ; los campos de batalla son malsanos y las obras matan á sus autores. Toda vez que la dolencia tiene su origen en el hecho de que nuestro cuerpo amengua en provecho de nuestros nervios ; toda vez que si nuestras obras son tales, y si se exalta nuestro espíritu, es únicamente porque dejamos que nuestros músculos se debiliten, el remedio está en la curación del mal, en el cultivo inteligente y fortificante de la carne. Nuestro cerebro se desarrolla por exceso de ejercicio ; ejercitemos nuestro cuerpo, y el equilibrio se restablecerá poco á poco.

Estas reflexiones, á mi juicio muy graves, son sugeridas á mi espíritu por un librito que ha publicado, no ha mucho, M. Eugenio Paz. Este libro, cuyo título es : *La salud del alma y del cuerpo por la gimnasia*, lleva por epígrafe estas palabras : *Mens sana in corpore sano*. En esa leyenda está todo el libro. Que los elementos sanguíneos y nerviosos estén en equilibrio ; que el espíritu y

la materia vayan como buenos compañeros ; el cuerpo disfrutará de una paz profunda, la inteligencia creará en calma obras sólidas y apacibles. En presencia de la preponderancia nerviosa que nos sacude el remedio indicado por M. Eugenio Paz es el remedio lógico de los ejercicios corporales. Envía el autor al gimnasio á toda nuestra generación.

Aplaudo sin reserva las conclusiones del libro ; celebraría yo que todo París , como la antigua Lacedemonia, se fuese al campo de Marte, para ejercitarse allí en la carrera y en otros trabajos corporales. Pero permítaseme indicar lo muy distante de nuestras costumbres y fuera de nuestra edad y de nuestras aspiraciones que está una educación de esa índole. Es menester, indudablemente, dirigir al pueblo una excitación, impulsarle hacia la gimnasia, aun á riesgo de no ser oídos. Para conseguir del todo hacer de nosotros unos griegos nuevos, y transformar á París en una Atenas nueva, sería necesario que nos transportásemos á una época que pasó hace dos mil años ; proporcionarnos el color azul y los tibios horizontes del Oriente y procurar el olvido de nuestra ciencia. No podemos ser lo que Grecia, lo que Roma, lo que la Edad Media han sido. La humanidad ha seguido andando desde entonces.

No se trata solamente de deducir que los ejercicios corporales son necesarios ; es preciso además decir cuál puede ser hoy la misión de esos ejercicios, y en qué proporción estamos en condiciones de aceptarlos. Me explicaré.

Suponed pueblos jóvenes ; viven bajo un sol amigo, ebrios de luz. Las ciudades, blancas, son espaciosas, abiertas, tranquilas. Se gobiernan, se defienden, se desarrollan en libertad completa. Los habitantes de esas ciudades

gozan la alborada de la humanidad; aman la vida por lo que es para ellos la vida misma; son inteligentes, con la inteligencia sana, vigorosa; ingeniosos y delicados en sus gustos, porque tienen sol enrededor suyo, y ellos mismos son hermosos y nobles. La carne predomina; aquellos hombres la divinizan, buscan la verdad en la belleza; su alma, completamente satisfecha por los objetos visibles, no se cura de penetrar su esencia, ó se complace en materializar los pensamientos abstractos que en el fondo de todas las cosas existen. Hay equilibrio, salud, desarrollo del cuerpo. Todo les convida al cultivo de este último; el clima que tiene dulzuras cariñosas, su estado social que ha menester de vigorosos soldados, su gusto personal que les inspira admiración por una pierna hermosa, por un músculo fuerte y gracioso. Viven casi desnudos, y se reconocen por la admirable forma de la pierna ó del brazo, como nuestras damas de hoy pueden conocerse por el corte más ó menos elegante de un vestido. Su principal quehacer es el de ser hermosos y fuertes; no tienen otras ocupaciones; no nacen para resolver problemas ni descubrir verdades; nacen para batirse, para crecer en vigor y en gracia. Las influencias reunidas del clima y de las costumbres, han hecho de esos pueblos combatientes y andarines, soldados y dioses. Grecia, en sus albores, ha sido solamente un extenso gimnasio, donde mozas y mozos, hombres y mujeres, buscaban la fuerza y la hermosura.

Después, en los tiempos de Roma, de Roma imperial, no sucedía ya lo mismo. Había nacido el lujo y con él la corrupción y la voluptuosidad perezosa. Los cuerpos se debilitan, los ejercicios no tienen ya su rudeza saludable. Á la sazón ya hay personas que eso de luchar lo toman por oficio; no es ya la nación entera la que va al gimnasio, y si

algún personaje lucha todavía, lo hace por pasión insana. En Lacedemonia había grandeza verdadera en el conjunto de los ejercicios: el pueblo iba allí con devoción, sencilla y pudorosamente, como en la Edad Media concurría al templo. En Roma los ejercicios se han convertido en juegos; la elegancia es sacrificada á la brutalidad; se baten porque se matan, y porque cuando se han agotado ya todas las demás voluptuosidades es grato ver cómo corre la sangre. No hay comparación posible entre los campos de Marte en Grecia y los circos romanos; en aquéllos no había espectadores, el pueblo todo luchaba y se fortalecía; en éstos, mientras enormes gladiadores de músculos de hierro, se tundían á puñadas, extendíanse en la grada hombres afeminados y cortesanas de carnes blanduchas y fofas por las orgías.

Sobreviene, andando los tiempos, el misticismo, el desprecio del cuerpo, los músculos se debilitan en el éxtasis, aparece una reacción terrible contra el materialismo de las primeras edades. La humanidad habría muerto tal vez si no hubiera necesitado defenderse. El feudalismo, el derecho de cada uno contra todos, convirtió de nuevo en una necesidad las fuerzas corporales. La gimnasia renació bajo una nueva forma. Los climas no eran ya los mismos; las costumbres tampoco. En otras edades se desnudaba el cuerpo para vigorizarle. En la Edad Media se le carga de hierro, y se le arma de un arsenal completo. Fué preciso ser fuerte; pero fué preciso también ser diestro.

Después, ésta fué solamente una educación de casta: únicamente los nobles tenían sus torneos y consagraban su juventud al estudio de la equitación y del manejo de las armas. El pueblo no tenía más ejercicio que el trabajo incesante, que le tenía encorvado siempre sobre su

tarea. Los días hermosos de Grecia no han tornado nunca.

He estudiado rápidamente, con M. Eugenio Paz, los ejercicios corporales en los distintos pueblos para llegar á la deducción de lo que pueden ser entre nosotros. Si yo hubiese tenido tiempo habríame gustado probar que las obras de la inteligencia han seguido constantemente, en sus distintas manifestaciones, el estado de salud ó de enfermedad del cuerpo. Hay aquí, pues, un verdadero problema literario.

Cátanos ahora, con nuestros modernos trajes, protegidos constantemente por las leyes, en camino de reemplazar al hombre por la máquina, ebrios de sabiduría y de habilidad. Pregunto, pues: ¿Qué necesidad tenemos de ser fuertes, de poseer músculos de una forma perfecta y de una resistencia extremada? Nuestros vestidos nos ocultan tan perfectamente, que el hombre más larguirucho y el peor formado suele tener muy á menudo reputación de elegante y de distinguido que no trocaría de seguro el interesado por la mayor fama de fuerza y de belleza sólida. De otra parte, por ahí andan siempre los agentes municipales; ya no lucha nadie á puñetazos más que en tabernas de las afueras; los caballeros se baten á sable ó á pistola; en fin, en las batallas nuestros soldados no son sino máquinas para llevar fusiles ó poner fuego á los cañones. En realidad, no tenemos en qué utilizar la gimnasia. Vivimos en los laboratorios, ó en los despachos; nuestras distracciones, nuestros ejercicios, puramente intelectuales, se reducen á leer los periódicos y los libros nuevos.

Además, todos comprendemos perfectamente que ya no nos queda mucho tiempo de trabajar; ahí está la ciencia proporcionándonos máquinas; el trabajo humano

tiende á desaparecer; el hombre llegará muy pronto á no tener más faena que reposar y regocijarse en la creación. Nace de aquí una gran indiferencia; nada nos estimula hacia los ejercicios corporales, ni el clima, ni las costumbres. Podemos pasarnos perfectamente sin ser fuertes y sin ser hermosos. Por esto dejamos que languidezca nuestro cuerpo, toda vez que lo han hecho inútil, y cultivamos el espíritu, forzando los resortes, hasta hacerlos crujir, porque nuestro espíritu nos es necesario para resolver los problemas que se nos han propuesto.

Con tal régimen, vamos derechos á la muerte. El cuerpo se disuelve; se exalta el espíritu; hay un desconcierto de toda la máquina. Las obras producidas llegarán á la demencia. La gimnasia será, por lo tanto, puramente una medicación. He ahí lo que es preciso explicar. Será una medicación, porque sólo motivos de salud nos la imponen, porque no la aceptamos por nuestro gusto.

Ha sido la gimnasia una necesidad social, casi una religión, durante el período griego ó la Edad Media; ha sido un esparcimiento, una pasión vergonzosa, bajo el Imperio romano; entre nosotros debe ser un simple remedio, un preservativo contra la locura. Tal es la misión única que la época en la cual vivimos deja desempeñar á la gimnasia.

Estoy convencido de que, por desgracia, el hombre es siempre de su época, y de que en este momento vamos impulsados, querámoslo ó no, hacia un estado de cosas desconocido. Es difícil detener en su marcha á una sociedad; creo que, todavía durante algunos años, los gimnasios estarán vacíos. He dicho que esta época de transición me agradaba; que gozaba yo un peregrino placer estudiando nuestra calentura. Á las veces, no

:

obstante, se apodera de mí el terror, viéndonos tan temblorosos y tan huraños, y entonces es cuando, lo mismo que hoy, después de haber leído el libro de M. Eugenio Paz, celebraría yo tener un trapecio para endurecerme los brazos y descargar el cerebro.

El epígrafe está ahí, en la pared, resplandeciendo enfrente de mí: *Mens sana in corpore sano*.

EMILIO ZOLA.

MADAME DE SEVIGNÉ

Los críticos, y especialmente los extranjeros que con mayor severidad han juzgado en estos últimos tiempos nuestros dos siglos literarios, han coincidido en reconocer que lo dominante en ellos, lo que de mil modos reflejaban, lo que les comunicaba mayor ornato y más brillo era el ingenio de la conversación y del trato social, el conocimiento del mundo y de los hombres, la viva inteligencia de las buenas formas y de las ridiculeces; la delicadeza ingeniosa de los sentimientos, la gracia, la malicia, la perfecta cortesía del lenguaje. En esto consiste efectivamente, con las reservas mentales que cada cual hace, y aparte de dos ó tres nombres como los de Bossuet y Montesquieu, que todos sobreentienden, en esto consiste, hasta 1765 próximamente, el carácter distintivo, el rasgo dominante de la literatura francesa entre las demás literaturas de Europa. Esta gloria, por la cual casi casi se formula un cargo contra nuestra nación, es sobradamente fecunda y bastante bella para quien sabe interpretarla y comprenderla.

En los albores del siglo xvii, nuestra civilización, y por consiguiente nuestra lengua y nuestra literatura,

nada tenían aún que estuviese maduro y fijo. Europa, al salir de la perturbación religiosa á través de las fases distintas de la guerra de los Treinta años, producía laboriosamente un nuevo orden político; Francia, en el interior, agotaba los residuos de sus discordias civiles. En la corte ya estaban en boga dos ó tres salones y algunas tertulias de personas de agudo ingenio; pero todavía no germinaba en ellos nada que pareciese grande, nada que fuese original; vivían entonces los aficionados á literatura saturados de la novela española y de los sonetos y poemas bucólicos italianos.

Solamente después de Richelieu, después de la lucha de la *Fronde*, bajo la reina madre Ana de Austria y de Mazarino, ocurrió que de pronto y simultáneamente, de en medio de las fiestas de Saint-Mandé y de Vaux, de los salones del palacio de Rambouillet (1), ó de las antecámaras del Monarca, muy joven aún, surgieron como por encanto tres grandes talentos, tres verdaderos genios diversamente dotados; pero los tres de un gusto ingenuo y puro, de una sencillez perfecta, de una exuberancia feliz, nutridos de gracia y de delicadezas indígenas y destinados á iniciar una era brillante de gloria, era que nadie ha sobrepujado. Molière, La Fontaine y Mme. Sevigné pertenecen á una generación literaria que precedió á la que tuvo por jefes á Racine y á Boileau, y se diferencian de estos últimos en diversos rasgos, cuya causa debe buscarse juntamente en la naturaleza intrínseca de sus respectivos talentos y en la influencia de la época en que

(1) En una *Memoria que puede servir para la historia de la Sociedad cortes* (1835), M. Rœderer, ha seguido de cerca y desglosado todo lo que se refiere al palacio de Rambouillet en particular, con predilección y una minuciosidad que no perjudica, según nuestro modo de ver, ni á la amenidad ni á la exactitud de su libro. Habría menester, sin embargo, y absolutamente, una impresión más cuidada para los nombres propios y para las fechas.

(N. del A.)

vivieron. Échase de ver que, por su entendimiento como por su posición, se aproximan más á la Francia anterior á Luis XIV, á la lengua francesa antigua y al antiguo ingenio francés; que se han empapado en ellos más que nada por su educación y por sus lecturas, y que si son menos apreciados en el extranjero que ciertos escritores modernos, lo deben justamente á lo que hay para nosotros más íntimo, más inefable, más encantador en su acento y en su estilo. Si todavía hoy existe quien cree, y cree con razón, que deben revisarse y controvertirse bastantes juicios emitidos hace ya muchos años por los profesores del Ateneo, si se declara guerra implacable á muchas reputaciones falsas, nunca se venerará demasiado, ni se glorificará bastante, en desquite de lo otro, á esos escritores inmortales, los primeros que han dado á la literatura francesa su carácter de originalidad, y le han asegurado hasta ahora una fisonomía peculiar y única entre todas las literaturas. Molière ha sabido sacar del espectáculo de la vida, del juego animado de los contrastes, de los vicios y de las ridiculeces humanas, los tonos más vigorosos y más elevados que pueden imaginarse en poesía. La Fontaine y Mme. de Sevigné, en menos espacioso escenario, han poseído un sentimiento tan fino, tan verdadero de las cosas de su tiempo,—cada uno á su modo: La Fontaine aproximándose más á la naturaleza, y Mme. de Sevigné más unida á la sociedad,—y de tal manera han expresado en su trabajo, y tan á lo vivo, ese exquisito sentimiento, que se hallan colocados sin esfuerzo juntos y cerca de su ilustre contemporáneo, y á poco menor altura que éste.

Por ahora sólo de Mme. Sevigné tenemos que hablar; parece que acerca de ella todo está ya dicho; los pormenores se hallan efectivamente casi agotados; pero cree-

mos que la ilustre escritora ha sido estudiada hasta hoy muy aisladamente, como se había hecho durante muchos años con La Fontaine, con el cual Mme. Sevigné tiene tantos puntos de semejanza. Hoy, cuando á medida que se aleja más y más de nosotros aquella sociedad cuya cara más brillante representa Mme. Sevigné, se nos presenta claramente dibujada en su conjunto, es más hacedero, y al propio tiempo se hace más necesario, señalar á Mme. Sevigné su categoría, su importancia y sus parentescos literarios. Es para nosotros indiscutible que á no haber llevado á cabo estas investigaciones y á no haber secundado el famoso *distingue tempora*, se debe el que muchos hombres de talento de nuestra época hayan sido impulsados á juzgar con tanta ligereza como rigor á uno de los más delicados ingenios que han existido. Dichosos nosotros si este artículo contribuyese á desvanecer algunas de esas injustificadas prevenciones.

Mucho se han execrado los excesos de la *Regencia*; pero antes de la regencia de Felipe de Orleans ha existido otra no menos licenciosa ni menos disoluta, y todavía más atroz por la crueldad á que iba unida, especie de transición repugnante desde los desbordamientos de Enrique III á los de Luis XV. Las malas costumbres de la Liga inculcadas bajo Enrique IV y Richelieu, aparecieron cuando cesaron de ser reprimidas. El desenfreno era entonces tan monstruoso cuanto lo había sido en la época de los *amancebados*, ó como lo fué posteriormente en tiempo de los *licenciosos*; pero lo que caracteriza ese período del siglo XVI, y le distingue del XVIII es principalmente el asesinato, los envenenamientos, esos hábitos italianos debidos á los Médicis; el furor insensato de los duelos, herencia de las guerras civiles. Tal aparece á los ojos del lector imparcial la regencia de Ana de Austria;

tal es el fondo oscuro y sangriento sobre el cual se dibujó un día la *Fronde*, que se ha convenido en denominar una *diversión á mano armada*.

La conducta de las mujeres de entonces—las más distinguidas por su alcurnia, por su belleza y por su ingenio—parece cosa de fábula; se siente casi la necesidad de creer que los historiadores las han calumniado. Pero como el exceso en un sentido produce siempre, necesariamente, el exceso en sentido contrario, las muy contadas que evitaron el contagio de la corrupción arrojáronse en brazos de la metafísica sentimental y se convirtieron en *Preciosas*; en esta reacción tuvo su origen la celebridad del palacio de Rambouillet (1). Éste fué á la sazón el asilo de las buenas costumbres de la sociedad aristocrática. Por lo que respecta al buen gusto, allí tuvo también, al fin y á la postre, su albergue, toda vez que de allí salió Mme. de Sevigné.

La señorita María de Rabutin-Chantal, que nació en 1626, era hija del barón de Chantal, desenfrenado dueñista, que en cierta ocasión, cuando comulgaba por Pascua Florida, abandonó el altar para servir de padrino al célebre conde de Bouteville. Educada María por su tío el bondadoso abate Coulanges, había recibido desde muy niña una instrucción sólida y aprendido bajo la dirección de Chapelain y de Menage, latín, italiano, español (2).

(1) Mucho se ha escrito desde entonces acerca del palacio de Rambouillet; después de Rœderer aún podrían mencionarse cuatro ó cinco narraciones de poca importancia y muchas y muy diversas noticias. Parece que, por regla general, se ha procurado hacerle desaparecer demasiado pronto. Aparece en el apogeo de su florecimiento y adquiere todo su brillo en los albores de la Regencia (1649-1648). (N. del A.)

(2) Los más independientes y más originales talentos no alcanzan nunca la perfección si no adquieren desde el principio una buena marcha, una *retórica* escogida. Siguiendo los consejos y atendiendo las lecciones de Menage y de Chapelain, comenzó su instrucción Mme. de Sevigné. (N. del A.)

Diez y ocho años tenía cuando contrajo matrimonio con el marqués de Sevigné, muy poco digno de ella, y que después de haber abandonado á su esposa, murió en desafío en 1651.

Mme. de Sevigné, libre á los veinticinco años, madre de un hijo y de una hija, no pensó en contraer segundas nupcias. Adoraba en sus hijos, y muy especialmente en su hija; no conoció nunca otras pasiones. Era Mme. de Sevigné una rubia risueña, nada sensual, muy alegre y algo burloncilla; las chispas de su ingenio resplandecían en sus pupilas cambiantes, y como ella misma dice, en sus *pestañas abigarradas*. María se convirtió en *Preciosa*; pasó por el mundo amada, solicitada, requerida (1); sembrando enderredor suyo pasiones desgraciadas, á las cuales no prestaba gran atención, y conservando generosamente para amigos á los mismos que no aceptaba como amantes. Su primo Bussy, su maestro Menage, el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, el superintendente Fouquet, suspiraron inútilmente en torno de Mme. de Sevigné; pero ella permaneció invariablemente fiel á la amistad de este último en la desgracia; y cuando refiere á M. de Pomponne el proceso del Superintendente, es preciso advertir con qué enternecimiento habla de *nuestro desgraciado y querido amigo*. Joven todavía y hermosa sin presumir de ello, habíase colocado en el

(1) Mme. de La Fayette le escribía: «La presencia de V. da más atractivo á las diversiones, y las diversiones dan más atractivo á la belleza de V. cuando la rodean; por último, la alegría es el verdadero estado del alma de V., y la tristeza la es más contraria que á nadie». Mme. de Sevigné tenía lo que puede nombrarse *humor*, verdadero *humor*, un *humor bellissimo*, iluminado y variado á cada instante por la imaginación más viva. Estos resplandores y esta alegría de color forman á las veces algo así como un velo delante de su sensibilidad, que, aun en los momentos de amargura y de duelo, no se libra de adquirir las apariencias más graciosas; es necesario habituarse á verla debajo del disfraz. En Mme. de Sevigné hay un poco de Mme. Cornuel.

(N. del A.)

mundo con la condición de amar mucho á su hija , y no anhelaba más dicha que la de educarla y hacerla brillar (1). Mlle. de Sevigné figuraba ya desde 1663 en los brillantes bailes de Versailles; y Benserade, el poeta oficial, que ocupaba, á la sazón el puesto que desde 1672 ocuparon Racine y Boileau, compuso más de un madrigal en honra y gloria de esta *pastora* y de esta *ninfa*, á la que una madre idólatra, llamaba *la doncella más linda de Francia*.

En el año 1669, Mr. de Grignan obtuvo su mano, y diez y seis meses después la llevó á Provenza, donde el yerno de Mme. de Sevigné mandaba como lugarteniente general en ausencia de Mr. de Vendôme. Desde entonces, separada de su hija, á la que no volvió á ver sino de tarde en tarde, Mme. de Sevigné buscó lenitivo á su tristeza en una correspondencia de todos los días y de todos los instantes, que duró hasta su muerte (en 1696), y que comprende un período de veinticinco años, exceptuando las interrupciones producidas por las breves temporadas que pasaban juntas madre é hija. Antes de esta separación, ocurrida en 1671, no hay de Mme. de Sevigné sino un reducidísimo número de cartas, dirigidas á su primo Bussy y otras á Mr. de Pomponne acerca del proceso de Fou-

(1) Existe un precioso retrato de Mme. de Sevigné, *joven*, por el abate Arnauld; necesitase que el original poseyese en grado superlativo brillantéz y colores para comunicarlos, por un momento, al estilo de este digno abate, que no tuvo, á lo que parece, como escritor, el talento de la familia. « En este viaje fué, dice el abate en sus *Memorias* (en el año 1637), en el que el señor de Sevigné me presentó á la ilustre marquesa de Sevigné, su sobrina.... Me parece que todavía la veo tal cual se me apareció la primera vez en que tuve la honra de verla, llegando en su carroza descubierta, en [medio de su señor hijo y de su señorita hija; los tres semejaban el grupo en que los poetas nos presentan á Latona en medio de Apolo y de Diana; tanto agrado resplandecía en la madre y en los dos hijos. » ¡Qué perfectamente se la ve! Un alma, una hermosura, una gracia á la luz del día, en una carroza descubierta y resplandeciendo entre dos niños hermosos. (N. del A.)

quet. Solamente á partir desde esta fecha se conocen perfectamente su vida privada, sus hábitos, sus lecturas, y hasta las palpitaciones más insignificantes de esa sociedad en que vive y cuya alma es.

Y de repente, desde las primeras páginas de esta correspondencia nos encontramos en un mundo de todo en todo distinto del de la Fronda y de la Regencia. Reconocemos cómo lo que denominan la sociedad francesa se ha constituido. Sin duda (y, aun á falta de las numerosas memorias de aquel tiempo, las anécdotas narradas por la misma Mad. de Sevigné serían testimonios fehacientes), sin duda desórdenes horribles, groseras orgías se transmitían aún entre aquella juventud aristocrática, á la que había impuesto Luis XIV, como precio de su favor, la dignidad, la cortesía y la elegancia; indudablemente bajo aquella superficie brillante y aquellos aparatosos dorados existían vicios más que suficientes para tornar á desbordarse en otra regencia, sobre todo cuando la hipocresía de un fin de reinado los hubiese hecho fermentar. Pero, á lo menos, las apariencias se cubren; la sociedad comienza á rechazar lo que es innoble y crapuloso. Además de esto, á medida que la brutalidad y el desorden van perdiendo en sus escándalos, el decoro y la agudeza de ingenio van ganando en su sencillez. El calificativo de *Preciosas*, ha caído en desuso; todavía recuerdan algunas sonriéndose que lo han sido; pero ya ninguna lo es. Ya no se diserta, como en otro tiempo, remontándose á regiones inaccesibles, acerca del soneto de Job ó de Urania; pero se *charla*; se charla sobre noticias de la corte, ó recuerdos del sitio de París, ó de la guerra de Cayenne; el cardenal de Retz narra sus viajes; el señor de la Rochefoucauld moraliza; la señora de La Fayette lanza reflexiones del corazón, y la señora de

Sevigné interrumpe á todos para recordar una palabra de su hija ó una travesura de su hijo, alguna distracción del buen d'Hacqueville ó del señor de Brancas. Cuesta mucho trabajo á los hombres de épocas posteriores, con nuestros hábitos de ocupaciones útiles, imaginar y concebir con exactitud esta existencia de entretenimiento y de gárrula palabrería.

En nuestros tiempos, el mundo camina con tal rapidez, son tantas las cosas que, atropellándose unas á otras, se nos presentan en escena, que apenas si nos basta con todos nuestros minutos para mirarlas ó comprenderlas. Para nosotros, los días se pasan estudiando; las noches discutiendo seriamente; de conversaciones puramente amistosas, de pasatiempos, de distracciones baldías, hay ahora muy poco, ó no hay absolutamente nada. La sociedad noble de nuestro tiempo, restos apenas apreciables de aquellos períodos, que aún conservan gran parte de los hábitos de ociosidad de estos dos últimos siglos, parece que solamente los conservan á condición de permanecer extraños á las costumbres y á las ideas actuales (1). En la época de que hablamos, ese género de existencia, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso ó político, era el más adecuado para su estudio; bastaba mirar á hurtadillas de cuando en cuando silenciosamente y sin moverse de su asiento, y después podía uno consagrar el resto del tiempo á sus amigos ó á sus aficiones. La conversación, por otra parte, no había llegado á ser todavía, como lo fué en el

(1) Después de haber escrito estas páginas, he tenido ocasiones frecuentes de observar, con gran contentamiento mío, que se exageraba un poco la ruina del ingenio en la charla parisiense; es indudable que el conjunto de aquella sociedad ya no existe, pero aún quedan valiosos restos, ¡ocasos de tardes de otoño!, restos, de los cuales se disfruta con un placer semejante al que produciría el regreso de seres queridos ó el goce de deleites misteriosos.

(N. del A.)

siglo XVIII, en los salones abiertos bajo la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un quehacer, una pretensión; no se trataba allí necesariamente de obtener una especie de *Visto bueno*; el adorno geométrico, filosófico y sentimental no era allí de rigor todavía; allí hablaba cada cual de sí mismo, ó del prójimo, de mucho, ó de poco, ó de nada. Se hablaba, como decía Mme. de Sevigné, de *infinitas* cosas. «Después de comer, escribe á su hija en alguna parte, fuimos á charlar á los bosques más agradables del mundo; allí nos entretuvimos hasta las seis en mil distintas conversaciones tan buenas, tan tiernas, tan amables, tan cariñosas para ti y para mí, que me conmovieron (1).»

En medio de este movimiento social, tan fácil y tan sencillo, tan caprichoso y tan graciosamente animado, una visita, una carta que llegaba, aun siendo insignificante en el fondo, eran verdaderos acontecimientos, con los que se experimentaba placer, y de los que se daba noticias con apresuramiento. Las cosas más pequeñas adquirían valor por su manera y por su forma; era el arte que todos ponían, inconscientemente y hasta sin estimarlo, en los asuntos de la vida. Recuérdese la visita de la señora de Saulnes á la *Rochers*. Se ha dicho, y aun se ha repetido mucho, que Mme. de Sevigné limaba muy cuidadosamente sus cartas, y que al escribirlas pensaba, ya que no en la posteridad, en sus contemporáneos, cuya aprobación apetecía. Es inexacto: el tiempo de Voiture y

(1) La señorita de Montpensier, de la misma edad que Mme. de Sevigné, pero que se había adelantado un poco menos que ésta, escribía en 1660 á la señora de Motteville acerca de un ideal de vida retirada que ella misma ha inventado y en el que desea *héroes* y *heroínas* de diferentes clases, lo siguiente: «También necesitamos personas de todas clases para que podamos hablar de toda clase de asuntos; en esas conversaciones que para el gusto de V. y para el mío es el mayor placer de la vida y casi el único de mi agrado».

(N. del A.)

de Balzac estaba ya muy lejos. Mme. de Sevigné escribe siempre á vuela pluma, todo lo más que puede, y cuando el tiempo apremia, apenas si vuelve á leer lo que ha escrito. «En verdad que es necesario, dice ella, dejar alguna vez y por un rato, entre buenos amigos, que las plumas troten á su antojo; la mía siempre tiene las riendas sueltas.» Hay, sin embargo, algunos días, en los cuales dispone de más tiempo, ó se siente de vena, ó de mejor humor para ello; entonces, espontáneamente, se esmera, coordina, compone, sobre poco más ó menos, como Lafontaine para una de sus fábulas; así, por ejemplo, la carta al señor de Coulanges sobre la boda de *Mademoiselle*; como también la relativa al pobre Picard, que fué desterrado por no haber querido extender heno. Este linaje de cartas, joyas de la forma y del arte, y en las cuales no había mucho ni de secretillos, ni de murmuración, producían ruido en la sociedad, y todos deseaban leerlas. «No quiero poner en olvido lo que me ha pasado esta mañana,—escribe la señora de Coulanges á su amiga,—me han dicho: Señora, ahí está un lacayo de la señora de Thianges; he dado la orden de que se le hiciese entrar. He aquí lo que venía á decirme: Señora, vengo de parte de mi ama, la señora de Thianges, para rogar á la señora que le envíe la carta del *Caballo* de la señora de Sevigné, y también la carta de la *pradera*. He dicho al lacayo que yo misma se las llevaría á su ama, y así lo he despedido. Las cartas de V., como V. ve, producen todo el ruido que merecen; la verdad es que son deliciosas, y V. es lo mismo que sus cartas.»

Las correspondencias tenían entonces, lo mismo que las conversaciones, gran importancia; pero nadie componían ni las unas ni las otras; sólo que cada cual se entregaba á ellas con todo su ingenio y con toda su alma. Ma-

dame de Sevigné elogia continuamente á su hija por esto de las cartas: «Tiene pensamientos y párrafos incomparables». Ella misma refiere que lee, *por acá y por allá*, ciertos trozos escogidos á las personas que lo merecen. «Alguna vez leo también un poquito á la señora de Villard; pero la pobre se fija en los pasajes tiernos, y sus ojos se llenan de lágrimas.» Si se ha discutido por alguien la espontaneidad y la sencillez de las cartas de Mme. de Sevigné, también se ha querido poner en tela de juicio la sinceridad de su amor á su hija, y también en esto se ha olvidado el tiempo en que vivía, y cómo en una existencia de lujo y de ociosidad las pasiones pueden semejar caprichos, bien así como las manías se convierten muy á menudo en pasiones. Mme. de Sevigné idolatraba á su hija, y aún era muy joven cuando apareció en la sociedad con este carácter de madre idólatra. Arnauld d'Andilly la llamaba, con ese motivo, una *hermosa pagana*. La ausencia dió por resultado exaltar su ternura; Mme. de Sevigné no tenía otra cosa en qué pensar; las preguntas, los cumplidos de todas las personas á quienes veía, le recordaban continuamente ese mismo amor; aquel cariño profundísimo, casi único en su corazón, había llegado á ser, al cabo del tiempo, para ella, un aspecto, un algo de que tenía absoluta necesidad, como de un abanico. Además, Mme. de Sevigné era perfectamente sincera, franca y enemiga del fingimiento. Mme. de Sevigné es una de las primeras personas á quienes se ha debido la locución *persona verax* (ingenua, sin doblez); la madre amorosa habría inventado la palabra para su hija si el señor de la Rochefoucauld no la hubiese inventado ya para aplicarla á la señorita de La Fayette; pero Mme. de Sevigné se complace, por lo menos, en emplearla para hablar de la que ama. Cuando se analiza bien y se estudia de cien modos

distintos este inagotable amor maternal, se llega á coincidir con el juicio, y á aceptar la explicación del señor de Pomponne. ¿Parece que Mme. de Sevigné amó apasionadamente á la señora de Grignan? ¿Saben Vds. lo que hay debajo de esas cartas? ¿Quieren Vds. que yo se lo diga? *Pues hay que la ama apasionadamente.*» Sería, en verdad, mostrar demasiada ingratitud, poner litigio artero á Mme. de Sevigné sobre esta pasión inocente y legítima, á la cual es debido el que podamos seguir hoy paso á paso, durante veinticinco años de su vida, á la mujer más ingeniosa y más inteligente de la época más agradable de la más amable sociedad francesa (1).

La Fontaine, pintor de los campos y de los animales, no desconocía por completo la sociedad, y muy á menudo la ha reproducido con intención y con malicia. Mme. de Sevigné, por su parte, era también muy aficionada al campo; iba, por consiguiente, á residir largas temporadas en casa del abate de Coulanges, ó á su tierra de *Rochers* (de las Rocas), en Bretaña; y es curioso el conocimiento de cómo ha sentido y ha pintado la naturaleza. Échase de ver desde luego, que, como nuestro buen fabulista, Mme. de Sevigné había leído muy temprano á *Astrea*, y que ha soñado, siendo joven, bajo los mitológicos follajes de Vaux y de Saint-Mandé. Ella gusta de pasearse á «los rayos de la hermosa enamorada de Endimión, de pasar dos horas sola con las *hamadriadas*; sus árboles

(1) M. Walckenaer (*Memorias acerca de Mme. de Sevigné*), observa muy atinadamente que ella, en quien se desarrolló tanto el sentimiento maternal, no tuvo tiempo de conocer el amor filial, por haber quedado huérfana en edad muy temprana. Toda la pasión de su alma se mantuvo como reservada para bajar después y reconcentrarse en su hija. Enviudó muy pronto, en los más hermosos años de su juventud; parece que no sintió nunca el cariño de la enamorada, de la amante.... ¡Qué de ahorros! ¡Qué tesoros de amor! Su hija lo hereda todo completo, y los intereses acumulados.

(N. del A.)

están adornados con inscripciones y leyendas ingeniosas, como en los pasajes del *Pastor Fido*, y de la *Aminta*: *Bella cosa far niente* (¡que hermoso es no hacer nada!) dice uno de mis árboles; respóndele el otro: *Amor odit inertes* (el amor aborrece á los perezosos); y no sabe uno á cuál atender». Y en otra parte: «En cuanto á nuestras máximas, no han sido desfiguradas; las visito muy á menudo; hasta han aumentado, y dos árboles próximos dicen, á las veces, las dos contrarias: *La lontananza ogni gran piaga salda* (la ausencia cura todas las grandes heridas), y *Piaga d'amor non si sana mai* (la herida de amor no se cura nunca). Existen aquí cinco ó seis, en los cuales hay igual antagonismo». Estas reminiscencias, un poco insípidas de la poesía pastoril y de las novelas, son naturales en su pincel, y hacen destacarse muy agradablemente multitud de descripciones frescas y sinceras, que sólo á ella pertenecen: «He venido aquí (*á Ligny*) á terminar los días hermosos y á despedirme de las hojas; aún se hallan todas en los árboles; hasta hoy no han hecho más que variar de color; antes eran verdes, hoy son del color de la aurora; y tantos matices de aurora forman un brocado de oro rico y magnífico, al cual deseo encontrar más hermoso que el verde, aunque solamente sea porque ha variado». Y cuando se halla en *Las Rocas*: «¡Cuán feliz sería yo en estos bosques, si tuviese una hoja que cantase! ¡Ah! ¿qué cosa tan bella como una hoja que canta?»

¡Y de qué modo pinta después *el triunfo del mes de Mayo!* ¡Cuando *el ruiseñor, el cuclillo, la curruca inauguran la primavera en nuestros bosques!* ¡Cómo nos hace sentir, y casi palpar, *esos hermosos días de cristal del otoño, en los que no hace calor; en los cuales no hace frío!* Cuando su hijo, para subvenir á gastos locos, hizo

talar los antiguos bosques de Burón, Mme. de Sevigné se conmueve, se aflige con todas aquellas *driadas* fugitivas y aquellos *silvanos* desposeídos; no ha llorado mejor Ronsard la caída del bosque de Gastine, ni M. de Chateaubriand la corta de los bosques paternales.

Aunque se la ve muy á menudo de humor regocijado y placentero, incurren en error los que juzgan á Mme. de Sevigné frívola ó poco sensible. Era seria, casi triste, muy especialmente durante las temporadas que pasaba en el campo, y en su existencia tuvieron mucho espacio los ensueños. Pero conviene que sobre este punto se puntualicen las cosas: Mme. de Sevigné no soñaba en aquellas inmensas calles de árboles espesos y sombríos, según el gusto de *Delfina*, ó como la enamorada de *Osvaldo*; todavía no se habían inventado los ensueños de esta índole (1); fué necesario el 1793 para que Mme. de Staël escribiera su famoso libro de la *Influencia de las pasiones en la felicidad*. Hasta entonces soñar era la cosa más fácil, más sencilla, más individual, y de la que, sin embargo, se percataba menos; era pensar en su hija ausente en Provenza, en su hijo que estaba en *Candía*, ó en el ejército del Rey; en sus amigos lejanos ó muertos; era decir: «En cuanto á mi vida, V. la conoce; se pasa con cinco ó seis amigos, cuyo trato agrada, y en mil deberes á cumplir con los cuales está una obligada, y este no es escaso quehacer. Pero lo que me disgusta es que, sin hacer nada, se pasan los días, y que nuestra pobre vida se compone de esos días y se envejece una y se muere. Esto me parece bastante mal». La religión precisa y regular que, en aquel tiempo, gobernaba la vida, contribuía bastante á templar aquel libertinaje de sensibilidad y de imagina-

(1) «La alegría del alma señala su fuerza», así escribía por aquellos tiempos Ninon á Saint-Evremont.

(N. del A.)

ción que posteriormente no ha conocido freno. Mme. de Sevigné desconfiaba muchísimo de aquellos pensamientos, sobre los cuales es preciso *resbalar*; quiere resuelta y expresamente que la moral sea cristiana, y en más de una ocasión se chancea con su hija, de quien dice que está imbuida en el cartesianismo (1).

En lo que á ella respecta, en medio de los accidentes del mundo, baja la cabeza y se refugia en una especie de fatalismo providencial que le habían inspirado, sin duda, su amistad con Port-Royal y sus lecturas de Nicole y de San Agustín. Este temperamento religioso y resignado aumenta en Mme. de Sevigné con la edad, y no altera en lo más mínimo la serenidad de su carácter; suele, sí, comunicar con alguna frecuencia á su lenguaje cierto tinte de mayor sensatez y de ternura más grave. Hay, sobre todo, una carta dirigida á M. de Coulanges, acerca de la muerte del ministro Louvois, en la cual Mme. de Sevigné se eleva á las sublimidades de Bossuet, como en otros tiempos y en otros lugares ha llegado hasta la nota cómica de Molière.

M. de Saint-Surin, en sus estimables trabajos acerca de Mme. de Sevigné, no desperdicia ocasión alguna de colocarla frente á frente á Mme. Staël, dando á Mme. de Sevigné la preferencia.

Creemos también que es interesante y aun provechoso

(1) Con mucha frecuencia se ha discutido acerca de los méritos de Mme. de Grignan, y su madre la ha perjudicado algo, en nuestro concepto, por elogiarla demasiado; el papel este de ser tan querido es muy difícil de sostener delante de los indiferentes. El hijo, un poco libertino, es á nuestros ojos bastante más amable. En mi opinión, puede suponerse perfectamente que la razón y la alegría de Mme. de Sevigné, tan agradablemente mezcladas en ella, se habían dividido, y, por decirlo así, desdoblado entre sus dos hijos: el uno, el hijo, tenía la gracia; pero no muy razonable, ni muy sólida; el otro, la hija, tenía la razón, pero un poco seca, á lo que parece; no bastante templada, y no picante ni hechicera.

(N. del A.)

este paralelo; pero no ha de resultar en detrimento de la una ni de la otra. Mme. de Staël representa una sociedad completamente nueva; Mme. de Sevigné una sociedad que ha desaparecido; de aquí nacen necesariamente las diferencias prodigiosas que, por de pronto, se siente uno inducido á explicar por el diferente modo de ser de aquellas almas y de aquellas naturalezas. Sin embargo, y sin que tratemos de negar esta honda semejanza substancial entre dos almas, de las cuales la una solamente ha conocido el amor de madre, y la otra ha sentido todas las pasiones, hasta las más generosas y más varoniles, encuéntrase en ambas, mirándolas de cerca, muchas debilidades, muchas buenas cualidades comunes, cuyo distinto modo de desenvolvimiento sólo ha consistido en la diferencia de los tiempos. ¡Cuánta naturalidad llena de graciosa ligereza en aquellas deslumbradoras páginas de puro ingenio en Mme. de Staël, cuando el sentimentalismo no se atraviesa en el camino, y duermen en paz la filosofía y la política! En cuanto á Mme. de Sevigné, ¿por ventura no la ocurre en alguna ocasión la idea de filosofar y de disertar? ¿De qué le serviría entonces leer á diario los *Ensayos de moral*, y el *Sócrates cristiano*, y San Agustín? Porque esta mujer, á quien se ha tratado de frívola, leía de todo, y leía bien; el no complacerse con lecturas sólidas, decía ella, «*da colores pálidos á las almas*». Mme. de Sevigné leía á Rabelais y la *Historia de las Variaciones*, á Montaigne y á Pascal, la *Cleopatra* y á Quintiliano, á San Juan Crisóstomo y á Tácito, y á Virgilio, no *disfrazado* sino en toda *su majestad de latín y de italiano*. Cuando llovía, acostumbraba á leer un *in-folio* en doce días. Durante las cuaresmas iba á oír á Bourdaloue. Su conducta con Fouquet en la desgracia de éste hace pensar en los sacrificios y en la adhesión de

que hubiera sido capaz en épocas revolucionarias. Si Mme. de Sevigné se manifiesta un tanto envanecida y aun infatuada cuando el Rey baila, una noche, con ella, ó bien cuando le dirige un cumplido en Saint-Cyr, ¿qué otra mujer hubiese mostrado más filosofía en su lugar? ¿La misma Mme. de Staël no hizo, según dicen, cuanto le fué posible para arrancar una frase ó una mirada al conquistador de Italia y de Egipto? Ciertamente, una mujer que, familiarizada desde su juventud con los Menage, los Godean, los Benserade, se defiende—con solamente la fuerza de su propio sentido común—de las agudezas y de las insulseces de sus enamorados; que esquivo, como bromeando, las solicitudes más refinadas y más seductoras de la Saint-Evremont y de los Bussy; una mujer que, amiga, admiradora de Mlle. de Scudery y de Mme. de Maintenon, se mantiene equidistante de los sentimientos novelescos de la una y de la reserva un poco exagerada de la otra; que en relación con Port-Royal, y nutrida espiritualmente en la obra de *esos señores*, no deja de leer á Montaigne, ni deja de citar á Rabelais, y no quiere más inscripción para lo que llama ella *su convento* que *Santa Libertad, ó haz lo que te acomode*, como en la abadía de Telemo; una mujer de esta índole puede bromear, divertirse, *resbalar sobre las ideas*, y tomar á su capricho las cosas por su lado familiar y entretenido; ha dado pruebas de una energía profunda y de una originalidad de alma poco comunes.

Una sola circunstancia hay en que no se puede menos de sentir que Mme. de Sevigné se haya abandonado á sus hábitos de burla y de ligereza; en que se niega uno, se resiste decididamente á entrar en sus chistes; en que, después de haber buscado con empeño todas las circunstancias atenuantes, nos cuesta mucho trabajo perdonarla: nos

referimos á la ocasión en que Mme. de Sevigné relata á su hija el motín de los aldeanos de la Bretaña Baja, y las crueldades horribles que lo reprimieron. En tanto que la narradora se limita á reirse de los *Estados*, de los nobles de aldea, y de sus asombrosas galas, y de su entusiasmo para votarlo todo entre *las doce del día y la una de la tarde*, y de todas las demás ridiculeces del *prójimo* de Bretaña después de cazar, todo está bien, todo es gracia y broma sólida y de buena ley; recuérdase aquí, en algunas ocasiones, la nota de Molière; pero cuando hubo *coliquillos* en Bretaña, y una *indigestión de piedras* en Rennes, es decir, que el gobernador Mr. de Chaulnes, queriendo disolver al pueblo con su sola presencia, fué rechazado hasta su casa á pedradas; cuando Mr. de Furbié llega con seis mil hombres del ejército, contra los amotinados, y estos infelices, desde que, á muy larga distancia, ven las tropas reales, se desbandan por los campos, se arrodillan, gritan *Mea culpa* (porque esas son las únicas palabras francesas que sabían); cuando para castigar á Rennes se traslada su Parlamento á Vannes; se escogen, á *capricho*, al azar, veinticinco ó treinta hombres para colgarlos; se arroja y se destierra á todos los habitantes de la calle mayor, mujeres encintas, niños, ancianos, con prohibición de darles hospitalidad bajo pena de muerte; cuando se enrueda y se descuartiza, y cuando después de haber enrodado y descuartizado, para descanso, se ahorca; en medio de estos horrores llevados á cabo contra inocentes ó pobres extraviados, entristece ver que Mme. de Sevigné se chanea casi casi como de ordinario; celebraría uno hallar en ella indignación ardiente, amarga, generosa; celebraría uno, sobre todo, borrar de su cartas líneas como estas: «Los amotinados de Rennes huyeron hace ya mucho tiempo; así los buenos van á padecer por

los malos; á mí todo me parece muy bien siempre que los cuatro mil hombres del ejército que están en Rennes, mandados por los Sres. de Furbié y de Vins no me impidan pasearme en mis bosques, que son de una altura y de una belleza maravillosas». Y en otra parte: «Han cogido á sesenta ciudadanos; mañana principiarán á colgarlos. Esta provincia es un buen ejemplo para las otras, principalmente para que respeten á los gobernadores y á los Gobiernos, y no los injurien ni apedreen sus jardines». Y por último: «Me habla V. muy ridículamente de nuestras lástimas; no estamos tan enrodados como V. supone; no hemos tenido de eso más que una semana para entretener á la justicia; lo de ahorcar me parece ahora un descanso».

El duque Chaulnes, que provocó todas estas venganzas porque algunos arrojaron piedras á su jardín y porque le injuriaron de palabra, llamándole los que más suavemente le nombraban *gran cochino*, nada perdió en la amistad de Mme. de Sevigné; para ella y para Mme. de Grignan seguía siendo *nuestro buen duque* con toda su fuerza; hay más, cuando fué nombrado embajador en Roma y partió del país dejó *sumida en la mayor tristeza* á toda la Bretaña. Realmente habría aquí asunto para muchas reflexiones sobre las costumbres y la civilización del gran siglo; nuestros lectores las suplirán sin mucho trabajo. Nosotros lamentaremos únicamente que en esta circunstancia el corazón de Mme. de Sevigné no se haya elevado más sobre las preocupaciones de su tiempo. Era digna de haberlo hecho, porque su bondad igualaba á su hermosura y á su gracia. Muchas veces le sucedió recomendar presidiarios á M. de Vivonne ó á M. de Grignan. El más interesante de sus protegidos es, seguramente, un hidalgo de Provenza, cuyo nombre no se ha conservado. «Este po-

bre muchacho, dice Mme. de Sevigné, era un servidor muy adicto á M. Fouquet; fué convicto y confeso de haber hecho llegar á manos de la señora de Fouquet una carta de su marido; por esto ha sido condenado á galeras por cinco años; es una cosa un poco extraordinaria. V. sabe que es uno de los mozos más honrados que pueden verse, y tan propio para la galera, como para coger la luna con los dientes.»

El estilo de Mme. de Sevigné ha sido juzgado tan frecuentemente y con tanto ingenio analizado, admirado, que sería muy difícil encontrar un elogio nuevo y adecuado; por otra parte, no nos sentimos en manera alguna dispuestos á reverdecer lugares comunes de contestaciones y de críticas. Una sola observación general bastará á nuestro intento: los grandes y bellos estilos del siglo de Luis XIV pueden encerrarse en dos procedimientos distintos, en dos maneras opuestas. Malherbe y Balzac fundaron en nuestra literatura el estilo sabio, castigado, correcto, trabajado en una gestación, por medio de la cual se llega desde el pensamiento á la expresión lentamente, por gradaciones, á fuerza de tanteos y de enmiendas. Este es el estilo que Boileau aconseja en todas ocasiones; este preceptista quiere que la obra sea colocada veinte veces en el telar, que se la pula y se la repula incesantemente. Se jacta de haber enseñado á Racine á escribir con dificultad versos fáciles. Racine es, efectivamente, el modelo más perfecto de este estilo en poesía; Fléchier fué menos afortunado en prosa. Pero al lado de esta manera de escribir, siempre un poco uniforme y académica, existe otra mucho más libre, caprichosa y movida, sin método tradicional, y conforme á la diversidad de los talentos y de los caracteres.

Montaigne y Regnier habían dado ya admirables mues-

tras, y la reina Margarita, más encantadora en sus memorias familiares, obra de algunas *sobremesas* (tardes); es el estilo amplio, descuidado, abundante, que sigue perfectamente el curso de las ideas; un estilo de primera intención, espontáneo, para hablar como el mismo Montaigne; es el de La Fontaine y el de Molière; el mismo de Fénelon, de Bossuet, del duque de Saint-Simon, y de Mme. de Sevigné. Esta última ha sobresalido en ese estilo; deja *trotar* á su pluma con *las riendas sueltas*, y andando siembra profusamente colores, comparaciones, imágenes, y el talento y la sensibilidad se le desbordan por todos lados. Mme. de Sevigné se ha colocado así, sin quererlo y aun sin sospecharlo, en primera fila entre los escritores de nuestra lengua.

«El arte único que me atrevería yo á sospechar en Mme. de Sevigné—dice Mme. Necker—es el de emplear términos generales, y, por consiguiente, un poco vagos, que hace semejar, por el modo de colocarlos, á esas vestiduras flotantes cuya forma cambia á su antojo una mano experimentada.» La comparación es ingeniosa; pero es preciso que no veamos un artificio de autor en esta manera común á la época. Antes de ajustarse exactamente á las distintas especies de ideas, el lenguaje se ve lanzado enrededor de ellas con una amplitud que le presta un desenfado y una gracia singulares. Ahora, cuando el siglo del análisis ha pasado sobre la lengua y ha labrado en ella y la ha recortado para sus diferentes usos, ese encanto inefable ha desaparecido; en tratar ahora de volver á él, si que habría artificio.

Y ahora, si en todo lo que precede parece á algunos espíritus discontentadizos que hemos llevado muy allá nuestra admiración á Mme. de Sevigné, que nos permitan dirigirles una pregunta: «¿La han leído Vds.?» Y en-

tendemos por leer no hojear al acaso una colección de sus cartas, no fijar la atención en dos ó tres que gozan de una fama clásica sobre el casamiento de *Mademoiselle*, sobre la muerte de Vatel, de M. de Turenne, de M. de Longueville; sino penetrar, y andar paso á paso en los diez tomos de cartas (la edición de MM. Monmergné y de Saint-Surin, es la que nos parece más recomendable), y seguirlo todo, y vaciarlo todo, como ella dice; hacer por ella, en fin, lo que hacíamos antes por Clarisse Harlowe cuando se disponía de quince días de vagar y de lluvia en el campo. Después de esta prueba, no muy terrible ciertamente, asómbrese quien se atreva de nuestra admiración, si es que todavía se acuerda de haberse asombrado.

C. A. SAINTE-BEUVE.

EL ELIXIR DEL PADRE GAUCHER

~~~~~  
CUENTO.

**B**EBA V. esto, beba V. esto, mi querido vecino; verá V. lo que es bueno.

Y, gota á gota, con la minuciosidad de un lapidario que contase perlas, el cura de Graveson escanci6 en mi copa obra de dos dedos de un licor verde, dorado, tibio, reluciente, exquisito.... Me bast6 probarlo para sentir en el est6mago un calor muy agradable.

—Es el elixir del P. Gaucher, el regocijo y la salud de nuestra Provenza (me dijo el buen se6or en son de triunfo): lo elaboran en el convento de los Premonstratenses, como á dos leguas del molino de V..... ¿No es cierto que vale tanto cuanto puedan valer todos los *chartreuses* del mundo?... ¡Y si supiese V. qu6 gracia tiene la historia de este elixir! Oícala V., ante todas cosas....

Entonces, con toda sencillez, sin pizca de segunda intenci6n, en aquel comedor de presbitero, tan cándido y tan tranquilo, con su *via crucis*, sus cuadritos y sus lindas cortinas claras y almidonadas como sobrepellices, el

sacerdote comenzó una historieta, algo y aun algo escéptica é irreverente, á la manera de un cuento de Erasmo ó de Assoucy.

—Hace ahora veinte años, los Premonstratenses ó, por mejor decir, los Padres blancos, según los nombraban nuestros paisanos los provenzales, habían caído en una escasez extremada. Si hubiese V. visto la casa de esos pobres frailes entonces, se habría entristecido.

La hermosa cerca, la torre Pacome se caían á pedazos. Enrededor del claustro, en que nacían hierbas, hendíanse las columnas, y las esculturas de piedra se derrumbaban en sus hornacinas. No había vidriera sana, ni puerta que cerrase. En los patios, en las capillas los aires del Ródano soplaban lo mismo que en Camague, apagando los cirios, rompiendo cristales y vaciando las pilillas del agua bendita. Pero lo más triste de todo esto era el campanario del convento silencioso como palomar vacío: ¡y, los Padres, á falta de recursos para comprar una campana, obligados á tocar á maitines con carracas de madera de almendro!

¡Pobres Padres blancos! Todavía me parece verlos en la procesión del *Corpus* desfilando tristemente, envueltos en sus capas remendadas, flacos, como alimentados con limones y sandías, y detrás de ellos el señor abad que andaba con la cabeza baja, muy avergonzado de mostrar á la luz del sol su cruz ya desdorada y su mitra de lana blanca apolillada por completo. Las señoras de la hermandad lloraban de compasión en sus filas, y los abanderados rollizos bromeaban entre sí, señalando á los monjes y diciendo:

—Los estorninos, cuando van en bandadas, van flacos.

La verdad es que los desventurados Padres blancos habían llegado al extremo de preguntarse á ellos mismos

si no les sería más conveniente emprender el vuelo por esos mundos, y buscarse cada cual el necesario alimento.

Pues, señor, cierto día en que estaban tratando esta cuestión en el cabildo, se puso en conocimiento del Prior que el hermano Gaucher solicitaba ser oído en consejo.... Bien es que V. sepa ante todo, para su gobierno, que este hermano Gaucher era un boyero del convento; es decir, que se pasaba los días dando vueltas en el claustro desde una arcada á otra arcada, antecogiendo á dos vacas éticas que buscaban hierbas en las hendeduras del pavimento. Mantenido hasta la edad de doce años por una vieja medio loca de la comarca de Baux, vieja á quien los del país nombraban la tía Begon; recogido después en el convento por los frailes, el infeliz vaquero nunca había aprendido cosa alguna que no fuese guiar sus vacas y rezar su *Pater noster*; y aun para eso lo decía en dialecto provenzal, porque el pobre tenía duro el cerebro, y el ingenio como un puñal de plomo. Fuera de esto, era buen cristiano, muy fervoroso, si bien un poco visionario, y llevaba el cilicio con fe, y se disciplinaba con robusta convicción y brazo fuerte.

Cuando se le vió entrar en la sala del capítulo, tan sencillo, tan burdo y saludando á la asamblea repetidas veces echando una pierna hacia atrás, prior, canónigos, tesorero, todos en una palabra, se echaron á reir. Este era el efecto que producía siempre en dondequiera que se presentase aquella cara buenaza, á la que hacía blanquear su barba de cabra, y aquellos ojos medio alocados; por esto el hermano Gaucher no se turbó.

—«Reverendos padres (dijo el recién llegado con tono bonachón y retorciendo su rosario de huesos de aceitunas): tienen mucha razón los que dicen que los toneles vacíos son los que mejor suenan. Figuraos que á fuerza

de ahuecar mi pobre cabeza, ya bastante hueca de por sí, creo haber encontrado el medio de sacaros de apuros.

»He aquí la manera. ¿Os acordáis de la tía Begon, aquella mujer que me cuidaba cuando yo era pequeño? (Santa gloria haya la vieja pícara; cantaba unas canciones bastante malas después de beber.) Pues quiero deciros, mis reverendos padres, que la tía Begon, cuando estaba viva, era tan conocedora de las hierbas de las montañas como sacristán viejo de Córcega, ó más todavía. ¡Vaya! como que había compuesto antes de morirse un elíxir — que no hay otro—mezclando cinco ó seis especies de hierbas que ella y yo íbamos á buscar juntos por los bosques. Desde entonces han pasado ya muchos años, ya lo creo; pero tengo esperanzas de que con el auxilio de San Agustín y la licencia de nuestro abad, podría ya, buscándola bien, volver á dar con la composición de ese elíxir asombroso. Entonces nosotros no tendríamos que hacer sino embotellarlo y venderlo un poco caro, lo que permitiría á la comunidad enriquecerse muy santa y dulcemente, como han hecho nuestros hermanos de la Trapa y de la Gran Cartuja.

No tuvo tiempo de concluir. El Abad habíase levantado para echarle al cuello los brazos. Los canónigos le estrechaban las manos. El tesorero, más conmovido todavía que los demás, besaba con respeto el borde, no muy aseado, de los hábitos del vaquero. Después volvió cada cual á su asiento para deliberar, y sin levantar la sesión, el cabildo determinó que fuesen confiadas las vacas al hermano Thrasybulo, para que el hermano Gaucher pudiera consagrarse por completo á la confección del elíxir.

¿Cómo llegó el pobre hermano Gaucher á tropezar de nuevo con la receta de la tía Begón? ¿Á precio de qué



esfuerzos? ¿Á costa de qué vigiliass? La historia no lo dice. Lo únicamente seguro es que, transcurridos seis meses, era ya muy popular el elíxir de los Padres blancos. En toda la comarca, en todo el país de Arlés, no había vivienda, ni granja, ni posesión, en el fondo de cuya despensa no figurase, entre las botellas de vino rancio y la jarra de aceitunas manzanilla, un frasquito de barro oscuro, lacrado y sellado con la corona de la Provenza, con un fraile en éxtasis, pintado sobre una faja plateada. Merced á la boga de su elíxir, el convento de los Premonstratenses se enriqueció con rapidez. Se reedificó la torre de Pacome. El Abad tuvo una mitra nueva; la iglesia hermosos cristales labrados; y en el fino encaje del campanario, toda una compañía completa de campanas y de campanillas, dióse á luz en una mañana de Pascua repicando y tocando á vuelo.

Por lo que respeta al hermano Gaucher, es claro que en el convento no volvió á hablar nadie de aquel infeliz hermano lego, cuyas necesidades divertían á toda la comunidad. Desde aquella fecha no se conocía más que al Rdo. P. Gaucher, hombre de gran cabeza y de mucho saber, que vivía completamente aislado de las ocupaciones múltiples y monótonas del claustro, y se encerraba todo el día en su destilatorio, mientras que treinta frailes recorrían las montañas para buscarle hierbas aromáticas. Este destilatorio, donde nadie, ni aun el mismo Prior, tenía derecho á penetrar, era una capilla antigua y abandonada, situada en el extremo del jardín de los canónigos.

La sencillez de aquellos Padres candorosos había convertido la tal capilla en una cosa misteriosa y formidable, y si, por acaso, un monacillo atrevido y curioso, encaramándose por alguna parra, llegaba hasta el rosetón de la portada, muy pronto se dejaba caer espantado por

haber visto al P. Gaucher con su barba de nigromántico, inclinado sobre sus hornillos y con el pesalicores en lo mano; y además, en torno del fraile, retortas de barro encarnado, alambiques gigantescos, serpentinas de vidrio, en amontonamiento extraño, que resplandecía como cosa de magia al rojo brillo de los cristales.

Al caer la tarde, cuando se oía el toque de oración, la puerta de este recinto del misterio se abría discretamente, y el Rdo. padre Gaucher se dirigía á la iglesia para asistir á los oficios de la noche. ¡Había que ver cómo era recibido cuando atravesaba el monasterio! Los Hermanos se abrían en dos filas para dejarle paso. Decíanse:

—¡Chis!.... ¡Tiene el secreto!

El tesorero le seguía y le hablaba inclinando la cabeza. En medio de estas adulaciones, el Padre se alejaba enjugándose el sudor de la frente, con el tricornio de anchas alas un poco echado atrás como una aureola, contemplando con regocijo enrededor suyo los patios espaciosos sembrados de naranjos, los techos azulados en que giraban veletas nuevas, y en el claustro, resplandeciente de blancura,—entre las columnitas elegantes y limpias,—los canónigos con trajes nuevos, que desfilaban de dos en dos con semblantes tranquilos.

—«¡Á mí, á mí se debe todo esto!»,—se decía á sí mismo el P. Gaucher, y cada vez que lo pensaba subía á su cabeza una ráfaga de orgullo.

El pobre hombre recibió muy pronto el castigo. Va V. á verlo.

Figúrese V. que una noche, durante los oficios, llegó á la iglesia el P. Gaucher presa de una agitación extraordinaria; encendido, jadeante, con la capucha del revés, y de tal modo turbado, que para tomar agua bendita mojó sus mangas hasta el codo. Creyóse, por de

pronto, que aquella emoción era motivada por el retraso con que llegaba ; pero cuando le vieron hacer reverencias repetidas al órgano, á la tribuna, en lugar de dirigir su saludo al altar mayor, atravesar la iglesia como un huracán, vagar durante cinco minutos por el coro para buscar su sillón, y después de sentado inclinarse á derecha y á izquierda, sonriéndose con su aire de beatitud, un murmullo de asombro circuló por las tres naves. Se hablaba en voz baja de breviario á breviario :

—¿Qué tiene nuestro P. Gaucher? ¿Qué tiene nuestro P. Gaucher?

Por dos veces el Abad, impacientándose, golpeó con su cruz las losas del pavimento para imponer silencio.... Allá, en el fondo del coro, los salmos adelantaban, pero los responsos carecían de vigor.

De repente, en medio del *Ave verum*, cate V. á nuestro P. Gaucher que se recuesta en su sillón, y entona con voz ruidosa :

«Hay en París un blanco, papá,  
Patatín, patatá, tarabú, tarabá.»

Consternación general. Todos se levantan. Exclaman algunos :

—Lleváosle,—está endemoniado.

Los canónigos se persignan. La cruz de monseñor se agita con violencia. Pero el P. Gaucher ni ve nada, ni escucha nada; y dos frailes vigorosos se ven precisados á llevárselo casi arrastrado por la puertecilla del coro, á pesar de resistirse él como un exorcizado, y continuar cada vez con más fuerza sus *patatín* y sus *tarabá*.

Al amanecer del día siguiente, hallábase el desventu-

:

rado de rodillas en el oratorio del Prior y se confesaba derramando torrentes de lágrimas.

—Es el elíxir, monseñor, es el elíxir el que me ha sorprendido,—exclamaba Gaucher, dándose golpes de pecho. Y de verle tan arrepentido, tan contrito, el mismo Abad se conmovía.

—Vamos, vamos, P. Gaucher, cálmese; todo eso desaparecerá como desaparece el rocío á los rayos del sol. Al fin y al cabo, el escándalo no ha sido tan grande como cree. Es cierto que la canción era un poco.... un poco... un poco.... En fin, es preciso creer que los novicios no la habrán oído. Ahora, veamos: dígame cómo le ha ocurrido esa desgracia. ¿Ha sido catando el elíxir, no es verdad? Habrá tenido la mano algo torpe. Sí, sí, lo comprendo. Lo mismo le sucedió al hermano Schwartz, el inventor de la pólvora: ha sido el Padre víctima de su propia invención. Y díganos, excelente amigo: ¿es absolutamente necesario que sea él mismo quien cate, quien pruebe ese terrible elíxir.

—Desgraciadamente sí, monseñor.... El areómetro me da con exactitud la fuerza y el grado del alcohol; pero para el refinado, para la suavidad, no puedo confiar sino en mi lengua.

—¡Ah! está perfectamente. Pero escuche, Padre, escuche lo que le digo. ¿Cuando prueba así ese licor por necesidad, le parece bueno? ¿Lo saborea con gusto?

—¡Ay! sí, monseñor (respondió el desventurado ruborizándose). Desde hace dos noches que la encontré *un bouquet* (1), un aroma! Seguramente ha sido el demonio el que me ha jugado esa mala pasada.... Estoy, por lo

(1) La voz francesa *bouquet* en la acepción aquí empleada, se ha generalizado de tal modo entre los inteligentes en materia de vinos, que no hemos vacilado en conservarla. (N. del T.)

tanto, decidido á no utilizar en adelante más que el areómetro. Tanto peor si el líquido no resulta bastante suave, si no tiene las condiciones....

—Líbrese muy bien de hacer eso (interrumpió el Abad con viveza). No conviene exponerse á disgustar á nuestra clientela.... Lo que debe hacer ahora, Padre, ya que está apercibido, se reduce á tomar precauciones. Vamos á ver. ¿Qué es lo que necesita para una cata completa? Quince ó veinte gotas, ¿no es esto? Pongamos veinte gotas. Muy diestro ha de ser el demonio, Padre, si por veinte gotas logra atraparle. Además, para prevenir todo accidente, yo le dispense para en adelante de asistir á la iglesia. Diga el oficio de la tarde en el destilatorio. Ahora, vaya en paz, reverendo Padre; vaya en paz, y, sobre todo, cuente bien sus gotas.

¡Ay! En vano fué que el desdichado Padre contase las gotas.... El demonio se había apoderado de él, y no le soltó.

¡La destiladora, eso es otra cosa, oyó desde entonces rezos muy peregrinos!

Durante el día, vaya, todo iba perfectamente. El Padre estaba muy tranquilo; preparaba sus hornillos, sus alambiques, exprimía cuidadosamente sus hierbas, todas hierbas de Provenza, delicadas, grises, lanceoladas.... abrasadas de sol y de aromas. Pero por la tarde, cuando los componentes estaban en infusión y el elíxir se templaba en cacerola inmensa de cobre rojizo, comenzaba el martirio del pobre hombre.

—¡Diez y siete.... diez y ocho.... diez y nueve.... veinte!

Las gotas caían desde el pesalicores al cubilete de plata sobredorada. Estas veinte eran tragadas por el Padre de una vez, sin que el catador experimentase placer alguno. Solamente la que hacía veintiuna le inspiraba deseo.... ¡Oh! ¡esta vigésimaprimer gota!

Entonces, para librarse de la tentación, iba el pobre al extremo del laboratorio, poníase de rodillas, y se abismaba en sus padre nuestros. Pero del licor tibio todavía elevábase un humillo saturado de perfumes, que venía á rodearlo, y á pesar suyo le arrastraba otra vez hacia los receptáculos del líquido.... El licor tenía ya su hermoso matíz verde dorado.... Inclinado hacia él, dilatadas sus narices, el padre le movía suavemente con el mango del aparatillo, y en la burbujita brillante que arrastraba la ola de esmeralda, parecíale ver los ojos de la tía Begon que se reían y brillaban y le miraban.

—¡Vamos! ¡Una gotita más!

Y gota á gota, el infeliz acababa por tener lleno su cubilete hasta los bordes. Entonces, agotadas sus fuerzas, dejábase caer el Padre en un gran sillón, y allí, abandonado el cuerpo, medio cerrados los ojos, saboreaba á sorbos su pecado, diciendo en voz muy baja con un remordimiento delicioso:

—¡Ah! ¡me condeno!.... ¡me condeno!

Lo peor del caso es que en el fondo de este elíxir diabólico encontraba el Padre, en virtud de no se qué sortilegio, las pecaminosas canciones de la tía Begon: «*Estas eran tres comadres que hablan de dar un banquete....*» ó *La pastorcita del maestro Andrés, se va solita al bosque de....* y siempre la famosa de los Padres blancos: *Patatín, patatán.*

Calcúlese cuál sería su confusión al día siguiente, cuando los frailes de la celda próxima á la suya le decían con cierto aire malicioso:

—¡Bah! ¡bah! ¡Padre Gaucher! Ayer, cuando se acostaba, tenía la cabeza á pájaros.

Entonces era el llorar y el desesperarse, entonces el apelar al ayuno, al cilicio y á los disciplinazos. Pero nada

podía contra el demonio del elíxir, y todas las noches, á la misma hora, la posesión tornaba á empezar.

Durante este tiempo llovían encargos sobre el convento que era una bendición. Venían de Nimes, de Alix, de Avignon, de Marsella.... El convento iba tomando, de un día para otro, el aspecto de establecimiento manufacturero. Había hermanos embaladores; otros para poner las contraseñas, otros para llevar la correspondencia, otros para cuidar del arrastre; con unas y con otras el servicio de Dios, perdía siempre algún repique de campanas; pero las gentes necesitadas del país no perdían nada; yo lo aseguro.

Pues bien: cierto domingo por la mañana, mientras el tesorero leía ante el capítulo en pleno su inventario de fin de año y los canónigos le escuchaban, brillándoles los ojos y con la sonrisa en los labios, he aquí al P. Gaucher que se presenta en el salón, gritando:

—Se acabó.... Ya no hago más.... Vuélvame mis vacas.

—¿Qué ocurre, P. Gaucher?—preguntó el Prior, que algo sospechaba sobre lo que ocurría.

—¿Qué ocurre, monseñor?.... Pues ocurre que estoy en camino de prepararme una hermosa eternidad de llamas y de tizonazos. Ocurre que bebo, y bebo, y bebo como un miserable.

—Pero ya le dije que contara las gotas.

—¡Ah, sí, corriente, sí! ¡contar las gotas! Ahora sería preciso que contase por vasos. Sí, sí, reverendos; he llegado ahí. Tres frascos por noche. Comprendan que esto no puede durar. Así, dispongan que siga haciendo el elíxir quien quiera. ¡Que me parta un rayo si vuelvo á esa tarea!

Los del cabildo no se rieron entonces.

—¡Pero, desgraciado, nos arruina!—gritó el tesorero, agitando su libro mayor.

—¿Prefieres que yo me condene?

Entonces el Prior se levantó.

—Mis reverendos (dijo, extendiendo su hermosa mano blanquísima en que brillaba el anillo pastoral): hay una manera de arreglarlo todo.... Por la noche es, ¿no es verdad, querido hijo mío, cuando el diablo le tienta?

—Sí, señor Abad, regularmente todas las noches; por eso ahora, cuando veo que la noche llega, tengo, con perdón sea dicho, unos sudores que se apoderan de mí, como el pollino de Capitou cuando veía llegar el aparejo.

—Pues bien; tranquilícese. De hoy en adelante, todas las noches, en los oficios, recitaremos todos por su intención la plegaria de San Agustín, á la cual va unida indulgencia plenaria. Con esto, ocurra lo que ocurra, padre, está á cubierto. Esto es la absolución durante el pecado.

—¡Oh, bien! entonces muchas gracias, señor Prior.

Y sin solicitar otra cosa, el P. Gaucher volvió á sus alambiques rápido como una cogujada.

En efecto: desde aquel día, todas las noches, al terminarse las completas, el oficiante tenía buen cuidado de decir:

—Oremos por nuestro pobre P. Gaucher, que sacrifica su alma á los intereses de la comunidad. *Oremus, Domine....*

Y en tanto que sobre todas estas capuchas blancas, prosternadas en la sombra de las naves, la oración corría murmurando como un vientecillo sobre la nieve, allí, en lo último del convento, detrás de la vidriera iluminada del destilatorio, oíase al P. Gaucher, que cantaba á voz en grito:



---

«Hay en París un blanco papá,  
Patatín, patatán; tarabú, tarabá.  
Hay en París un blanco papá,  
Que á los frailecitos hace bailar.  
Trin tran, trin tran,  
En los jardines....»

Al llegar aquí, el pobre cura se detuvo espantado.  
—¡Misericordia! (dijo); ¡si me oyeran mis feligreses!

ALFONSO DAUDET.



## UN CORAZÓN SENCILLO

( CUENTO ).

I.

**L**os vecinos bien acomodados de Pont-l'Evêque envidiaron durante medio siglo á la señora Aubain, su criada Felicidad.

Por cien pesetas anuales, guisaba, arreglaba la casa, lavaba y repasaba la ropa; sabía también ensillar un caballo, cebar aves, y fué siempre adicta y fiel á su ama, que, por cierto, era persona poco agradable.

Esta señora había contraído matrimonio con un buen mozo, pobre, el cual murió en los albores del año de 1805, dejando á su viuda dos hijos muy pequeños y varias deudas muy grandes. Mad. Aubain vendió entonces sus fincas, exceptuando las granjas de Toucques y de Geffosses, cuyas rentas ascendían, cuando más, á unas 5,000 pesetas, y abandonó su domicilio, de Saint-Melaine para habitar otro más barato, que había pertenecido á sus abuelos y que estaba detrás de los mercados.

Esta habitación, cubierta de pizarra, se hallaba entre un pasaje y una callejuela que terminaba en el río. En

su interior había desniveles que ocasionaban tropiezos y aun caídas. Un recibimiento muy reducido separaba de la cocina la *sala*, donde la señora Aubain estaba todo el santo día cerca del balcón y sentada en un sillón de paja. Próximas á las paredes pintadas de blanco había alineadas ocho sillas de anacardo. Encima de un piano, de vejez respetable, había un barómetro y un hacinamiento de cartones y cajas. Dos mecedoras de tapicería flanqueaban la chimenea de mármol amarillo y de estilo Luis XV. El reloj colocado en el medio representaba un templo de Vesta; y toda aquella morada olía á humedad, porque el pavimento estaba más bajo que el jardín.

En el primer piso veíase, al entrar, el cuarto de la *señora*, espacioso, adornado de papel de flores pálidas, y en el que se hallaba el retrato del *señor*, vestido de *lechuguino*. Ese cuarto se comunicaba con otro más reducido, en el que se veían dos camitas, sin colchones. Estaba después el salón, cerrado siempre y lleno de muebles, cubiertos con sendas fundas de lienzo. Inmediato á éste se hallaba un pasillo que conducía al despacho; varios libros y muchos papelotes ocupaban los entrepaños de un armario grande, cuyo tres cuerpos rodeaban una mesa espaciosa de madera negra. Los otros dos testeros del cuarto desaparecían bajo algún dibujo á la pluma, varias acuarelas que representaban paisajes y grabados de Andran, recuerdos de tiempos mejores ya idos y de lujos pasados. Un tragaluz del segundo piso alumbraba la buhardilla de Felicidad, especie de desván con vistas á las praderas.

La criada solía levantarse con el alba, para no faltar á la misa; después trabajaba sin interrupción hasta la noche; luego, una vez terminada la comida, la vajilla en orden y bien cerrada la puerta, cubría la lumbre con

las cenizas y se dormía delante de la chimenea sin soltar de la mano el rosario. Nadie se mostraba más obstinada en los regateos con las vendedoras. La limpieza, el brillo de la batería de cocina era la desesperación de las otras criadas. Económica hasta la exageración, la criada modelo comía con lentitud, y con sus dedos recogía de la mesa las migajas de su pan,—un pan de doce libras, cocido expresamente para ella, y que le duraba veinte días.

Llevaba en todo tiempo un pañuelo de indiana, sujeto con un alfiler á la espalda, un gorro que le cubría el cabello, medias oscuras, guardapiés encarnado, y encima de la chambra el peto de su delantal, como el de las enfermeras de los hospitales.

Su rostro era flaco, su voz chillona. Á la edad de veinticinco años representaba cuarenta. Desde que pasó de los cincuenta ya no representaba edad ninguna. Silenciosa siempre, con el talle erguido y los movimientos medidos parecía una mujer de palo que funcionaba automáticamente.

## II.

Felicidad había tenido, como otra cualquiera, su novela amorosa.

Su padre, albañil, había muerto cayéndose de un andamio. Poco después murió su madre, las hermanas se dispersaron, un granjero recogió á la huérfana, aún muy pequeña, y la empleó en guardar vacas por el campo. La pobre tiritaba cubierta apenas con sus andrajos, bebía tendida en el suelo el agua de las charcas, por lo más insignificante recibía golpes, y, por último, fué des-

pedida á consecuencia de un robo de algunos céntimos, robo que la pobre muchacha no había cometido.

Entró Felicidad después en otra granja, donde fué encargada del corral, y como fuese bien quista de los amos, sus compañeros tenían celos de ella.

Una noche del mes de Agosto (Felicidad tenía á la sazón diez y ocho años), los demás criados la hicieron ir á la reunión de Colleville. En el primer pronto paró la doncella estupefacta, aturdida por el ruido de los gaiteros, la iluminación de los árboles, la variedad de trajes, los bordados, las cruces de oro y aquella masa de gentes que saltaban á un mismo tiempo. Permanecía modestamente separada de aquel rebullicio, cuando un joven de no malas trazas, que fumaba tranquilamente su pipa, se llegó á ella para sacarla á bailar. La convidó después á sidra, á café, á rosquillas, hízole otros varios obsequios, y figurándose que la muchacha comprendía perfectamente sus intenciones, se brindó á acompañarla. Cuando estuvieron próximos á un campo de avena, su acompañante la derribó brutalmente en tierra. Felicidad tuvo miedo, y dió voces. El hombre se alejó.

Otra noche, por el camino de Beaumont, quiso la chica adelantarse á un carro cargado de heno que andaba con excesiva lentitud, y cuando rozaba ya con las ruedas, reconoció á Teodoro.

Éste le dirigió la palabra muy tranquilo, diciéndole que era necesario que le perdonase aquella brusca acometida, de la cual había tenido la culpa el vino.

Felicidad no acertó á contestarle; pero tenía vivos deseos de escapar.

En seguida habló el joven de la recolección y de las personas más principales del municipio; dijo que su padre había abandonado á Colleville para establecerse en la

granja de los *Ecots*, de manera que ahora estaban muy próximos. — ¡Ah! — exclamó la muchacha. El joven continuó diciendo que se trataba de casarlo. Él, por supuesto, no tenía prisa alguna, y esperaba á encontrar una esposa á su gusto. La criada bajó la cabeza. Entonces el muchacho le preguntó si no pensaba en el matrimonio. Ella dijo, sonriendo, que no hacía bien en burlarse de ella. — «No es burla; lo juro»: y al decir esto, el joven ceñía con su brazo izquierdo el talle de la muchacha; así caminaba ella sostenida por el brazo de su acompañante. El viento soplaba suavemente, brillaban las estrellas, la enorme carreta de heno oscilaba delante de ellos, y los cuatro caballos, al arrastrar sus cascos, levantaban nubes de polvo. Después, sin ser mandados por el carretero, torcieron á la derecha. El joven besó otra vez á Felicidad. Ésta desapareció en la sombra.

En la semana siguiente obtuvo Teodoro que se le concediesen algunas citas.

Reuníanse allá, en el último de los corrales, detrás de una tapia y á la sombra de un árbol aislado. Felicidad no era inocente como lo son las señoritas; los animales la habían instruido; pero la razón y el instinto de la honra impidieron su caída. Esta resistencia exasperó el amor de Teodoro, hasta tal punto, que para satisfacer su deseo (ó acaso sinceramente), propuso á Felicidad el casamiento. La muchacha tardó mucho en creerle. El joven hizo juramentos solemnísimos.

No tardó mucho el joven en confesar una cosa muy desagradable: sus padres le habían comprado un sustituto en el año anterior; pero de un día á otro podían volver á llamarlo; la idea de servir en el ejército le espantaba. Esta cobardía fué á los ojos de Felicidad una muestra de ternura; la suya se aumentó con ésto. Todas las no-

ches hacía la muchacha sus escapatorias para hablar á Teodoro, y cuando llegaba á la cita, torturábala éste con sus inquietudes y sus anhelos.

Por último, le dijo que pensaba ir en persona á buscar informes al gobierno civil de la provincia, y que el domingo próximo venidero se los traería entre once y doce de la noche.

Llegada la hora, acudió Felicidad á su cita. No halló á Teodoro; pero sí encontró á uno de los amigos de éste.

La enteró el amigo de que no volvería á ver á Teodoro. Para librarse del servicio militar, el joven se había casado con una vieja muy rica, la señora Lehousais, de Toucques.

Aquél fué un disgusto terrible. Felicidad se arrastró por el suelo, lanzó gritos, invocó á Dios y á todos los Santos, y permaneció sola y llorando en medio del campo hasta el amanecer. Después regresó á la granja, y declaró á sus amos que estaba resuelta á partir; al cabo de un mes y una vez que le hubieron ajustado su cuenta, envolvió la joven todo su equipaje en un pañuelo, y se trasladó á Pont-l'Évêque.

Delante de la posada se dirigió á una señora, que llevaba las tocas de viudez, y que precisamente buscaba una cocinera. La muchacha no sabía mucho; pero mostraba tan buen deseo y eran tan moderadas sus exigencias, que la señora Aubain terminó diciéndola:—«Corriente; queda V. recibida».

Un cuarto de hora después Felicidad estaba instalada en casa de su ama.

Por de pronto, vivió allí en una continua alarma producida en su ánimo por la categoría de la casa y el recuerdo del *señor* que lo llenaba todo. Pablo y Virginia, de siete años aquel, ésta de cuatro no cumplidos, le pare-



cían formados de una materia preciosa; llevábalos sobre sus hombros como á caballo, y la señora Aubain le prohibió que los besara constantemente; cosa que mortificaba mucho á la joven. Esto no obstante, Felicidad se consideraba dichosa. Las dulzuras del medio ambiente habían fundido su tristeza. Todos los jueves reuníanse varios amigos, los mismos siempre, á jugar un rato. Felicidad preparaba con tiempo las cartas y los braserillos. Los tertulianos llegaban después de las ocho y se retiraban antes de que dieran las once.

Los lunes, desde por la mañana, el cambalachero que ocupaba el corredor colocaba en el suelo sus ferreterías. En seguida comenzaba á llenar el pueblo inmenso rumor de voces, en que se confundían y mezclaban relinchos de caballo, balidos de corderos, gruñidos de cerdos con el desapacible y áspero ruido de ruedas en la calle. Á cosa de las doce, en lo más animado de aquella feria, aparecían en el umbral un aldeano viejo, de elevada estatura, de nariz encorvada; era Robelin, el arrendador de Gef-fosses. Poco después llegaba Liebard, el granjero de Toucques, bajito, encarnado, obeso, que llevaba siempre chupa gris y botas para aguas provistas de espuelas. Ambos ofrecían á la propietaria, ya pollos, ya quesos. Felicidad contrariaba invariablemente las marrullerías de los colonos, y éstos se retiraban siempre llenos de consideración hacia ella.

En épocas indeterminadas, la señora Aubain recibía la visita del marqués de Gremenville, uno de sus tíos, arruinado por la crápula, y que vivía en Falaise, en el último pedazo de sus tierras. Presentábase éste constantemente á la hora de almorzar, acompañado de un perrillo horroroso, cuyas patas ensuciaban todos los muebles. Á pesar de los esfuerzos que el marqués de Gremenville

hacía para darse aires aristocráticos, hasta el punto de quitarse el sombrero cada vez que decía: «Mi difunto padre»; como sus costumbres le arrastraban, no sabía contenerse en el beber, y solía decir chistes demasiado libres. Felicidad le despedía muy cortésmente, diciéndole: «¡Ya tiene V. bastante, señor de Gremenville! ¡Hasta otra!», y cerraba la puerta.

La criada solía abrirla, y con mucho gusto suyo, para el señor Bourais, abogado antiguo. Su corbata blanca, su calva, el brillo de su camisa, su magnífico abrigo oscuro, su modo de tomar dando vuelta al brazo, todo su individuo producía en la criada la turbación que causa en todos el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como este abogado administraba las propiedades de la señora, se encerraba con ella durante largas horas en el despacho del *señor*, siempre tenía miedo de comprometerse, respetaba de un modo extraordinario á la magistratura y tenía sus ínfulas de latinista.

Para instruir á los niños de una manera agradable, les regaló una geografía con varias estampas. Representaban esas estampas escenas varias del mundo, antropófagos con sus tocados de plumas, un mono robando á una señorita, beduinos en el desierto, una ballena á la que se lanzaban arpones, etc.

Pablo explicaba á Felicidad estos dibujos. Á eso se redujo toda la educación literaria de la joven.

La de los niños corría á cargo de Guyot, un pobre diablo empleado en la alcaldía, famoso por sus manos pulidas y que afilaba el corta-plumas en su bota.

Cuando hacía buen tiempo, salían todos muy temprano para la quinta de Geffosses.

El patio forma plano inclinado, la casa está en el centro; y el mar, en lontananza, aparece como una línea oscura.

Felicidad sacaba de su cestillo lonjas de carne fiambre, y se desayunaban los expedicionarios de la habitación contigua á la lechería. Era el único resto de una habitación de recreo, que había desaparecido ya. El papel de las paredes pendía en trozos casi desprendidos que se agitaban al más ligero soplo del aire. La señora Aubain, inclinaba su frente, agobiada por los recuerdos; los niños no se atrevían á despegar los labios. «Jugad un poco», les decía ella, y entonces salían de aquella estancia.

Pablo subía á la granja, cogía pájaros, tiraba piedrecillas en los charcos ó golpeaba con su bastoncillo los corpulentos toneles, que sonaban como tambores.

Virginia daba de comer á los conejos, correteaba para coger florecillas, y en la rapidez de su carrera descubría sus pantaloncillos bordados. Una noche regresaban á casa por en medio de los prados ricos en pastos.

La luna nueva iluminaba una parte del cielo, y la neblina flotaba como si fuera una banda sobre las sinuosidades de la posesión de Toucques. Los bueyes, tumbados sobre césped, miraban tranquilamente cómo pasaban aquellas cuatro personas; cuando atravesaban el tercer prado, algunos bueyes se levantaron y después formaron círculo delante de ellos.—«No hay miedo», dijo Felicidad, y murmurando una especie de lamentación, acarició el espinazo del que estaba más próximo á ella; el buey entonces dió la vuelta y todos los demás hicieron lo mismo. Pero cuando cruzaban el prado contiguo se elevó de repente un mugido espantoso. Era un toro, al que la niebla tenía oculto. La fiera se adelantó hacia las dos mujeres. La señora Aubain se dió á correr.—«No, no, más despacio». Todos se apresuraban, no obstante, y oían detrás de ellos un resoplido sonoro que se aproximaba cada vez más. Las pezuñas del toro tundían, como si

:

fuesen martillos, la hierba de la pradera; ¡he aquí que el toro comienza á galopar! Felicidad se volvió, y arrancando con ambas manos puñados de tierra, los arrojó á los ojos del animal. Éste bajaba el hocico, sacudía los cuernos, temblaba de furor y mugía horriblemente. La señora Aubain, ya en el extremo del prado con sus dos niños, buscaba despavorida cómo saltar la valla demasiado alta. Felicidad retrocedía siempre delante del toro, lanzándole continuamente puñados de césped que le cegaban, y en tanto no cesaba de gritar:

—¡Apresuraos! ¡apresuraos!

La señora Aubain bajó al foso, atrajo primeramente á Virginia, después á Pablo, resbaló y cayó muchas veces al tratar de subir al repecho, y á fuerza de ánimo lo consiguió.

El toro había acorralado á Felicidad contra una cancela; la baba del bruto humedecía ya el rostro de la criada; un segundo más, y la destrozaba. Felicidad tuvo tiempo para introducirse entre dos tablones, y el animal, sorprendido, se detuvo.

Este acontecimiento fué, durante muchos años, materia de conversaciones en Pont-l'Evêque. Felicidad no se enorgulleció en manera alguna por lo hecho, ni sospechó siquiera que hubiese obrado heroicamente.

La aldeana sólo pensaba en Virginia; porque padecía, á consecuencia del susto, una enfermedad nerviosa, y el médico M. Poupart recetó baños de mar en Trouville.

En aquella época, esos baños estaban muy poco concurridos. La señora Aubain tomó informes, consultó á Bouvais é hizo preparativos como para emprender un viaje muy largo.

Los equipajes salieron un día antes en la carreta de Liebard. Al otro día llevó dos caballos, de los cuales

tenía el uno jamugas con respaldo de terciopelo ; sobre la grupa del segundo una capa arrollada, formaba una especie de silla. En ésta montó la señora Aubain ; Felicidad se encargó de Virginia ; Pablo cabalgó sobre el pollino del Sr. Lechaptois, prestado á condición de que habrían de tenerse con él grandes cuidados.

El camino estaba intransitable, de suerte que sus ocho kilómetros exigieron dos horas. Los caballos se hundían en el barro hasta los corvejones, y para salir de él movían bruscamente las ancas, ó tropezaban contra los guardacantones ; á veces necesitaban saltar. La borrica de Liebard, enciertos sitios se detenía de pronto. El jinete esperaba con paciencia á que la pollina quisiese volver á ponerse en marcha, y entretanto hablaba de las personas cuyas propiedades flanqueaban el camino, agregando á sus respectivas historias algunas reflexiones morales. También, en medio de Toucques, cuando pasaban bajo las ventanas festoneadas de capuchinas, dijo Liebard encogiéndose de hombros : « He ahí una señora Lehaussais, que en lugar de escoger un joven.... » Felicidad no pudo oír el resto ; los caballos trotaban, galopaba el asno ; enfilaron todos un sendero, giró una puerta, aparecieron dos mozos, y todos se apearon en el umbral mismo de la puerta.

La señora Liebard, cuando vió á su ama, prodigó sus manifestaciones de regocijo. Sirvióle un almuerzo en el cual hubo solomillo, callos, morcilla, un fricasé de pollo, sidra espumosa, compota, ciruelas en aguardiente ; todo ello acompañado con mil cumplimientos á la señora, que demostraba gozar de excelente salud ; á la señorita, que se había convertido en un prodigio ; al señor Pablo, sobre todo, tan *rebusto* ; sin poner en olvido á los abuelos ya difuntos, á quienes los Liebards habían conocido por

haber estado al servicio de la familia á través de varias generaciones. La granja tenía, como ellos, cierto carácter de antigüedad. Las vigas de los techos se hallaban carcomidas, las paredes negras de humo, los cuadros cubiertos de polvo. Sobre un aparador de encina veíanse utensilios de todas clases: cántaros, platos, escudillas de estaño, lazos para lobos, tijeras para esquilar carneros; una lavativa monstruosa hizo reír mucho á los niños. Ni un sólo árbol de los tres patios había que no tuviese setas en su base ó abundancia de muérdago en sus ramas. Todos habían retoñado por la mitad, y se doblaban bajo el peso de sus frutos. Los techos de paja, semejantes á terciopelo oscuro y de distinto espesor, resistían las más fuertes tormentas. La carretería, sin embargo, estaba del todo arruinada. La señora Aubain dijo que ella misma avisaría para arreglarla, y mandó que se hiciesen nuevas guarniciones al ganado.

Todavía se tardó media hora en llegar á Trouville. La reducida caravana echó pie á tierra para atravesar los *Écores*; era una montaña desnivelada de embarcaciones; tres minutos después, en el extremo del muelle, entraban en el patio de *El Cordero de Oro*, en casa de la señora David.

Desde los primeros días Virginia se encontró más fuerte; resultado del cambio de aires y de la acción de los baños. Como carecía de traje adecuado, la niña se bañaba en camisa, y su doncella la vestía de nuevo en la choza de unos aduaneros que utilizaban los bañistas.

Por la tarde iban en el pollino más allá de las Rocas Negras, por el lado de Hennequeville. La senda subía desde el principio entre cuadros de flores como los paseos de un jardín; llegaba después á una planicie en que

alternaban praderas y tierras de labor. Al borde del camino, en los huecos de los zarzales, erguíanse acebos corpulentos, acá y acullá un árbol enorme, ya sin vida, proyectaba en el horizonte azulado, caprichosos zigzags con sus ramas desnudas.

Descansaban casi siempre en un prado en que tenían: Decainville á la izquierda; á la derecha el Havre, y el Océano en frente. La llanura inmensa estaba resplandeciente de sol, llana como un espejo, y tranquila hasta el extremo de oírse apenas su murmullo; en rededor piaban los gorriones ocultos, y la bóveda infinita del cielo lo cubría todo. La señora Aubain, sentada, trabajaba en su costura; Virginia, muy cerca de ella, se entretenía en trenzar juncos; Felicidad escardaba flores de espliego; Pablo, que se aburría, deseaba marcharse.

Otras veces, cruzaban el Toucques en un barquito y buscaban conchas. La marea baja dejaba al descubierto erizos de mar, equinos, medusas; y los niños corrían para coger copos de espuma que deshacía el viento. Las olas dormidas al caer sobre la arena se desenvolvían en la playa; extendíase hasta más allá de lo que la vista alcanzaba, pero tierra adentro tenía por límites las dunas que la separaban del *Marais*, anchurosa pradera en forma de hipódromo. Cuando los expedicionarios regresaban por este sitio, Trouville, en el fondo sobre la falda de la colina, crecía gradualmente y con todas sus casas desiguales parecía abrirse en alegre desorden.

En los días de calor excesivo no salían los viajeros de su habitación. La claridad deslumbradora del exterior pegaba cintas de luz entre las planchas de las celosías. Ni el más leve ruido en la población. Nadie en la calle. Este silencio de todo, aumentaba la serenidad de los objetos. Á lo lejos, los martillazos de los calafates que ca-

renaban las embarcaciones; una brisa pesada llevaba hasta ellos el olor de la brea.

La distracción principal era el regreso de las barcas. No bien habían rebasado las boyas, comenzaban á bordear. Sus velas bajaban como á dos tercios de los mástiles, y con la mesana inflada lo mismo que un globo, adelantaban los barcos, deslizábanse entre el bullir de las olas, hasta colocarse en medio del puerto, donde el ancla caía de pronto. En seguida la barca se colocaba cerca del muelle. Los marineros arrojaban por encima de las bordas pescados palpitantes; una fila de carrillos les esperaba, y mujeres con gorros de algodón lanzábanse á coger las cestas y á besar á sus hombres.

Una de ellas se acercó cierto día á Felicidad, la que al poco tiempo entró llena de regocijo en la casa. La excelente mujer había encontrado á una de sus hermanas; Nastasia Barette, mujer de Leroux, se presentó llevando al pecho un mamoncillo, y de la mano derecha otro muchacho, y á su izquierda un grumetillo muy puesto en jarras y con el gorro sobre la oreja.

Pasado un cuarto de hora, la señora Aubain la despidió.

Después, siempre se los hallaba en los alrededores de la cocina ó en los paseos que ellos daban. El marido no se dejaba ver.

Felicidad se encariñó con ellos. Compró para regalárselos una manta, camisas y un hornillo; era evidente que aquella familia la explotaba. Esa debilidad de su criada no era del agrado de la señora Aubain, la cual, á más de esto, veía de mal talante las familiaridades del sobrino (porque éste tuteaba á su hijo); y como Virginia comenzó á toser un poco y la estación ya no era buena, determinaron regresar á Pont-l'Évêque.



El señor Bourais la aconsejó sobre elección de colegio. El de Caen estaba considerado como el mejor. Allí fué enviado Pablo, el cual se despidió con muchos ánimos, satisfecho porque iba á vivir en una casa donde tendría compañeros.

La señora Aubain se resignaba á esta separación de su hijo, porque la juzgaba indispensable. Virginia fué pensando en él cada día menos. Felicidad notaba la falta del ruido que el muchacho producía. Pero sobrevino una distracción que logró distraerla; desde Navidad comenzó á llevar diariamente á Virginia á las conferencias de doctrina cristiana y catecismo.

### III.

Felicidad, luego que en la puerta misma del templo hacía su genuflexión, adelantábase bajo la alta nave entre las dos filas de sillas, abría el asiento de la señora Aubain, ocupábalo, y comenzaba á pasear las miradas en rededor suyo.

Los muchachos á la derecha, á la izquierda las niñas, ocupaban todos los sillones del coro; el cura permanecía de pie próximo al facistol; sobre uno de los vidrios del ábside veíase al Espíritu Santo dominando á la Virgen; en otros aparecía la misma de rodillas ante el Niño Jesús, y detrás del tabernáculo una escultura en madera representaba á San Miguel aplastando al dragón.

El sacerdote comenzó por explicar un compendio de la historia sagrada. Felicidad se figuraba ver el Paraíso, el diluvio, la torre de Babel, las ciudades incendiadas, los pueblos moribundos, los derribados ídolos, y conser-

vó, en medio de aquel deslumbramiento, el respeto al Supremo Ser y el temor á su enojo. Después lloró escuchando la historia de la Pasión y muerte.

¿Por qué le habían crucificado? ¡Á un ser que amaba á los niños, alimentaba á las muchedumbres, daba vista á los ciegos y había querido, por bondad, nacer en medio de los pobres sobre la paja de un establo! Las sementeras, las recolecciones, las prensas de los lagares, todas esas cosas ordinarias de que habla el Evangelio, hallábanse en su vida; el paso de Dios habíalas santificado; desde entonces Felicidad quiso más á los corderos por amor al *Cordero de Dios*, y se aficionó más á las palomas en honra del Espíritu Santo.

Costábale gran trabajo personificarle; porque el Espíritu Santo no era solamente un ave, sino una llama en ocasiones y á las veces un soplo. Acaso es su llama esa que de noche revolotea á las orillas del pantano; su hábito lo que impele á las nubes, su voz la que presta á las campanas sonidos armoniosos, y la fiel criada permanecía en adoración gozando de la frescura de aquellas paredes y con la tranquilidad de la iglesia.

De los dogmas no comprendía una palabra; ni procuraba entenderla. Hablaba el sacerdote, recitaban los niños, y Felicidad acababa por dormirse: despertábase de repente cuando los muchachos, al marcharse, hacían resonar sus zapatos sobre el pavimento.

Así fué como Felicidad, á fuerza de oirlo, aprendió el catecismo; pues en su juventud, la educación religiosa de la huérfana había estado bastante descuidada; desde entonces imitó todas las prácticas de Virginia: ayunaba como ésta y con ésta confesaba. En el día del *Corpus Christi*, hicieron juntas un altar.

Desde mucho tiempo antes atormentábala el pensa-

miento de la primera comunión de la niña. Poníase en movimiento por el calzado, por el rosario, por el libro, por los guantes. ¡Con qué emoción, con qué estremecimiento ayudó á la señora Aubain á vestirla!

Mientras duró la Misa, estuvo en extremo disgustada; M. Bourais le ocultaba una parte del coro; pero justamente en frente, aquel rebaño de vírgenes coronadas de blanco, sobre sus largos velos echados, formaba como un campo de nieve; Felicidad reconocía desde lejos á su idolatrada niña, por su cuello más pequeñito y en su actitud de recogimiento. Sonó la campana. Las cabezas se inclinaron, y reinó profundo silencio. Á los acordes del órgano entonaron los cantantes y la multitud juntamente el *Agnus Dei*; después comenzó el desfile de los muchachos; en pos de ellos se levantaron las niñas. Paso á paso, con las manos cruzadas, acercábanse todas al altar profusamente iluminado, arrodillábanse en el primer peldaño de las gradas, recibían la Hostia, y en el mismo orden tornaban á sus reclinatorios. Cuando llegó su vez á Virginia, Felicidad se inclinó para verla; y con esa imaginación que dan las verdaderas ternuras, creyó que ella misma era aquella niña; el rostro de la niña, era el suyo propio; su traje el que á ella misma le cubría; el corazón de la muchacha, el que dentro del pecho de Felicidad palpitaba; cuando Virginia abrió sus labios y cerró los ojos, faltó muy poco para que Felicidad se desmayase.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la sacristía á rogar al señor cura que le diese la comunión. Felicidad la recibió muy devotamente; pero no experimentó al hacerlo las mismas delicias.

La señora Aubain quería que su hija fuese una persona de completa educación; y como Guyot no podía enseñarla

ni inglés, ni música, resolvió ponerla de interna en el colegio de las Ursulinas de Honfleur.

La niña no se opuso. Felicidad suspiraba, pensando de su señora que era insensible. Después calculó que tal vez tenía razón su ama. Todas esas cosas estaban muy por encima de su competencia.

Por fin, cierto día un carruaje bastante deteriorado se detuvo delante de la puerta; apeóse del mismo una religiosa que venía á buscar á la señorita. Felicidad subió, por sí misma, el equipaje á la imperial, dió al cochero numerosos encargos, y colocó en el baúl de Virginia seis botes de almíbar, doce peras y un ramo de violetas.

Virginia, en el momento último, fué acometida de un gran llanto; abrazaba á su madre, que, besándola en la frente, le decía: «¡Vamos; ánimo, ánimo!»—El estribo se levantó; partió el carruaje.

Entonces la señora Aubain tuvo un instante de desfallecimiento; y por la noche todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora Lachaptoir, esas señoritas Rochefeuille, M. de Huppeville y Bourais se presentaron para consolarla.

La privación de su hija fué para la señora Aubain muy dolorosa desde el principio; pero tres veces á la semana recibía carta suya; los otros días escribía ella; paseaba por el jardín, leía un poco, y de ese modo procuraba llenar el vacío de aquellas largas horas.

Felicidad, siguiendo su costumbre, entraba todas las mañanas en la alcoba de Virginia y contemplaba las paredes. Aburríase de no peinar ya la cabellera de su señorita, de no atar los cordones de sus botinas y de no ver constantemente su gentil figura y de no llevarla de la mano como cuando ambas salían juntas. Para ocupar sus ocios, Felicidad intentó hacer encaje. Sus dedos, demasiado tor-

pes y pesados, rompían los hilos ; en nada se interesaba, había perdido el sueño, hallábase, según decía ella misma, *consumida*,

Para *diversificarse* pidió á la señora licencia para recibir á Víctor, su sobrino.

El sobrinillo llegaba todos los domingos después de Misa, y llegaba con las mejillas encendidas, el pecho desnudo y oliendo al campo que acababa de atravesar. En seguida Felicidad le ponía un cubierto. Ambos almorzaban en amor y compañía; Felicidad comiendo lo menos posible para ahorrar en el gasto, atiborraba á su sobrino en tales términos, que éste acababa por dormirse. Al primer toque de vísperas despertábale, cepillaba sus pantalones, le hacía el lazo de la corbata y se dirigía á la iglesia apoyada en el brazo de su sobrino con orgullo casi maternal.

Los padres de Víctor encargábanle siempre que sacase de su tía algún regalillo: ya un paquete de azúcar morena, ya jabón; unas veces aguardiente, otras dinero. Muy á menudo llevaba Víctor sus ropas á la tía para que ella las repasase y compusiese; Felicidad aceptaba aquellas tareas con gusto, porque la obligaban á volver en sí misma.

En el mes de Agosto el padre de Víctor comenzó á llevarle consigo á sus expediciones de cabotaje.

Era precisamente la época de las vacaciones. La llegada de las señoritas consoló á la tía de Víctor. Pero Pablo se hacía caprichoso, y Virginia ya no tenía edad de que la tuteasen, lo cual ponía entre Felicidad y ella cierta tirantez, así como una barrera.

Víctor iba sucesivamente á Morlais, á Dunkerque y Brighton; al tornar de cada uno de esos viajes traía á Felicidad un regalillo. La primera vez fué una caja formada de conchas; la segunda una taza para café; la tercera

un gran muñeco de alajú. Víctor iba poniéndose hermoso; su estatura era muy proporcionada, sus ojos rasgados y francos; llevaba ya indicios de bigote y un sombrero de alas algo echado hacia atrás como los pilotos. Felicidad se entretenía mucho oyéndole contar historias en que abundaban los vocablos de la marinería.

Cierto día, el 14 de Julio de 1819 (nunca la pobre Felicidad olvidó aquella fecha), le anunció su sobrino Víctor que se había enganchado para una expedición larga, y que dos días después iría por la noche, en el paquebote de Honfleur, para embarcarse en una goleta que zarparía del Havre muy pronto. Era probable que permaneciese ausente dos años.

La perspectiva de tan prolongada ausencia desconsoló á Felicidad; y para despedirse otra vez de su sobrino, en la tarde del miércoles, después de haber servido la comida á la señora, se calzó sus galochas y se tragó las cuatro leguas que separan á Pont-l'Evêque de Honfleur.

Cuando llegó á Calvario se equivocó, y por tomar á la izquierda tomó hacia la derecha, se perdió en las carreteras y retrocedió; las personas á quienes preguntó la aconsejaron que se apresurase. Felicidad dió completamente vuelta á la bahía, llena á la sazón de embarcaciones; tropezaba á cada paso con las amarras; después, el terreno empezó á descender, se entrecruzaron las luces, y la infeliz se juzgó loca al ver caballos por el aire.

En el extremo del muelle, algunos otros, asustados por las olas, relinchaban. Una grúa que los levantaba los dejaba también en el barco, donde algunos viajeros se empujaban entre barricas de sidra, banastas de quesos, costales de granos; oíase el cacarear de las gallinas y los juramentos del capitán; y un grumete, apoyados los

codos sobre la serviola, permanecía indiferente á todo esto; Felicidad, que aún no lo había reconocido, gritó: «¡Víctor!» Éste levantó la cabeza; Felicidad se lanzó hacia él, pero de repente quitaron la escala.

El paquebote, halado por mujeres que cantaban, salió del puerto. Crujía el maderaje, las olas pesadas azotaban la proa. Habíase vuelto la vela, y no se veía á nadie; sobre la superficie de las aguas plateadas por la luna el barco semejaba una mancha negra, que palidecía continuamente, se desvanecía; desapareció.

Felicidad, al pasar cerca del Calvario, quiso pedir á Dios por la persona que más quería en el mundo, y oró de pie durante bastante tiempo, elevando sus miradas hacia las nubes. Dormía la ciudad; los aduaneros se paseaban, y el agua caía sin cesar un instante por los caños de la exclusiva, produciendo un ruído torrencial. Dieron las dos de la madrugada.

El locutorio no se abriría seguramente antes de amanecer. Una tardanza excesiva disgustaría, de fijo, á la señora, y Felicidad, por consiguiente, á pesar de su deseo de besar á Virginia, regresó á casa. Cuando la viajera entraba en Pont-l'Évêque, empezaban á levantarse las muchachas de la posada.

¡El pobre pilluelo iba á rodar por las olas durante muchos meses! Sus viajes anteriores no la habían asustado. De Inglaterra, de Bretaña, se vuelve; pero América, las colonias, las islas.... todo eso para Felicidad estaba perdido en regiones vagas, inciertas, al otro extremo del mundo.

Desde entonces aquella pobre mujer pensó únicamente en su sobrino. En los días de mucho sol, atormentábale el pensamiento de que padecería sed; cuando había tormenta, temblaba por si le destrozaba un rayo.

Oyendo el viento mugir en la chimenea y arrancar las pizarras, se figuraba á su sobrino combatido por aquella misma tempestad en la punta de un mástil, con todo el cuerpo echado atrás sobre una sábana de espuma, ó bien (recuerdos de la geografía estudiada en estampas) le veía comido por los salvajes, cogido en un bosque por los monos, ó moribundo en una playa desierta. Pero Felicidad nunca hablaba de sus inquietudes.

La señora Aubain tenía otras por su hija. Las hermanas hallaban que era muy cariñosa; pero que estaba delicada. La emoción más ligera exaltaba sus nervios. Fué menester que renunciase al piano.

Su madre exigía del convento una correspondencia regularizada. Una mañana en que no había venido el cartero, la señora Aubain se impacientó, y comenzó á pasear en la sala desde la ventana al sillón. ¡Era en verdad extraordinario! ¡Cuatro días sin noticias!

Para que su ejemplo la consolase, dijo Felicidad :

—Pues yo, señorita, hace ya seis meses que no las tengo.

—¿De quién?

La criada respondió con mucha dulzura :

—Pues.... ¡pues de mi sobrino!

—¡Ah! ¡de tu sobrino!—Y encogiéndose de hombros, la señora Aubain tornó á sus paseos, como si quisiese decirle: «¡No me acordaba de él!» ó bien: «Eso no me da cuidado alguno.... ¡un grumete, un pobretón! ¡valiente cosa! Mientras que mi hija.... ¡Calcule V.!»

Si bien Felicidad estaba habituada á la rudeza, aquello la indignó contra su ama; después lo dió al olvido.

Parecíale muy natural que se perdiera el juicio con motivo de la pequeña.

Los dos niños tenían igual importancia; un lazo de su



corazón los unía, y sus destinos habían de estar de la misma manera.

El boticario le dió la noticia de que el buque, en el cual iba Víctor, había llegado á la Habana. Lo había leído en un periódico.

Con motivo de los cigarros, se figuraba Felicidad que la Habana era un país donde no se hacía más que fumar, y Víctor paseaba, en la fantasía de la pobre mujer, entre negros, y en medio de una nube de tabaco. ¿Se podía, *en caso de necesidad*, volver de allí por tierra? ¿Á qué distancia estaba aquéllo de Pont-l'Évêque? Para averiguar esto, Felicidad lo preguntó á M. Bourais.

Éste cogió un atlas y después comenzó sus explicaciones sobre las longitudes; sonreíase como un pedante al advertir el asombro de Felicidad. Por fin, con el mango del lapicero señaló éste los recortes de una línea ovalada, un punto negro, imperceptible, y dijo: «Hélo aquí». Felicidad se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas coloreadas fatigaba su vista, sin decirle nada, y como Bourais le invitase á decir lo que deseara, Felicidad le rogó que le señalase la casa donde residía Víctor. Bourais alzó los brazos y rompió á reír como un loco; tal candor excitaba su hilaridad; Felicidad no comprendía el motivo de aquella risa—¿cómo?, si tal vez esperaba ver hasta un retrato de su sobrino, ¡tan escasa de alcances era!

Quince días después, á la hora del mercado, Liebard entró, como de costumbre, en la cocina, y dió á Felicidad una carta que le remitía su cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, fué necesario que la criada recurriese á su *señora*.

La señora Aubain, que á la sazón contaba los puntos de la media en que trabajaba, la colocó cerca, abrió la carta, y en voz baja y con una mirada profunda, dijo:

—Te participan una desgracia.... Tu sobrino.... Ha muerto.

La carta no decía más.

Felicidad cayó en una silla, apoyando su cabeza en el tabique, y cerró los párpados, que se le pusieron de repente encendidos. Después, inclinada la frente, colgando las manos, fija la mirada, repetía la pobre alguna vez que otra:

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!

Liebard la contemplaba exhalando suspiros. La señora Aubain temblaba un poco.

Propuso á su criada que fuera algunos días con su hermana á Trouville.

Felicidad respondió con un gesto que no necesitaba hacerlo.

Hubo un instante de silencio. El bueno de Liebard, juzgó conveniente retirarse.

Entonces dijo Felicidad:

—Esto á ellos les importa muy poco.

Volvió á inclinarse su cabeza; maquinalmente la pobre mujer levantaba de cuando en cuando los ojos de las largas agujas.

Algunas mujeres pasaron por el patio conduciendo angarillas de las que iba goteando la ropa húmeda.

Al verlas al través de los cristales, Felicidad se acordó de su lejía; habiendo hecho la colada el día anterior, era necesario aclarar la ropa; salió precipitadamente de la estancia.

Su banca y su cubo estaban en la orilla del Toucques. Echó en el saco un montón de camisas; tomó su pala; los golpes que con ella daba en la ropa oíanse en los jardines contiguos. Las praderas estaban vacías, el viento agitaba el río; en su fondo las hierbas gigantescas se doblaban

como cabelleras de cadáveres que flotasen en las aguas. Felicidad contenía su dolor; hasta que llegó la noche, se mantuvo animosa; pero ya en su cuarto, se abandonó del todo á la desesperación; boca abajo en el lecho, con el rostro en la almohada y los dos puños en las sienes.

Mucho tiempo después, por boca del capitán mismo de Víctor, supo las circunstancias de la muerte de su sobrino.

Atacado por la fiebre amarilla, le habían sangrado con exceso en el hospital. Cuatro médicos le asistieron.

El pobre había muerto inmediatamente, y el jefe había dicho:

—¡Bien! ¡Uno más!

Sus padres le habían tratado siempre brutalmente. Felicidad prefirió no volver á verlos; ellos, por su parte, no dieron paso alguno para verla, ya fuese por olvido, ya por endurecimiento de miserables.

Virginia se debilitaba.

Opresión, tos, calenturas constantes, colores en las mejillas, indicios eran todos que denunciaban algún padecimiento hondo. M. Poupart había recetado una temporada de residencia en Provenza. La señora Aubain ya habría inmediatamente traído su hija á casa, si no le hubiese impuesto miedo el clima de Pont-l'Évêque.

La madre se ajustó con un alquilador de carruajes, que todos los martes la llevaba al convento. Hay en el jardín una terraza desde la cual se descubre el Sena. Cerca de allí se paseaba Virginia del brazo de su madre, hollando las hojas caídas de la parra. Algunas veces los rayos del sol, atravesando las nubes, obligábanle á entornar los párpados mientras contemplaba en las lejanías del horizonte las velas y el espacio comprendido entre el castillo de Tancarville y los faros del Havre. Descan-

:

saba luego bajo el emparrado. La señora Aubain se había procurado un barrilito de vino de Málaga, y Virginia, riéndose al pensar en que podría embriagarse, solía beber dos deditos; ni una gota más.

Recobró sus fuerzas. El otoño se deslizó suavemente. Felicidad tranquilizaba á la señora Aubain. Pero una tarde, durante la cual había estado en los alrededores, halló al volver el carruaje de M. Poupart delante de la puerta y á la señora Aubain en el vestíbulo atándose las cintas del sombrero.

— Dame la estufilla, la bolsa, los guantes.... ¡más aprisa!

Virginia tenía una fluxión al pecho; tal vez se hallaba en situación desesperada.

— Todavía no (dijo el médico). Él y la señora Aubain subieron al carruaje bajo los abundantes copos de nieve que revoloteaban. Acercábase la noche. El frío era intenso.

Felicidad se apresuró á dirigirse al templo para encender un cirio. Después corrió en pos del cabriolé, al que logró alcanzar al cabo de una hora; saltó con agilidad á la trasera, donde pudo sostenerse medio torcida; pero estando allí recordó que había dejado sin cerrar la puerta del patio; ¿no podrían entrar ladrones? Se apeó.

Al día siguiente, al amanecer, se presentó en casa del médico. Éste había regresado y vuelto á salir al campo. Después Felicidad permaneció en la posada esperando que algún desconocido le llevaría una carta. Por último, al anochecer, tomó la diligencia de Lisieux.

El convento estaba situado en una callejuela extraviada. Cuando llegó á la mitad, oyó la viajera un sonido extraño: doblaban á muerto. «Es por otros», pensó Felicidad, y agitó con violencia el llamador.

Transcurridos algunos minutos, oyó que se arrastraban los zapatos de alguien; se entreabrió la puerta, y apareció una religiosa.

La Hermana parecía muy compungida, y le dijo: «*Acaba de pasar*». En este momento redoblaron el fúnebre campaneó de San Leonardo.

Felicidad llegó al piso segundo.

Desde el umbral de la habitación vió á Virginia tendida de espaldas, con las manos cruzadas, abierta la boca, y la cabeza echada hacia atrás, bajo una cruz negra que se inclinaba hacia ella, y rodeada por cortinas inmóviles, menos pálidas que su rostro. La señora Aubain, al pie del lecho que tenía abrazado, lanzaba sollozos de agonía. La Superiora estaba de pie á la derecha. Tres candeleros con bujías encendidas, colocados encima de la cómoda, producían manchas rojas, y la neblina blanqueaba las ventanas. Las religiosas arrancaron de allí á la señora Aubain.

Durante dos noches, Felicidad no se separó de la muerta. La pobre repetía siempre las mismas oraciones; echaba en las sábanas agua bendita, tornaba á sentarse y contemplaba á la niña difunta. Al terminar la primera velada, echó de ver que el rostro tomaba tintas amarillentas, que azuleaban los labios, que la nariz se prolongaba y que se hundían los ojos: Felicidad los besó muchas veces, y no hubiese experimentado sorpresa extraordinaria si Virginia los hubiese abierto: para almas de esta clase, lo sobrenatural es sencillo. Le arregló su tocado, la cubrió con el sudario, la colocó en su ataúd, le puso una corona y peinó sus cabellos. Eran rubios y extraordinariamente largos para su edad. Felicidad cortó un mechón, cuya mitad deslizó en su seno muy decidida á no separarse de él nunca.

El cuerpo fué conducido á Pont-l'Évêque, obedeciendo las indicaciones de la señora Aubain, que seguía al carro fúnebre en un coche cerrado.

Después de la Misa se necesitaron tres cuartos de hora para llegar al cementerio. Pablo presidía el duelo y sollozaba; detrás iba M. Bouvais; á éste seguían los principales vecinos del pueblo, las mujeres, cubiertas con mantos negros, y Felicidad. La infeliz pensaba en su sobrino, y como no había podido tributarle aquellas honras, aumentábase su dolor, como si entonces lo enterrasen con la otra.

La desesperación de la señora Aubain no tuvo límites.

En el primer momento se sublevó contra Dios, encontrándole muy injusto por haberle quitado á su hija. «¡Ella que nada malo había hecho jamás, y cuya conciencia era tan pura! ¡Pero no!.... Ella debió haberla llevado al Mediodía. ¡Allí otros médicos la habrían salvado!» La señora Aubain se acusaba; quería reunirse con su hija; gritaba con angustia hasta en sus sueños. Uno principalmente la perseguía. Su esposo, vestido de marino, regresaba de un viaje muy largo, y le decía llorando que había recibido orden de llevarse á Virginia. Entonces ambos se concertaban para descubrir un escondite en cualquier parte.

En una ocasión la pobre madre entró del jardín toda trastornada. Entonces mismo (la anciana señalaba el sitio) se le habían aparecido el padre y la hija, uno en pos de otro, y no hacían nada: los dos la miraban.

Durante muchos meses permaneció sin moverse de su cuarto. Felicidad la sermoneaba con dulzura; era necesario conservarse para su hijo y para la otra, para acordarse de *ella*.

—¿*Ella*? (replicó la señora Aubain como despertándose.) ¡Ah! Sí, sí; V. no la olvida.

Decidió visitar el camposanto, adonde se la había prohibido terminantemente ir.

Felicidad lo visitaba todos los días.

Á las cuatro en punto pasaba á lo largo de las casas, subía la cuesta, abría la cancela y llegaba hasta la tumba de Virginia. Formábala una columnita de mármol rosa, con una base de piedra y unas cadenas en derredor que encerraban un jardinillo. La grada de la base desaparecía bajo una alfombra de flores. Felicidad regaba sus hojas, renovaba la arena, poníase de rodillas para labrar mejor la tierra. Cuando la señora Aubain pudo verlo, experimentó un alivio; una especie de consuelo.

Deslizáronse después los años, parecidos todos y sin más episodios que la constante reproducción de las grandes festividades: Pascua, la Asunción, Todos los Santos. Cualquier suceso doméstico formaba época y se referían á él andando el tiempo. Por ejemplo, en 1825, dos vidrieros pintaron de amarillo el vestíbulo; en 1827, faltó muy poco para que una porción del techo, que cayó al patio, matase á un hombre. En el verano de 1828, correspondió á la señora repartir el pan bendito; por esta misma época M. Bourais desapareció misteriosamente; y poco á poco fueron ausentándose también los conocimientos antiguos: Guyot, Liebard, la señora Lechaptois, Robelin, el tío Gremanville, paralítico hacía ya muchos años.

Una noche el conductor del coche-correo anunció en Pont-l'Evêque la Revolución de Julio. Pocos días después fué nombrado un sub-gobernador nuevo: el barón de Larsonnière, ex-cónsul en América y que tenía en su casa, además de su mujer, á su cuñada y á tres señoritas ya bastante talludas. Veíaselas sobre el césped, vestidas con sus batas flotantes; tenían las señoritas un negro y un loro. La señora Aubain recibió su visita, y no pudo pres-

cindir de volvérsela. Así que las veía, aunque fuera desde muy lejos, Felicidad corría á prevenirla. Pero solamente una cosa había que podía conmover á la señora, las cartas de su hijo.

El muchacho no podía seguir ninguna carrera; no salía de los billares. Su madre le pagaba las deudas, y el muchacho contraía otras, y los suspiros que la señora Aubain lanzaba cuando hacía calceta cerca de la ventana, llegaban hasta Felicidad, que daba vueltas á su rueca en la cocina.

Ama y criada se paseaban juntas por los espaldares del jardín, y hablaban siempre de Virginia, preguntándose mutuamente si tal cosa la habría gustado, ó lo que habría dicho probablemente en tal otra ocasión.

Todas las cosillas que le habían pertenecido ocupaban una alacena de la habitación en que había dos camas. La señora Aubain las contemplaba las menos veces posibles. Cierta día de verano se decidió á ello, y del armario salieron volando algunas mariposas. Sus vestidos estaban arreglados encima de una tabla, en la que había tres muñecas, sus redecillas, un menaje, la cubeta para el mismo. La señora y la criada fueron sacando del mismo modo las faldas de Virginia, sus pañuelos, sus medias y las extendían cuidadosamente en las dos camas, antes de volver á doblarlas. El sol alumbraba todos aquellos objetos tristes, dejando ver las manchas y los pliegues formados por los movimientos del cuerpo. La atmósfera estaba templada y azul, un mirlo cantaba, todo parecía vivir en medio de una dulzura profunda. Hallaron también un sombrerito de felpa, de pelos largos y de color de castaña; pero estaba destrozado por la polilla. Felicidad lo reclamó para ella. Las miradas de ambas se cruzaron entre sí, y sus ojos se llenaron al mismo tiempo de



lágrimas ; por último, el ama abrió los brazos y la criada se arrojó en ellos, una y otra se estrecharon, atenuando su dolor con un beso que las igualaba.

Era la primera vez que esto le pasaba, porque la señora Aubain era de naturaleza poco expansiva. Felicidad se lo agradeció como un beneficio, y desde entonces en adelante quiso á su ama con una adhesión de bestia y con una veneración religiosa.

La bondad de su corazón adquirió desarrollo. Cuando oía en la calle los tambores de los regimientos en marcha, colocábase delante de la puerta con un cubo de sidra y daba de beber á los soldados. Felicidad cuidaba á los colonos. Protegía á los polacos y aun uno hubo que declaró sus deseos de casarse con ella. Pero riñeron porque una mañana, cuando Felicidad regresaba del *Angelus*, halló en la cocina al polaco, que se había introducido en ella con toda lisura, y había aliñado una vinagreta que saboreaba tranquilamente.

Después de los polacos, su protegido fué el padre Colmiche; un viejecillo del cual era fama que había realizado horrores en 1793. Vivía á la orilla del río, entre los escombros de una pocilga. Los pilluelos le miraban por las hendeduras de la pared, y le arrojaban piedras que caían en la pobre cama donde se hallaba tendido, sacudido siempre por su catarro, los cabellos extraordinariamente largos, los párpados inflamados y en el brazo un tumor más voluminoso que su cabeza. Felicidad le proporcionó ropa de cama, procuró limpiar su zaquizamí; pensaba colocarle en la casa, próximo al horno, y donde no molestase á la señora. Cuando el tumor se reventó, Felicidad le curó diariamente; le llevaba galleta, le colocaba al sol encima de los montones de paja, y el pobre viejo, balbuceando y temblando, le daba gracias en voz

apenas perceptible; temía perderla, y extendía las manos cuando la veía alejarse. Murió, y Felicidad pagó una misa por el descanso de su alma.

En aquel mismo día le ocurrió una cosa agradable: á la hora de comer se presentó el negro de la señora de Larsonnière; el criado llevaba el loro metido en la jaula, el aro, la cadena y el candado. En una carta dirigida á la señora Aubain, participaba la baronesa que su marido había sido ascendido á un gobierno y que, por consiguiente, partían todos aquella misma noche, y le rogaba que aceptase aquel animalito como un recuerdo suyo, y en testimonio de su consideración.

El loro había ya ocupado hacía mucho tiempo la imaginación de Felicidad, porque como procedía de América, esta palabra le recordaba á Víctor, de manera que la infeliz siempre estaba preguntando al negro por el dichoso loro. Y hasta en cierta ocasión hubo de decir: « ¡Qué contenta estaría *la señora* si le tuviese! »

El negro había repetido aquella frase á su ama, la cual no pudiendo llevar consigo á la trepadora, juzgó que no era aquel mal medio de deshacerse de ella.

#### IV.

El loro se llamaba *Lulú*. El plumaje de su cuerpo era verde, los cabos de sus alas rojos, la frente azul, y el cuello dorado.

Pero tenía la costumbre molesta de estar siempre mordiendo su palito, se arrancaba las plumas, se ensuciaba por todas partes, y vertía el agua de la vasija en que bebía y se bañaba; la señora Aubain, á quien el loro

molestaba mucho, se lo regaló definitivamente y para siempre á Felicidad.

Esta se propuso instruirle; no tardó el ave en repetir: «¡ Buen mozo! ¡ Servidor de V., señor mío! ¡ Ave-María!» Estaba colocado cerca de la puerta, y á muchos sorprendía que no respondiese al nombre de *Jacquot*, porque todos los papagayos se llaman *Jaquots*. Algunos lo comparaban con una pava, ó con un pedazo de leño, con lo que daban otras tantas puñaladas á Felicidad. ¡Extraña obstinación la de *Lulú*, que no hablaba nunca si le miraba alguien!

Esto, no obstante, el papagayo buscaba siempre la compañía, porque los domingos, mientras *esas* señoritas de Rochefemelle, el señor Houppesville y los nuevos contertulios Onfroy el boticario, el señor Varin, el capitán Mathieu jugaban á las cartas, el ave golpeaba los cristales con las alas, y se movía tan desesperadamente que no era posible entenderse allí.

La figura de Bourais parecíale, sin duda, muy ridícula. No bien le veía, comenzaba á reír con todas sus fuerzas. El ruido de su voz resonaba en el patio, el eco lo repetía, los vecinos se asomaban á las ventanas y se reían también; y para que el papagayo no lo viese, Bourais se deslizaba á lo largo de la pared, ocultando con el sombrero su cara, llegaba hasta el río y después entraba por la puerta del jardín; las miradas que dirigía al loro no expresaban mucha ternura.

*Lulú* había recibido del mozo de la carnicería un papirotazo, porque se permitió una vez meter la cabeza en su cesto; desde entonces el loro procuraba siempre picarle á través de la camisa. Fabú amenazaba con retorcerle el pescuezo, aunque realmente no era de instintos crueles, á pesar de sus bigotazos y de las labores de su

brazo. ¡Muy al contrario! Antes sentía cierta inclinación por el loro, hasta el punto de proponerse, por broma, enseñarle á decir blasfemias.... Felicidad, á quien los modales del carnicero asustaban, colocó al loro en la cocina. La cadenilla que lo sujetaba quedó suprimida, y el animalejo andaba libremente por la casa.

Cuando bajaba la escalera, agarraba cada peldaño con su pico encorvado, levantaba la pata derecha, después la izquierda; su ama llegó á temer que aquellos ejercicios gimnásticos le aturdieran. El pobre loro enfermó; no podía hablar, ni comer. Tenía debajo de la lengua una escrescencia como la que algunas veces tienen las gallinas. Felicidad le curó, arrancándole con las uñas aquella película. Un día el señorito Pablo cometió la imprudencia de echarle á las narices el humo de su cigarro; otra vez la señora Lormeau le provocó con la punta de su sombrilla, el loro se tragó la contera; por último se perdió.

Felicidad le había colocado encima de la hierba para que se refrescara un poco, se ausentó un minuto; cuando volvió, ya no estaba allí el loro. Primeramente le buscó entre los matorrales, á la orilla del agua, por los tejados, sin escuchar á su ama que le gritaba:—¡Ten cuidado! ¿Estás loca, mujer?—Después registró todos los jardines de Pont-l'Evêque, y detenía á los transeuntes.—¿No han visto Vds. por casualidad, mi papagayo. Y á los que no conocían al papagayo les hacía su retrato. De repente creyó percibir detrás de los molinos, en lo más bajo de la cuesta, una cosa verde que se movía. Pero ni arriba ni abajo había nada en la cuesta. Un buhonero le aseguró que hacía un momento que había encontrado al animal en Saint-Melanie en la tienda de la señora Simón. Felicidad fué allá corriendo. Nadie sabía de lo que Felicidad ha-

blaba. Por fin tornó á casa, muerta de fatiga, con los zapatos destrozados, y el desaliento en el alma; y, sentada en medio de un banco, cerca de la *señora*, contaba uno por uno todos los pasos que había dado, cuando sintió un peso ligero sobre el hombro. ¡*Lulú!* ¡Qué demonios había hecho! Quizá había ido á dar un paseo por los alrededores.

Mucho trabajo costó á Felicidad reponerse de aquel susto; mejor dicho, no llegó á reponerse nunca.

Á consecuencia de un enfriamiento, la sobrevino una angina; poco tiempo después enfermó del oído. Á los tres años se había quedado sorda, y hablaba á gritos hasta en la iglesia. Aunque sus pecados habrían podido, sin menoscabo para ella ni inconveniente para el mundo, esparcirse por todos los ámbitos de la diócesis, el señor cura consideró oportuno no oirla en confesión sino en la sacristía.

Imaginarios zumbidos que percibía constantemente acabaron de turbarla. Su ama le decía con frecuencia:

—¡Dios mío, qué bestia eres!—y Felicidad contestaba: «Voy, señora»; y se ponía á buscar alguna cosa.

El ya reducido círculo de sus ideas se estrechó más, y el repique de las campanas y el mugido de los bueyes dejaron de existir para ella. Todos los seres se movían con el silencio de los fantasmas. Un ruído sólo llegaba entonces á su oído; la voz del papagayo.

Como si quisiese distraer á su ama, reproducía el ave el ruído del asador, el canto agudo del vendedor de pescado, la sierra del ebanista de enfrente, y cuando sonaba la campanilla, imitaba á la señora Aubain:

—¡Felicidad! ¡la puerta! la puerta!

Uno y otro tenían sus diálogos; él repitiendo hasta la saciedad las frases de su repertorio, ella respondiéndole

con palabras incoherentes, pero en las cuales se esparcía su corazón. *Lulú*, en aquel aislamiento, era para Felicidad un hijo, casi un amante. Se subía por sus dedos, la picoteaba en los labios, se agarraba á su pañuelo, y cuando Felicidad inclinaba la frente moviendo su cabeza como lo hacen las nodrizas, las alas flotantes de su gorro blanco y las alas del loro se estremecían juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y rugía el trueno, el pobre loro lanzaba gritos, recordando quizá las tormentas de sus bosques natales. El murmullo de la lluvia le volvía loco; revoloteaba como atolondrado, se subía al techo, lo derribaba todo, y por la ventana salía á mojarse en el jardín; pero tornaba muy pronto á colocarse en uno de los morrillos de la chimenea, saltando para secarse las plumas, de manera que mostraba ora la cola, ora el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837, en la cual Felicidad había puesto su loro delante de la chimenea porque hacía mucho frío, hallóle muerto en medio de su jaula, con la cabeza baja y las uñas en los alambres.

Sin duda le había privado de la vida una congestión. Felicidad creyó que lo habían envenenado con perejil; y aun sin tener prueba alguna en que fundarlas, sus sospechas recayeron en Fabu.

De tal manera se desconsoló, y lloró en tales términos, que su ama le dijo: «Mujer, haz que lo embalsamen».

Felicidad solicitó consejo del boticario, que había sido siempre bueno para su loro.

El farmacéutico escribió al Havre. Un Sr. Fellacher se encargó de ese trabajo. Pero como en las diligencias se perdían algunas veces los bultos, determinó llevarlo por sí misma hasta Honfleur.

Los manzanos sin hojas se sucedían unos á otros en

ambos lados del camino. Las cunetas estaban cubiertas de hielo. Enrededor de la granja aullaban los perros, y Felicidad, cubriéndose las manos con su manto, calzados los pies con zapatillas negras, y con su cesto al brazo, caminaba rápidamente por el medio de la carretera.

Atravesó el bosque, pasó de Haute-Chêne, llegó á Saint-Gatien.

Detrás de ella un coche correo, entre nubes de polvo y arrastrado por la rapidez de la pendiente, se precipitaba como un alud. Viendo aquella mujer que no se apartaba, el mayoral se levantó de su asiento gritando, el postillón gritaba igualmente, mientras que los cuatro caballos del tiro, á los que no conseguía contener, aceleraban su carrera; los dos delanteros le rozaron; con una violenta sacudida de las riendas logró el mayoral separar el coche; pero furioso, levantó el brazo, y con toda su fuerza ciñó con el látigo á la pobre Felicidad desde el vientre al cuello, haciéndola caer de espaldas.

Cuando recobró el conocimiento, el primer movimiento de la pobre mujer fué abrir su cesta. Afortunadamente *Lulú* no tenía nada. Felicidad sintió como una quemadura en la mejilla derecha; sus manos, que llevó á dicho sitio, quedaron enrojecidas. Brotaba sangre.

La viajera se sentó en un montón de piedras, se restañó con el pañuelo la sangre del rostro, comió después una corteza de pan que, por precaución, había puesto en el cesto, y se consoló de su herida contemplando al papayo.

Cuando llegó á la cima de Ecquemenville vislumbró las luces de Honfleur que brillaban en la oscuridad de la noche como muchedumbre de estrellas; el mar se extendía confusamente en lontananza. Entonces una gran debilidad la hizo detenerse; las amarguras de su infancia, la

decepción de su amor primero, la partida de su sobrino, la muerte de Virginia, como olas de una marejada se reprodujeron á un tiempo mismo, y como si subiesen por su garganta, la ahogaban.

Después quiso hablar al capitán del barco; y, aunque sin decirle lo que ella enviaba, se lo recomendó mucho.

El disecador Fellacher conservó mucho tiempo el loro. Siempre ofrecía enviarle en la semana próxima; al cabo de seis meses, anunció el envío de una caja; la caja no llegó. Era ya cosa de sospechar que *Lulú* no volvería. «Me lo habrán robado», pensó Felicidad.

Por fin llegó, y espléndido, arrogante, en una rama de árbol que se alzaba en su zócalo de anacardo, con una pata levantada, torcida la cabeza, y picoteando una nuez que el disecador, para dar grandiosidad á su obra, había dorado.

Felicidad le encerró en su cuarto.

La estancia, donde á casi nadie recibía, presentaba á la vez el aspecto de una capilla y de un bazar; tantos objetos religiosos y tantas cosas diferentes y heterogéneas había allí reunidas.

Un enorme armario estorbaba para abrir la puerta. En frente de la ventana, que miraba al jardín, un tragaluz daba vista al patio; en una mesa, contigua al catre de tijera, había un jarro para agua, dos peines y un cubo de jabón azul en un plato desportillado. Veíanse además en las paredes rosarios, medallas, imágenes de la Virgen, una pililla de agua bendita de coco; encima de la cómoda, que estaba cubierta de tela, como un altar, la caja de conchitas que le había regalado Víctor; además, una regadera, una pelota, cuadernos de escritura, la geografía en estampas, un par de botinas; y en el clavo del que pendía el espejo, atado con sus mismas cintas, el



sombrerito de felpa. Felicidad llevaba á tal extremo este linaje de respetos, que aún conservaba uno de los gabanes del *señor*. Todas las cosas viejas que la señora Aubain no quería ya, eran recogidas por Felicidad, que las llevaba á su cuarto. Por eso tenía flores artificiales en los bordes de su cómoda, y un retrato del conde de Artois en una pared de su buhardilla.

En medio de una tablita, y encima de una chimenea que se adelantaba en la habitación, fué colocado *Lulú*. Todas las mañanas, al despertarse, veíale Felicidad á la claridad del alba, y se acordaba entonces de los días ya pasados, y de acciones sin importancia hasta en sus pormenores menos interesantes, sin dolor y con tranquilidad completa.

No trataba á nadie, vivía en una especie de sopor de sonámbula. La procesión del *Corpus* la reanimaba. Por sí misma iba á pedir en casa de sus vecinas colgaduras y lámparas con que adornar el altar que levantaban en la calle.

En el templo no dejaba de contemplar al Espíritu Santo, fijándose en que tenía algo de papagayo. La semejanza le pareció más evidente en un cuadro d'Espinal que representaba el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas de púrpura y su cuerpo de esmeralda, era verdaderamente el retrato de *Lulú*.

Compró el cuadro y lo colgó reemplazando al conde de Artois; de manera que en una ojeada sola veíalos juntos. Ambos se asociaron de este modo en su pensamiento, resultando santificado el loro en esta relación con el Espíritu Santo, que resaltaba más viva á sus ojos y más inteligible. El Padre Eterno, para anunciarse, no podía haber escogido una paloma, porque estos animales carecen de voz, sino uno de los antepasados de *Lulú*. Feli-

ciudad, pues, rezaba contemplando la imagen; pero de vez en cuando se volvía un poco hacia su papagayo.

Tuvo intenciones de afiliarse á la Hijas de María: la señora Aubain la disuadió de tal propósito.

Sobrevino en esto un acontecimiento grave: el matrimonio de Pablo.

Después de haber estado primero como pasante en una notaría, después en el comercio, luego en Aduanas, en seguida en contribuciones y de haber comenzado á gestionar para las aguas y los montes, á los treinta y seis años, de repente, como por una inspiración divina, había descubierto su verdadera vocación, ¡el Registro!: tales aptitudes mostró para esto, que un inspector del mismo le había ofrecido la mano de su hija, prometiéndole su protección.

Pablo, hecho ya un hombre serio, llevó á casa de la señora Aubain á su esposa.

Esta se burló de la costumbres de Pont-l'Evêque, y humilló á Felicidad. La señora Aubain, cuando la vió partir, se halló como si la hubieran quitado un peso de encima.

En la semana siguiente se supo que M. Bouraix había muerto en una posada, en la Bretaña Baja. Hablóse de suicidio, y el rumor fué confirmado; de aquí surgieron dudas acerca de la probidad del difunto. La señora Aubain estudió sus cuentas y tardó muy pronto en conocer sus innumerables picardías: infidencia en las cobranzas de arrendamientos, ventas de maderas realizadas ocultamente, recibos falsos, etc. Además, tenía un hijo natural, mantenía relaciones con una persona de Dozalé.

Estas ruindades la afligieron mucho. En Marzo de 1863, fué acometida de un dolor en el pecho; su lengua parecía cubierta de hollín; las sanguijuelas no calmaron la opre-

sión. En la noche novena expiró : tenía setenta y dos años justos.

Creíase la menos vieja por los cabellos oscuros, cuyas cocas rodeaban el rostro pálido algo picado de viruelas. Pocos amigos sintieron este fallecimiento ; sus maneras tenían cierta altivez que alejaba á las gentes.

Felicidad la lloró como no suelen ser llorados los amos. Eso de que la *señora* muriese antes que ella, turbaba todas sus ideas, parecíale contrario al orden natural de las cosas, inadmisibile y monstruoso.

Diez días después (el tiempo indispensable para llegar desde Besançon) llegaron los herederos. La nuera registró los cajones, escogió unos muebles, vendió otros, después se volvieron al Registro.

El sillón de la *señora*, su velador, su estufilla, las ocho sillas.... ¡habían partido! El sitio ocupado antes por los cuadros, marcábase ahora por cuadrados amarillos en los tabiques. ¡Los herederos se habían llevado las dos camitas, y los colchones, y en la alacena no había ya nada de lo que perteneció á Virginia! Felicidad subió á los otros pisos loca de dolor.

Al día siguiente había en la puerta un anuncio; el boticario gritó al oído de Felicidad que la casa estaba en venta.

La infeliz vaciló, y tuvo que sentarse.

Lo que la entristecía principalmente era la necesidad de abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre *Lulú*. Rodeándole con una mirada de angustia, imploró al Espíritu Santo, y contrajo la costumbre idolátrica de orar arrodillada delante de su loro. Á veces el sol que penetraba por el tragaluz de la buhardilla hería el ojo de cristal del ave embalsamada, y sus luminosos reflejos dejaban á Felicidad sumida en éxtasis.

:

Tenía Felicidad una rentita de trescientas ochenta pesetas, que su ama la había legado. El jardín le proveía de legumbres. Por lo que respecta á los trajes, tenía con que vestirse mientras viviese, y economizaba la luz acostándose al anochecer.

No salía, para no ver la tienda del prendero donde estaban algunos de los antiguos muebles. Desde su última dolencia, Felicidad andaba dificultosamente, arrastrando una pierna; sus fuerzas disminuían; la señora Simón, arruinada en el comercio, iba todas las mañanas á partir la leña y á sacar el agua.

Los ojos de Felicidad se debilitaron. Las persianas de la habitación no se abrían ya. Así se deslizaron muchos años. La casa ni se vendía ni se alquilaba.

Por temor de que la despidiesen, nunca pedía que hicieran obras de reparación. Las vigas del techo se pudrían, durante todo un invierno el almohadón de su cama estuvo empapado en agua. Después de la Pascua, Felicidad comenzó á esputar sangre.

Entonces la señora Simón acudió á un médico. Felicidad quiso saber lo que tenía. Pero como estaba demasiado sorda para oirlo todo, sólo percibió una palabra: *pneumonía*. La enfermedad le era conocida, y dijo muy quedo: «¡Ah! ¡como *la señora!*» hallando muy natural el seguir á su ama.

Llegaba la hora de poner los altares.

El primero se colocaba siempre al pie de la cuesta, el segundo delante del correo, el tercero hacia la mitad de la calle. Con motivo de este último, surgieron algunas rivalidades; los feligreses escogieron, por último, el patio de la señora Aubain.

La opresión y la calentura aumentaban. Felicidad se disgustaba de no hacer algo para el altar. ¡Si á lo menos

hubiese podido poner alguna cosa! Entonces pensó en su papagayo. Los vecinos objetaron que no parecía bien; pero el señor cura dió su permiso, con lo que de tal modo se alegró la enferma, que suplicó encarecidamente al sacerdote que aceptase como recuerdo, cuando ella muriese, á *Lulú*, su sola riqueza.

Desde el martes al miércoles, víspera del *Corpus*, Felicidad tosió con más frecuencia. Por la tarde su rostro estaba encogido, los labios se pegaban á las encías, comenzaron los vómitos; al día siguiente, cuando empezaba á rayar el alba, como se sintiese muy débil, hizo llamar á un sacerdote.

Tres buenas mujeres rodearon su lecho mientras se le administraba la Extremaunción. Después declaró que necesitaba hablar á Fabu.

Llegó éste con su traje de los días festivos, no del todo á su gusto en aquella atmósfera lúgubre.

—Perdóneme V.,—dijo Felicidad, haciendo grandes esfuerzos para extender el brazo,—creí yo que era V. quien lo había matado.

¿Qué significaba semejante niñería?... ¡Haberle creído capaz de cometer un asesinato! ¡Á un hombre como él! Fabu se indignaba y parecía dispuesto á protestar ruidosamente.

Alguien le dijo:

—La pobre no está ya en su juicio; ya lo está V. viendo.

Felicidad hablaba de cuando en cuando, dirigiéndose á sombras. Las comadres se despidieron. La señora Simón almorzó.

Poco después cogió á *Lulú*, y acercándosele á Felicidad, gritó:

—¡Vamos! ¡despídase V. de él!

Aunque no era aquello un cadáver, le devoraban los

gusanos; una de sus alas estaba rota. Pero como Felicidad ya no veía, besó su cabeza y le estrechó contra su mejilla. La Simón volvió á cogerle para colocarlo en el altar.

## V.

El follaje exhalaba los aromas del estío; zumbaban las moscas; el sol producía reflejos brillantes en el río, calentaba las pizarras, y la señora Simón, de regreso en la estancia, se dormía dulcemente.

El sonido de la campana la despertó; los fieles salían de vísperas. El delirio de Felicidad comenzó. Pensando en la procesión, la veía como si la hubiera seguido.

Todos los niños de las escuelas, los cantores y los bomberos iban por las aceras, en tanto que por el medio de la calle iban el suizo ostentando su alabarda, el bedel con una cruz grande, el maestro vigilando á los niños, las madres cuidando de las muchachas; tres de las más pequeñas, adornadas como ángeles, esparcían por el aire pétalos de rosas; el diácono, agitando sus brazos, dirigía á los músicos; dos monacillos con sendos incensarios volvíanse frecuentemente hacia el Santísimo Sacramento, que llevaba bajo el palio de terciopelo encarnado, sostenido por cuatro mayordomos, el señor cura con su preciosa casulla. Muchedumbre de gente se lanzaba detrás entre las colgaduras blancas que cubrían las paredes de las casas, y todos llegaron al pie de la cuesta.

Un sudor frío humedecía las sienes de Felicidad. La señora Simón enjugábale con un paño, diciéndose que algún día sería preciso pasar por ese trance.

El murmullo de la multitud aumentaba; llegó á ser grandísimo; después se alejó.

Una descarga hizo retemblar las vidrieras. Era el saludo dirigido á la custodia. Felicidad miró en torno suyo, y preguntó todo lo más alto que le fué posible.

—¿Está bien? pensando siempre en su papagayo.

La agonía comenzó. Un hipo cada vez más precipitado elevaba su pecho. En las comisuras de los labios se presentaba una baba espumosa, y todo su cuerpo temblaba.

Pronto se percibió el ronquido de los serpentones, oyéronse las voces claras de los niños, el canto profundo de los hombres. Á intervalos callaba todo, y el ruido de los pasos que las flores amortiguaban semejaba el producido por un rebaño sobre el césped.

El clero apareció en el patio. La señora Simón se encaramó á una silla para llegar al tragaluz, y de esta manera dominaba el altar.

Verdes guirnaldas pendían del altar ornado con un faralá de encaje. En el centro había un cuadro que encerraba reliquias; en las esquinas dos naranjos, y á lo largo candeleros de plata y vasijas de porcelana, de las que salían heliotropos, lirios, peonías, dedaleras, un bosque de hortensias. Este hacinamiento de colores brillantes bajaba desde el primer piso á la alfombra que se prolongaba hasta las losas del patio. Mil cosas raras atraían las miradas. Un azucarero de plata sobredorada tenía una corona de violetas; cristales de Alençon resplandecían sobre el musgo; estuches de china mostraban sus paisajes; *Lulú*, medio oculto entre rosas, solo dejaba ver su cabeza azul, que semejaba una plaquita lapiz-lázuli.

Los mayordomos, los cantores, los niños, se alinearon en los tres lados del patio. El cura subió lentamente la grada, y colocó sobre el encaje la custodia resplandeciente. Todos se arrodillaron. Reinó silencio profundísi-

mo. Los incensarios, agitados á todo vuelo, resbalaban sobre sus cadenillas.

Un vapor azulado subió á la habitación de Felicidad. Ésta aspiró el humo del incienso, con sensualidad mística; después bajó los párpados. Sus labios sonreían. Los latidos de su corazón se detuvieron uno á uno, cada vez más vagos, cada vez más dulces, como una fuente que se agota, como un eco que se desvanece; y cuando lanzó su postrer suspiro, Felicidad creyó ver allá en los cielos entreabiertos, un loro gigantesco que se cernía sobre su cabeza.

GUSTAVO FLAUBERT.



# Sección Hispano-Ultramarina.

## LA MUJER ESPAÑOLA

### III.

#### LA CLASE MEDIA.

**E**N España tiene sentido muy lato la palabra *clase media* ó *burguesía*. Sus límites son tan indeterminados, que cabe en ella desde la mujer del opulento fabricante—que es clase media sólo porque no es aristocracia,—hasta la mujer del telegrafista ó del subteniente,—que es clase media solo porque no es pueblo. Se necesita para precisar algo la clasificación (aunque sea basándose en circunstancias externas), decir que pertenece á la burguesía la mujer que no viste como el pueblo, que paga un criado ó criada que la sirva, posee una salita donde recibir á quien la visite, etc., etc. El menor cargo oficial en la familia, el pretexto más leve, basta á la mujer española para ingresar en el número de las *señoras* ó *señoritas*, y salir de las filas del *pueblo* propiamente dicho.

Toda española aspira á demostrar que ha «nacido en

buenos pañales», y entiende que son mejores pañales aquellos en que envuelve á sus hijos el empleado de cortísimo sueldo y precaria existencia, que los que compra con su sudor el artesano ú oficial mecánico, como por ejemplo un platero, un relojero, un ebanista. Aunque en casa del industrial se viva con desahogo y en la del empleado ó militar se pasen estrecheces y agonía, la española prefiere lo segundo, porque casada con un capitán ó un oficial de Fomento se cree *señora* indiscutible. En esto mismo no hace la mujer sino reflejar las ideas masculinas. Un oficial de Fomento con mil quinientas pesetas de sueldo no es rechazado del mundo elegante: puede ir á un sarao, bailar con las duquesas, alternar con todos. Un ebanista ó un tendero de ultramarinos que gane con su profesión mil ó dos mil duros al año, nunca será tenido por «caballero».

Igual antipatía que experimenta contra los oficios mecánicos y las profesiones industriales la mujer de la clase media española, la anima contra la idea de poder ganarse la vida por medio de su trabajo. En esto tampoco es espontánea: conserva el criterio que le han imbuido desde la niñez. La hija del pueblo, chiquita aún, aprende ya á agenciarse el pedazo de pan haciendo recados, sirviendo, cosiendo, en la fábrica de tejidos, en la de cigarros, pregonando sardinas ó legumbres, llevando las vacas al pasto ó labrando la tierra. Pero suponed una familia mesocrática, favorecida por la naturaleza con cinco ó seis hijas, y condenada por la suerte á vivir de un sueldo ó una renta miserables. ¿Qué van á hacer esas niñas? ¿Colocarse detrás de un mostrador? ¿Ejercer una profesión, un oficio, una ocupación cualquiera? ¡Ah! Dejarían de ser señoritas *ipso facto*. Hemos convenido en que las señoritas no sirven para cosa alguna. Quéden-

se en la casa paterna, criando mohó, y erigidas en convento de monjas sin vocación; viendo deslizarse su triste juventud, precursora de una vejez cien veces más triste; reducidas á comer mal y poco, á sufrir mil privaciones, para lograr dos objetos en que fundan su única esperanza de mejor porvenir. Primero, que tengan carrera los hermanos varones, y puedan «hoy ó mañana» servirles de amparo; segundo, no carecer de cuatro trapitos con que presentarse en público de manera decorosa, á ver si parece el ave fénix, el marido que ha de resolver la situación. Si no parece, ¡qué melancólica existencia la de esa señorita, sentenciada á la miseria y al ocio, ó cuando más al trabajo vergonzante, escondido como se esconde un crimen, porque la clase social á que pertenece la expulsaría de sus filas si supiese que cometía la incongruencia de hacer algo más que «gobernar su casa»! Contadas son las profesiones que la mujer está autorizada para desempeñar en España; pero más contadas aún las mujeres de la clase media que se resuelven á ejercerlas. Hace pocos años se graduó una doctora en medicina, Martina Castells; los periódicos ilustrados publicaron su retrato, como el de una hembra notable y singular. Hoy por hoy, existe entre la mujer de la clase media y la del pueblo español este abismo profundo; la del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida; la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el trabajo del hombre. De aquí se origina en la burguesa mayor dependencia, menos originalidad y espontaneidad. La mujer del pueblo será una personalidad ordinaria, pero es mucho más persona que la burguesa.

Ésta—dicho sea sin ofenderla, ya que no es culpa suya si la educan y preparan así—se pasa la vida en expectativa, y casi pudiera escribir en acecho de un ma-

rido. «Las señoritas no tienen más carrera que el matrimonio»: esto han oído desde la cuna, y esto ponen en práctica. Yo no diré que no la impulse el instinto amoroso, tan natural y tan simpático en la juventud; lo que sí afirmo es que el instinto no es ciego, ó va guiado por un concepto utilitario, siendo esta búsqueda del marido la única forma de lucha por la existencia permitida á la mujer. La modesta familia mesocrática escatima los garbanzos del puchero, á trueque de que las niñas se presenten en paseos, teatros y reuniones bien emperejiladas y con todos los aparejos convenientes para la pesca conyugal.

Siendo el matrimonio y el provecho que reporta la única aspiración de la burguesa, sus padres tratan de educarla con arreglo á las ideas ó preocupaciones del sexo masculino, manteniéndola en aquel justo medio, con tendencia á la inmovilidad, que, según dejé indicado en artículos anteriores, desea el español para su compañera. Por más que todavía hay hombres partidarios de la absoluta ignorancia en la mujer, la mayoría va prefiriendo, en el terreno práctico, una mujer que sin ambicionar la instrucción fundamental y nutritiva, tenga un baño, barniz ó apariencia que la haga «presentable». Si no quieren á la instruida, la quieren algo educada, sobre todo en lo exterior y ornamental. El progreso no es una palabra vana, puesto que hoy un marido burgués se sonrojaría de que su esposa no supiera leer ni escribir. La historia, la retórica, la astronomía, las matemáticas, son conocimientos ya algo sospechosos para los hombres; la filosofía y las lenguas clásicas serían una prevaricación; en cambio, transigen y hasta gustan de los idiomas, la geografía, la música y el dibujo, siempre que no rebasen del límite de *aficiones* y no se conviertan en *vocación* seria y real. Pintar platos,

decorar tacitas, emborronar un «efecto de luna», bueno; frecuentar los Museos, estudiar la naturaleza, copiar del modelo vivo, malo, malo. Leer en francés el figurín, y en inglés las novelas de Walter Scott...., ¡psh!, bien; leer en latín á Horacio...., ¡horror, horror, tres veces horror!

Este sistema educativo, donde predominan las medias tintas, y donde se evita como un sacrilegio el ahondar y el consolidar, da el resultado inevitable; limita á la mujer, la estrecha y reduce, haciéndola más pequeña aún que el tamaño natural, y manteniéndola en perpetua infancia. Tiene un carácter puramente externo: es, cuando más, una educación de cascarilla; y si puede infundir pretensiones y conatos de conocimientos, no alcanza á estimular debidamente la actividad cerebral.

Siendo tan deficiente, desde el punto de vista intelectual, la educación de la mujer, no es mucho más jugosa en el terreno práctico. Ni nociones de higiene y fisiología, tan necesarias para el cultivo de la salud propia y de la robustez de los hijos, ni rudimentos del arte coquinarío, ni prácticas y hábitos de exquisita limpieza y orden riguroso, ni inteligencia de esa poesía que comunica á la habitación humana el delicado esmero femenino, lleva generalmente al matrimonio la burguesa, que á veces ignora los más sencillos detalles de la vida real, y ni aun sabe cómo ha de clasificarse en un armario la ropa blanca, ni de qué manera se evita que una lámpara atufe. Hay más: hasta para el atractivo de su propia persona no acierta la burguesa á desplegar una actividad y una inteligencia que son (aunque parezca paradójico), fruto de la cultura mejor que de la coquetería. El abandono, el prosaismo material, la flojedad del linfatismo, la falta de hidroterapia, el desaliño en cabello, boca y manos, el mal gusto en la elección de adornos y trajes, la vida poco in-

telectual reflejándose en la expresión insignificante ó vulgar de los ojos y de las facciones, todo contribuye á que sólo tenga verdadero encanto la burguesa española durante un corto período de soltería y juventud, cuando esperanzada, solícita, primorosa, aguarda al marido que ha de «sacarla de penas».

Al expresarme así, tengo que insistir una vez más en que señalo tendencias generales, y no casos particulares, y que, fijándose en éstos, sería fácil desmentirme. Y tengo que recordar (porque no conviene perderlo nunca de vista) que la mujer es tal como la hace y quiere el hombre, y que, atendidas las circunstancias, la española todavía resulta dotada de energías y espontaneidades que revelan su excelente veta. Mucho de lo bueno que no le enseñan, lo adivina y lo ejecuta por virtud de su instinto, y en los asuntos que están á su alcance y en que le es lícito tener opinión, casi siempre deja atrás al hombre en sagacidad y buen sentido.

Por culpa del clima, según unos, y según otros del desnivel intelectual entre los dos sexos, la vida del hogar no es muy íntima en España. El hombre sale á sus negocios ó á sus distracciones; pasa la velada en el café ó en el casino, y hasta en la calle; rara vez acompaña á su esposa. Una de las primeras cosas que me sorprendieron en mis viajes á Francia fué el ver por las calles de París tantas parejas: en España no se acostumbra, y el ofrecer el brazo á la mujer se considera de mal gusto. Entre nosotros el hombre muy casero se hace de menos valer; diríase que se acoquina. Como la vida de la mujer es tan incompleta, y la esfera de su actividad tan limitada, el hombre no puede reducirse á ella impunemente. Pegarse á las faldas es aquí mal síntoma.

La deserción del hombre impele á la mujer á imitarle,

y la española, tan casera durante el siglo pasado, va haciéndose muy callejera : es una de las cuestiones en que más se ha transformado. En los pueblos pequeños le faltan pretextos para estarse en la calle largas horas ; en las grandes capitales los encuentra fácilmente, —tiendas, visitas, devociones, curiosidad de éste ó de aquel espectáculo. No puede dudarse que este afán de *callejear* revela cierta deficiencia en la vida de familia. No es que yo crea, como Luis Vives, que la mujer al salir frecuentemente pone en peligro su honra : solamente digo que la salida, «por huir de la casa», indica falta de intimidad doméstica, y algo como aborrecimiento de la soledad, que es indicio claro de tener la cabeza mal amueblada. De todos modos, con el hermoso cielo y el radiante sol de España, el «echarse á la calle» lo considero pecado venial.

Respecto á la honestidad de las burguesas españolas, puede afirmarse que más abunda que falta esta virtud ; que, en general, son fieles á sus maridos, y que aun después de haber faltado, por ocasión, pasión ó despecho, es muy excepcional que se entreguen á una vida galante y licenciosa. No obstante, si en estas materias de suyo tan delicadas y difíciles pudiese haber medios de comprobar una estadística comparativa, se me figura que resultaría más frecuente el desliz de la burguesa que el de la aristócrata. La razón es bien sencilla : á la oscura esposa de un empleado, de un abogado, de un médico, no la vigilan tanto : goza de mayor libertad que la dama de alta alcurnia, conocida, rodeada de criados, acostumbrada á no salir sino en su propio carruaje. De la burguesa nadie habla, ó habla á lo sumo un reducido círculo : en la encumbrada señora todo el mundo tiene fijos los ojos. La burguesa está más expuesta al peligro, porque es mujer más accesible, menos notada, cuyas intrigas no producen es-

cándalo. Me refiero, claro está, á la burguesa de las ciudades populosas, que no ocupa situación eminente: porque la mujer de una celebridad política, v. gr., será tan observada en sus menores movimientos como puede serlo una princesa de la sangre. En las ciudades de escaso vecindario tampoco disfrutaban de esa inmunidad las burguesas: toda señora que usa seda es visible en una población chica. Por eso las costumbres de la burguesía provinciana son bastante puras.

Pero en la misma corte, no observo en la clase media lo que puede llamarse relajación de costumbres, á pesar de la índole apasionada de la raza española. Esta cuestión de la moralidad sexual es la que pide ser tratada con serenidad mayor, para no hacer ridículos aspavientos y no repetir que el mundo está perdido, por cosas que son antiguas como el mundo y que tal vez hoy se han depurado y no se muestran con tanto cinismo y grosería como en otras épocas de la historia. La mujer en España no está depravada ni corrompida, aunque sí muy achicada, y muy falta de ideal.

La burguesa española suele parecer un poquito *cursi*. Se inclina hacia la vulgaridad, y de ese lado se cae. Fáltale aplomo, naturalidad y distinción, por culpa de la mediocridad sistemática á que la sentencia su estado social. Justo medio en religión; justo medio, rayano con la indiferencia, en patriotismo; insipidez en arte y letras; abstención total en política, y la actividad mental consagrada á fruslerías y menudencias, de quinta clase han producido una mujer de poca talla, buena en el fondo, graciosa y amable exteriormente, lista y sagaz por naturaleza, pero fútil, y en ocasiones más interesada y siempre más mezquina que el varón. Su carácter tiene á veces sinuosidades encantadoras, pero le falta ese diseño que los dibu-



jantes llama *grandioso*. Sin ser tonta ni mala, es, lo repito, cursi y vulgar. Como las fuentes del sentimiento no se han secado en ella, puede transformarse al impulso de los afectos, agrandándose á la cabecera del hijo enfermo, del padre moribundo. La voluntad está mejor guiada en la mujer que el entendimiento.

Otra causa de *cursilería* en la clase media es su empeño de imitar á la aristocracia: lo que aquí llamamos «quiero y no puedo»; mal que el pueblo desconoce. De este empeño nace la curiosidad y el interés con que se leen las revistas de los salones, género literario que antes sólo cultivaba *La Época*, órgano de los conservadores, y que hoy solicitan todos los periódicos. Hay señora que se aprende de memoria las joyas de la marquesa de la Laguna, y sabe al dedillo los colores predilectos de la duquesa de Alba, á quien llama familiarmente «Rosario Fernán-Núñez».

El año pasado, en la Exposición de Barcelona, pude notar el interés febril que inspiran á la mujer de la clase media los actos más insignificantes de las señoras de alto rango. La salida de la Reina á paseo; su entrada en el teatro, tenía en expectativa á miles de señoras (hombres, en proporción, muy pocos) que, no por entusiasmo dinástico, sino sencillamente por curiosidad femenil, aguardaban de pie horas y horas, á fin de sorprender y comentar los detalles de su vestido y peinado, y también el de sus damas de honor. «La Fernán-Núñez lleva una manteleta como la que tú encargaste á París.»—«Mira la de Sástago: la capota es más ancha que la de la Reina.»—«La sombrilla es preciosa.»—«Con puño de marfil.»—Y así por este estilo cotorreaban todo el tiempo que tardase en arrancar el coche, con la ansiedad de quien estudia un modelo para ajustarse á él hasta donde pueda.

Quien viere en el Retiro á dos señoritas, hija la una de un magistrado con diez retoños, y heredera la otra de un título con veinte mil duros de renta, al pronto las tomará por hermanas. El mismo sombrero, el mismo corte de ropa, la misma sombrilla; y, sobre todo, el mismo aire cándido y desdeñoso, el mismo saludo apretadito y oblicuo. Analizad bien, sin embargo, esas dos figuras tan semejantes, y veréis que se asemejan como la reproducción galvanoplástica á la moneda de viejo cuño. Los vestidos se parecen en la forma; pero en el uno se ve la tijera del modisto célebre, en el otro el laborioso arreglo hecho á la luz del quinqué de familia. El andar y los modales no son más que remedo infeliz: en la niña de la clase media hay cierta timidez, y al par cierta tiesura y afectación, que no puede desterrar nunca, porque la seguridad y la soltura que da una posición brillante son inaccesibles á quien no la posee, ni puede reemplazarla con una educación escogida y una cultura vasta y apacible. Ese azoramiento—que no es sino el temor de aparecer ridícula, falta de la serenidad necesaria para no intentar salir de su verdadero puesto—es lo que delata á la mujer de la clase media en ciertos círculos sociales.

El afán de imitar á la aristocracia demuestra en la burguesa falta de independencia y energía. Se me dirá que más vale imitar á las condesas y duquesas que á las *cocottes* y á las actrices, como sucede en París. Yo afirmo que toda imitación me desagrada, y que si aquí no se copia á las mujeres de mal vivir, ni á las comediantas (y líbreme Dios de confundir ni por un segundo á éstas con aquéllas), es porque entre nosotros no despiertan la curiosidad que en París. Esto se demuestra con leer la prensa diaria. Ningún *reporter* informa al público de cómo vive, come y se adorna la querida del duque de X ó del

banquero Z; ni rompe la penumbra en que envolvieron su existencia al salir del escenario la Mendoza Tenorio ó la Boldún. En cambio, nos enteran puntualmente de los trajes, alhajas, dichos, pensamientos, comidas y viajes de las damas aristocráticas.

En España las actrices — al menos de veinte años á esta parte — viven oscurecidas, con modestia, con regularidad, sin asomos de alarde bohemio ni de excentricidad artística. Es muy común que al casarse renuncien á la profesión y se dediquen por completo á las tareas y los deberes del hogar, lo cual, si no es censurable, demuestra que carecían de la chispa genial y ardorosa que constituye la vocación verdadera. Acaso se relacione con esta tibieza la decadencia del arte escénico y la deficiencia cada vez mayor de buenas comediantas, que hace casi imposible la creación de papeles femeninos *hondos* en el drama contemporáneo, y de que tanto se lamentan nuestros dramaturgos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



# LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA.



## I.

### LA METAFÍSICA.

**C**ASI tiene razón *Clarín* cuando asegura que el Sr. Valera y yo nos hacemos los tontos; y ya me voy convenciendo de que, en vez de hacernos, lo somos.

El Sr. Valera sostiene que la metafísica y la poesía son dos cosas completamente *inútiles*; y yo trato de probar que la metafísica y la poesía son las dos únicas cosas verdaderamente *útiles*. ¿Cuál de nosotros dos hace aquí el papel de tonto?

Y véase por qué razones tan fútiles declara el Sr. Valera la inutilidad de la metafísica y de la poesía:

«Es menester (dice) que en mi casa se trate de la cocina, del lavado y planchado de la ropa, de los muebles, de todo lo tocante, en suma, al gobierno doméstico; pero ¿que necesidad tiene nadie, ni en mi casa, ni en ninguna casa, de hablar en verso, ni tratar de metafísica?»

Discurriendo así, y suprimiendo ahora gran parte del proceso de mi discurso, á fin de no cansar, vine yo á inferir que la metafísica es ciencia *inútil* y arte *inútil* la poesía.»

Es claro que *discurriendo así*, tiene razón, pero como el discurrir así es un mal modo de discurrir, resulta que el Sr. Valera, que es tan célebre por lo terso de las pecheras de sus camisas, que sirven de espejo hace cuarenta años á toda la diplomacia europea, como por las catilinarias que escribe contra la metafísica, ignora que si su planchadora no tuviese filosofía no podría manejar las planchas sin quemarse los dedos, y sin principios de estética no podría dejarle las camisas tan blancas como el ampo de la nieve. En su casa, como en todas, el que cante tendrá que hacerlo en *verso*, y el que haga la cocina en prosa tendrá que poner en práctica una teoría culinaria, aprendida ó inventada, con la cual compondrá esos guisos ideales que el Sr. Valera y yo tanto hemos celebrado recientemente en la mesa de los Sres. de Cánovas del Castillo. Créame el Sr. Valera: la metafísica *instintiva*, los órganos cerebrales de *percepción* y *causalidad*, como dicen los frenólogos, bastan y sobran para que le planchen bien las camisas, le proporcionen muebles cómodos y le aderecen huevos con todas las variedades de que habla la fábula de Iriarte; pero es menester que no olvide que, si bastan estas reglas de filosofía *prístina*, que se entiende por *gramática parda*, para vivir según la naturaleza, es necesaria la filosofía *escrita* para llevar el orden á las esferas de lo ideal, porque, de lo contrario, resultan vacíos de sentido todos los ramos del saber humano. Por ejemplo: á la carencia de principios generales se debería en la abogacía la degradación de la noción del derecho, sustituyéndola por una páfida esgrima de pro-

cedimientos; la crítica, sin filosofía, se convertiría en difamación disimulada, y las saetas que lanza llevarían delante la ira y detrás la envidia. En literatura, suprimida la perspectiva trascendental, se perdería la idea del lejos, y todo sería limitado, pequeño y vulgar.

Mirando volar un águila, me decía una niña: «Mira una mariposa». Es natural; no sabiendo apreciar las distancias, como le sucedía á la niña, todas las águilas nos parecen mariposas.

«Macaulay, escribe el Sr. Valera, el sensato é ilustre Macaulay, no es menos adverso á la filosofía especulativa, á la metafísica, cuya inutilidad proclama. En suma, todo el ensayo de Macaulay, en elogio de Bacón, es una diatriba contra la filosofía especulativa, no se puede negar, muy chistosa, pero fundada en la inutilidad de la filosofía.»

¿Y quién era el sensato é ilustre Macaulay?

¡Ah!, sí, ya lo recuerdo: era un escritor caprichoso, filósofo á veces, y poeta de cuando en cuando, que juzgaba á Petrarca, á Byron y á otros grandes poetas como un pedagogo puede tratar á los niños de la escuela. ¿Y con qué derecho se tomaba Macaulay esos aires de autoridad científica? Con ninguno. Como él despreciaba la metafísica, y no escribió ningún sistema de filosofía, se quedó siendo un crítico á la buena de Dios, que acertó en algunos juicios por casualidad, como todo el que se deja guiar sólo por su instinto, y no por la ciencia.

¿Y quién duda que el instinto, lo que el Sr. Valera llama la metafísica *irreflexiva*, puede realizar actos de perfecto sentido práctico, como acontecía con Macaulay? Hace pocos días vi en el paseo del Retiro un perro, que, después de comer unas hierbas, se tendió á dormir la siesta, poniendo el cuerpo al sol y la cabeza á la som-

bra. Este animal me pareció tan sabio como el gran Boerhaave, cuyo sistema higiénico se reducía á lo siguiente: «Tened el estómago limpio, los pies calientes y la cabeza fría, y reíos de los médicos».

Entre los animales no hay tontos. Los tontos son los racionales que, hablando, argumentan mal; ó que, escribiendo, son unos pésimos traductores de las leyes del pensamiento.

Los grandes estadistas, al realizar sus grandes actos históricos, suelen ser unos malos copistas de la moral de los personajes de las fábulas de Esopo. Obran la mayor parte de ellos dejándose guiar por el instinto, como los animales, y hay que dar gracias á Dios cuando lo tienen tan claro como los héroes del insigne fabulista.

¿Qué eran los grandes hombres de la Revolución francesa más que unos metafísicos en bruto?—Robespierre era un filósofo instintivo feroz, y cuando escribió, ó realizó, su filosofía, creando el culto de la diosa Razón, resultó ser un mal copista que trasladó las reglas de la conciencia sin exactitud y sin racionalidad alguna.

Y dice el Sr. Valera:—«Si por metafísica hemos de entender ciertos principios fundamentales que se tienen por inconcusos, ó lo son, y sin los cuales no se concibe sociedad humana, ni civilización, ni leyes, ni derechos, ni deberes, ni moralidad, ni orden, la metafísica, lejos de ser inútil, es útil, es necesaria, es indestructible, es condición *sine qua non* de la vida social de nuestro linaje; pero esta metafísica, es instintiva, es irreflexiva, natural y espontánea.»

Estoy asombrado de lo tarde que ha descubierto el Sr. Valera que el instinto es una metafísica embrionaria. ¿Cómo no ha notado hasta ahora que, aunque nunca hayan leído una aritmética escrita, las cocineras que el se-



ñor Valera ha tenido para lo que él llama el *gobierno de la casa*, jamás se han dejado engañar por los astutos revendedores de las plazuelas? Y ¿por qué? Porque todos los seres, incluyendo á sus cocineras, están dotados de una *ciencia infusa* que empieza en el animal como *instinto* y acaba en el hombre como *razón*. Se piensa y se repiensa. El pensar natural, que no pasa de *instinto*, repensando, produce en el hombre la *reflexión*. La metafísica consiste en pensar sobre el pensamiento, y al declarar el Sr. Valera su inutilidad, hace retroceder al hombre hasta la categoría de mono sabio, que aunque hace cosas de *entendimiento*, no sabe hacer cosas de entendimiento *entendido*. Y gracias á Dios que, por fin, se ha convenido el Sr. Valera de que la metafísica, no sólo no es *inútil*, sino que es de *necesidad absoluta*. Si la metafísica la constituyen el conjunto de las leyes del *entendimiento*, ¿qué más da que esté escrita, ó que esté sólo pensada? Escrita es una guía exterior, y pensada es un gobernalle interno. Pero, escritas ó pensadas, las leyes del pensamiento son metafísica pura, y esta duda del Sr. Valera me recuerda la confusión del gallego que decía: «Á mi todos han dado en llamarme *Pepe*, y yo me llamo *José*».

Se pregunta el Sr. Valera á sí mismo:— «¿Tengo yo, ó sé yo filosofía? Y si la tengo, ¿de qué me sirve? ¿He cuidado mejor de mi hacienda, he adelantado más en mi carrera, he ganado mucho dinero con mi filosofía?»—Sí, señor; además de que el Sr. Valera sabe todas las filosofías que se practican, aunque no se hayan escrito, como sucede, según él dice, «en Rusia, en Polonia, en Hungría, en Turquía, en Portugal y en España», tiene en el cuerpo la metafísica *inexplicada*, que no necesita explicación; el instinto enseñado por la experiencia y agrandado por el hábito. Guiado por esta metafísica, que el Sr. Valera

llama *natural*, se ha lanzado al mundo desde pequeño, y ha sido embajador, consejero, comensal de muchos príncipes de la tierra, y ha gastado en comer, beber y vestir más millones que los que ha amontonado el legendario Cresos. Ya ve el Sr. Valera cómo con su filosofía, unas veces escrita, y otras sólo pensada, *ha cuidado bien de su hacienda, ha adelantado en su carrera y ha ganado muchísimo dinero*. Y después de todo esto, ¿todavía ¡el ingrato! llama á la metafísica una ciencia *inútil*?

La metafísica instintiva, aplicada con lealtad á los hechos, da lo que se llama el *sentido común humano*, y si se injerta en el egoísmo, da el sentido común inglés, que era el del sensato é ilustre Macaulay.

Es verdad, es verdad; hay una metafísica natural que obra por instinto, y otra escrita que suele ser artificial, porque está mal traducida del pensamiento.

De todo lo cual se deduce, que la metafísica de los ignorantes puede ser más acertada que la metafísica de los sabios.

Richelieu y Cisneros han solido obrar por medio de una metafísica instintiva con tanto acierto como el asno que, viendo un portillo abierto, se mete á pacer en el cercado ajeno.

Yo sé de un general que decía: «No quiero cabos que sepan escribir». Éste militar, creía, sin duda, como Rousseau, «que el hombre poco instruido es un animal depravado».

Recordándole á un alcalde del Maestrazgo que cuidase mucho de la instrucción primaria, contestó: «Pero señor jefe, si en el pueblo no hay más hombres de bien que los que nunca han ido á la escuela». Aquel alcalde presentía también que la instrucción incompleta, en vez de aclarar el entendimiento, lo perturba.

¿Quién duda que el raciocinio, aceptando premisas falsas, suele equivocarse, y que el instinto se equivoca pocas veces?

Y dejando el asunto de la inutilidad de la metafísica, vamos á la cuestión de la inutilidad de la poesía, si es que puedo hallar medio de apoderarme de los argumentos del Sr. Valera, pues en su alfarería literaria no hay por donde coger los objetos que fabrica, porque todos los hace lisos, redondos y sin asa.

## II.

### LA POESÍA.

—«¿Por que lloras?» le preguntaban á un niño afligido, y el niño contestó:—«Porque cuando cierro los ojos, no veo nada.»

Lo mismo le pasa al Sr. Valera en esta polémica; se enfada conmigo, porque cierra los ojos y no ve nada.

Pero sigamos:

Algunos socios del Ateneo, presididos por el Sr. Valera, han dado muerte verbalmente á la poesía, como la guillotina puso fin materialmente á los pensamientos de Andrés Chénier.

Comprendo la guerra á los metafísicos y á los poetas por los que no tienen ni sentimientos ni ideas. Hacen bien en pedir que desaparezca la forma poética todos los que (con perdón sea dicho) no pueden ser admitidos en la sociedad de las musas, ni siquiera en clase de lacayos distinguidos. Pero el Sr. Valera, que es poeta siempre, y buen metafísico á ratos perdidos, es demasiado gene-

roso al cubrir á sus apadrinados con su manto real de escritor incomparable, diciendo: «No se revuelva V. contra mí, porque yo disto mucho de contarme entre los que vaticinan con acento ominoso la próxima muerte de la poesía, por lo menos, *en metro*. Yo he proclamado sólo en son de elogio su *inutilidad* sublime, así como la mayor inutilidad *de la metafísica*».

¡Qué falta de franqueza, mi querido Valera! Declárese V. vencido, y decídase á confesar que la metafísica es el alma de las obras literarias, y la forma poética su traje de los días de fiesta.

El que escribe bien en prosa no hace más que lo que debe; pero escribir bien en verso es realizar una maravilla.

El verso es un arte, y la prosa un oficio.

Los versos se agarran á la memoria de las gentes como los recuerdos de las personas queridas, y, sean aquellos tristes ó alegres, son siempre inolvidables, como los sonidos de las campanas de nuestra aldea.

Horacio, que era un poeta más genial que grande, con su infinita gracia ha colgado las chucherías escépticas de sus pensamientos de las orejas de la humanidad, y siempre que escucho á algún prosista recitar sus sentencias rimadas, me parece que oigo decir al poeta latino: «Este es un prosista que por vanidad poética se pone aretes como los salvajes del desierto».

Dice el Sr. Valera «que tiene más aficionados la prosa que el verso». Naturalmente; como que para apreciar lo segundo es menester entendimiento, y para lo primero basta con tener entendederas. La prosa se habla con la facilidad con que se hace uso del aire que se respira.

Pero pregunto al Sr. Valera: ¿Qué hay, no diré de común, pero ni siquiera de semejante, entre el arte de es-

cribir versos y la función fisiológica de hablar en prosa?

En el artículo anterior habíamos quedado: primero, en que la prosa no es arte, pues es una operación material, como el canto del mirlo; segundo, en que el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto.

En verso se suele escribir con perfección absoluta. En prosa sólo se puede escribir bien relativamente, sobre todo en un idioma como el español, en el cual la libertad de sintáxis raya en la anarquía. Decía Enrique Heine «que la poesía, traducida en prosa, es como un rayo de luz envuelto en paja».

La prosa es inmejorable cuando llega á ser, por lo menos, soportable. En la prosa nadie sabe del todo bien lo que dice, y á veces, ni lo que se supone que se quiere decir. En los mejores prosistas la colocación de las palabras se hace por capricho, más bien que ajustándolas al orden lógico de los conceptos.

La prosa, que, además de carecer de conexión lógica, no tiene, como es muy común, ni ideas ni imágenes, queda reducida á un simple ruido con honores de gruñido.

La prosa es la cuesta abajo del arte; hoy los que pretenden hacer desaparecer la forma poética han condenado el ritmo; mañana suprimirán del todo la retórica; otro día la gramática; y acabarán por convertir la prosa en el léxico de la burra de Balaán.

Y llevando hasta el insulto el desprecio á la poesía, añade el Sr. Valera:

—«Pero, ¿no puede ser también que tal poeta lo sea porque no vale para lo útil ni para lo práctico, porque finge menospreciarlo no pudiendo alcanzarlo, como la zorra cuando deja las uvas que no están maduras? En este caso, el poeta es un infeliz, un ser lastimoso, que no vale para *sastre*, ni para *cavador*, ni para *peón de alba-*

*ñil*, ni para otro oficio, y se ha echado á poeta por no poder ser otra cosa.»

Dudo mucho que Virgilio, Horacio, Shakespeare y Calderón hayan sido poetas por no tener aptitud para ser unos destripaterrones. Pero, en último resultado, que se consuelen sus admiradores sabiendo, como yo sé, que los peores versos valen más que la mejor de las prosas, y que algún prosista acérrimo suele ser un poeta avergonzado de no haber podido servir ni para echar un par de herraduras al caballo Pegaso.

Habiendo asegurado yo que desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo no se ha escrito un solo verso de poeta, replica el Sr. Valera:—«Presumo que este aserto es chiste, paradoja ó humorada sin rima, y no me canso, ni canso á los lectores, citando, en contraposición á los versos que V. cita, versos tan buenos ó mejores de Quintana, de Cienfuegos, de Meléndez, de Jovellanos, de Gallego y bastantes otros que han florecido después de Quevedo.»

¿Conque no me cita ningún verso de poeta por no cansarse y no cansar á los lectores? Veo que no se puede luchar con el Sr. Valera, porque, á falta de armas conque herir, apela á la estratajema *de la fuga*, y nunca puede ser herido. Vaya en paz en su retirada, y casi me alegro que haya renunciado á hacer la prueba, por ser muy peligrosa para nosotros dos, pues podría resultar que él, ó yo, como les sucede á la mayor parte de los críticos, no sabemos lo que es un buen verso. Ya indicó Horacio que es frecuente que califique versos quien no acertaría á decir en qué se diferencian los buenos de los malos, ni tal vez el verso de la prosa. Conque dejemos la cuestión sin resolver, por miedo á que el Sr. Valera y yo, y todos esos críticos que no saben ver la prosa en la poesía ni la poesía

en la prosa, nos veamos precisados á repetir aquel diálogo tan conocido: «V. y yo somos condiscípulos.—Pues ¿en qué universidad ha estudiado V.?—¿Yo? En ninguna.»

El Sr. Valera, empujado por su ángel bueno, que es un ángel casi más complaciente que el mío, corre á escape por esa senda de flores que siguen todos los que empiezan por jóvenes de lenguas, y en su vertiginosa carrera no se ha detenido un solo instante á asomarse á esos abismos de dolores de la literatura moderna, y cree que todas las obras poéticas deben ser églogas de Dafnis y Cloe.

Juzgando al duque de Rivas, dice el Sr. Valera: «*La vuelta deseada* y *El sombrero* se parecen á ciertas leyendas extranjeras, como *Evangelina*, de Longfellow, y *Hernán y Dorotea*, de Goëthe, y á esto que ahora llaman *Pequeños poemas*, si los pequeños poemas tuviesen *más acción y menos tiquis-miquis filosóficos y archisentimentales.*»

Este ataque personal que me dirige el Sr. Valera lo entrego, en justa venganza, al juicio del público, para que éste vea que el Sr. Valera no se ha enterado todavía de lo que son *pequeños poemas*, pues los confunde lastimosamente con los *poemas pequeños*.

Todo pequeño poema ha de responder afirmativamente á estas tres preguntas: ¿Tiene naturalidad? ¿Tiene argumento? ¿Tiene objeto? Los poemas pequeños que cita el Sr. Valera, ¿tienen naturalidad? Supongo que sí. ¿Tienen argumento? Sí. ¿Tienen objeto? Creo que no.

Desengáñese el Sr. Valera: por más que se burle de mis pretensiones, de llevar la filosofía á la poesía, ya Lessing demostró que la obra del arte consiste *en elevar lo individual á la categoría de lo general.*

No son las formas momentáneas, sino las formas abso-

lutas, las que aseguran la inmortalidad de las obras literarias.

En el arte se debe manifestar lo infinito por medio de lo finito, lo absoluto por medio de lo relativo, lo espiritual por medio de lo material, la forma arquetipo ó inteligible por medio de la forma exterior y sensible; y no insisto en citar al Sr. Valera más opiniones de otros autores célebres en defensa del agravio que me ha inferido, porque no crea que yo me puedo ofender con él, pues, además de quererle y admirarle mucho, ya le he dicho en otra ocasión que yo no presumo de poeta y que me contento con ser un humilde cosechero de esparto.

Por lo mismo que el género trascendental es difícil de comprender, hace mal el ser Valera en declararse partidario de Fernando VII, que condenaba á todos los que tenían «la fatal manía de pensar».

Considero que el género trascendental es el enemigo natural de los tontos, pues éstos, satisfechos con la expresión material y exterior del lenguaje, no llegan á comprender nada del sentido íntimo y figurado. Estos benditos de Dios no tienen bastante malicia para presentir que lo que se calla suele ser más importante que lo que se dice. La buena fe de estos miopes literarios no se hace cargo de las frases subrayadas por el pensamiento, ni de los rodeos estratégicos que el autor hace para decir lo indecible, ni de los cambios de postura que inventa para llamar su atención. Los partidarios de la lelez literaria, ni saben leer entre líneas, ni entienden nada de lo sobreentendido, ni conocen jamás cuándo la procesión va por dentro.

Y después de probar la utilidad incontestable de la metafísica y de la poesía, en el artículo venidero llegaremos á saber, ó mejor dicho, á ignorar lo que es la ciencia



moderna, que pretende *reemplazar* á la metafísica con una *ciencia más clara* y á la poesía con un *lenguaje más llano*, contando, como cuenta, para esto, con muchos de los grandes sabiondos de la banca, de la literatura y de la política, que, según dice el Sr. Valera, pueden servir para *sástres, cavadores, albañiles*, y otros oficios, y que motejan á los poetas de *copleiros*, pareciéndose en este calificativo á los niños de aldea, necios y mal educados, que llaman el señor Obispo «el tío que confirma».

CAMPOAMOR.



# HOLANDESES EN AMÉRICA

VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN DE OLIVERIO VAN NOORT  
Y SU DERROTA EN MANILA.

**L**os descubrimientos de los navegantes españoles que con el viaje de Juan Sebastián del Cano ó Elcano vinieron á enseñar la verdadera figura y dimensión de nuestro planeta y la riqueza que atesoraba el Nuevo Mundo, despertaron en Europa, durante el siglo xvi, una envidiosa fiebre de aventuras, una codicia general que se sobrepusieron á los preceptos de la moral y á los escrúpulos de la conciencia, lanzando al mar bajeles artillados, convirtiendo á los caballeros en piratas y á los soberanos en encubridores. Las expediciones de Drake, Hawkins, Cavendish y otras de ingleses, destinadas á despojar á los españoles en plena paz de lo que hubieran granjeado con su industria y valor, son conocidas entre nosotros, aunque todavía no estén en la historia referidas y comentadas como merecen; también superficialmente se han contado las de corsarios y piratas franceses, no menos crueles y sanguinarios en el teatro más estrecho de sus fechorías; mas no se ha hecho mención

:

de las singulares de los holandeses, que, apenas constituidos en Estado independiente, pusieron grande empeño en figurar entre las naciones marítimas, demostrando, al lograrlo, su aptitud y recursos. Paréceme, por tanto, que no carece de interés la noticia del primer viaje de circunnavegación que hicieron, encomendando la dirección y mando á Oliverio van Noort, marino de Utrecht, que había alcanzado reputación en nuestra guerra de los Países Bajos. El mismo escribió relación de la campaña, y aunque exageró sus merecimientos, y no fué tan amigo de la verdad como cumple á un hombre honrado, por lo que halagaba á la naciente República, tuvo el libro gran popularidad, juzgando por las ediciones que se imprimieron, los grabados con que se ilustraron y el precio abonado por algunos ejemplares de las primitivas (1). La *Mémoire bibliographique sur les voyages des navigateurs néerlandais*, de Tiele, Amsterdán, 1867, cita catorce ediciones holandesas de 1601 á 1764. La obra francesa *Recueil des voyages qui ont servi à l'établissement et aux progrès de la Compagnie des Indes orientales, formée dans les Provinces-Unies des Pays-Bas*, de que se hicieron dos ediciones, la última en Amsterdam en 1716, contiene la relación completa del viaje de Noort, de la cual se hicieron aparte otras dos ediciones francesas en 1602 y 1610. La edición alemana forma apéndice en la de Théodore de Bry, *Quinta parte de América*, impresa en Franckfurt en 1601, obra, por un ejemplar de la cual se han pagado últimamente 15,000 francos. En inglés se hicieron extractos en la *Complete Collection of Voyages* de John Hamilton Moor, tomo 1, pág. 45-47, y en los *Voya-*

(1) Titúlase una de ellas, *Description du pénible voyage fait autour de l'univers ou globe terrestre par Sr. Olivier du Nort d'Utrecht, général de quatre navires.... Imprimé à Amstelredame, chez Cornille Claessz, l'an 1602.* fol. con grab.

*ges de Robert Kerr*, tomo X, pág. 112-129. En español únicamente se habla de Noort en los *Sucesos de Filipinas* de D. Antonio de Morga, que es también libro raro, por lo que se relaciona con aquellas islas.



Antes de ser reconocida por España la independencia de las *Provincias Unidas* (1); el año de 1598, memorable por la muerte del rey Felipe II, formaron asociación ciertos negociantes de Amsterdam, con el propósito de traficar de contrabando en las costas de América de la mar del Sur. Solicitando la necesaria autorización del Consejo de Almirantazgo, les fué otorgada con determinadas condiciones, una de las cuales, dictada por la esperanza que el Gobierno abrigaba de conseguir en breve término la paz, fué que los individuos elegidos para la expedición habían de comparecer en Rotterdam y jurar individualmente la observancia de las ordenanzas redactadas por el Almirantazgo mismo con la sanción del príncipe Mauricio, especialmente la cláusula de no cometer hostilidad.

Cumplido este requisito, el 28 de Junio procedieron al armamento y equipo de dos naos grandes, nombradas *Mauricio* y *Henry Frederick*, y dos menores, *Concordia* y *Esperanza*, tripulándolas con 248 hombres. Oliverio van Noort, con nombramiento de capitán general, embarcó en la primera; por almirante iba en la segunda Santiago Claasz: el mando de las menores se confió á Pedro de Lint y Juan Huidecooper. Dieron la vela el 13

(1) Se declaró en 1609.

de Septiembre, haciendo escala en Plymouth, con objeto de tomar un piloto inglés que había hecho la campaña con Thomas Cavendish y estaba previamente contratado, y atravesando el Atlántico, llegaron en 10 de Diciembre á la isla del Príncipe, donde abandonaron á un piloto que se había insubordinado.

Tocando en Río Janeiro el 9 de Febrero de 1599, no hallaron la hospitalidad que esperaban; los portugueses les obligaron hostilmente á salir del puerto sin tomar los refrescos de que estaban necesitados, y tuvieron que arribar á la isla inhabitada de Santa Clara y desembarcar los enfermos de escorbuto, enfermedad que les había causado cinco muertos. Allí incendiaron el buque *Concordia*, que hacía agua; cambiaron este nombre al *Esperanza*; recorrieron los aparejos, haciendo tiempo para embocar el estrecho de Magallanes, y al salir condenaron á dos artilleros á quedar abandonados en la isla.

Por unas ú otras causas llevaban perdidos cerca de cien hombres en catorce meses empleados hasta llegar á la boca del Estrecho, y en este lugar aumentó los trabajos la indisciplina, encabezándola el almirante Claasz con síntomas de gravedad que corrigió la energía de Noort, aplicando su favorita sentencia. El 24 Enero de 1600 fué desembarcado el rebelde en la playa del Estrecho, dejándole algunas galletas que sirvieran á la prolongación de su agonía, si antes no caía en manos de los salvajes, que ya habían atacado á uno de los botes, matando dos marineros.

Sin otra ocurrencia notable, no refiriendo el sufrimiento de la navegación, desembocaron los tres buques en el Pacífico á los ochenta y cinco días, ó sea el 29 de Febrero, dirigiéndose á la costa de Chile, conocida del piloto inglés, con intención de desquitar lo pasado, pues,

como ha de verse, van Noort no estimaba en gran cosa la santidad del juramento:

El 14 de Marzo se perdió de vista entre la niebla el *Henry*, sin que jamás se haya sabido su paradero ; pero por de pronto creyeron en los otros buques que la separación sería momentánea, de modo que al descubrir una vela pocos días después, se dirigieron confiados hacia ella, hasta que muy cerca reconocieron ser bajel costero español. Sin vacilar lo atacaron y lo apresaron, gozando con alegría y sin tasa de las provisiones que constituían el cargamento. Llamábase el costero *Buen Jesús*, siendo de porte de 60 toneladas; el patrón Francisco de Ibarra y los españoles que conducía quedaron en libertad de volver á tierra, pero retenidos el piloto práctico de costa Juan de Sanaval, para utilizar sus servicios; dos negros esclavos y dos muchachos mulatos, que habían de reforzar de grado ó por fuerza la tripulación, cuyas bajas crecían por muerte natural ó frecuentes ejecuciones, como la del marinero Dircksz, arcabuceado en aquellos días por robar algunas galletas de la despensa.

Acercándose los buques al puerto de Santiago de Chile, entró van Noort por sorpresa con los botes el 28 del mismo mes ; tomó sin resistencia un barco que resultó estar cargado de sebo, y como no podía aprovecharse semejante mercancía, lo incendió, juntamente con otros de cabotaje descargados, prosiguiendo la navegación hacia el Norte en espera de mejores presas. Júzguese cual sería la emoción del holandés cuando vino á su bordo el oficial encargado del *Buen Jesús*, á participarle, con referencia á uno de los negros detenidos, que ese barcucho miserable conducía barriles con oro, que el patrón Ibarra había arrojado á la mar, viéndose perseguido, porque no lo aprovecharan los enemigos. Mal-

diciendo la suerte, hizo en seguida dar tormento al piloto y al otro negro hasta que el dolor les arrancó la confesión: el *Buen Jesús* había embarcado realmente 52 cajas pequeñas, conteniendo cada una cuatro arrobas de oro acuñado y además 500 barras de este metal, con peso total de 10,200 libras. Aunque asegurasen que el patrón había cuidado muy particularmente de que no quedara á bordo una sola barra, hizo van Noort que se registrasen los escondrijos, y todavía pareció en la litera del piloto una esportilla con una libra justa de la codiciada materia, cuya vista acabó de exasperar á los flemáticos piratas, acordándoles la fábula de la zorra. Y no era esto todo, pues declarando el piloto en el tormento que era sabido en el Perú el paso del Estrecho de los holandeses y que debían de haber salido del Callao tres buques de guerra á su encuentro, se desvanecía la probabilidad de sorprender otras embarcaciones ó puertos, que era á lo que iban, y podía resultarles cara la especulación comercial puesta en sus manos por la Compañía de Amsterdam. Adoptaron, por tanto, la determinación que en caso igual tomaron Drake y Cavendish, esperando que, como ellos, hallarían algún galeón de Filipinas en que resarcirse ampliamente, empezando por desembarazarse del *Buen Jesús*, que hacía mucha agua, y del pobre piloto, víctima sacrificada al despecho en el momento en que no era ya de servicio. La justificada causa de su muerte se consigna en el diario de Noort, en estos términos :

«El 30 de Junio, el General y su Consejo de guerra, sentenciaron al piloto español á ser arrojado al mar, porque comiendo en la cámara, y siendo muy bien tratado, se atrevió á decir en presencia de alguno de la tripulación que le habían dado veneno, porque se sentía enfermo. Tuvo aún la imprudencia de sostener semejante impostura



delante de los oficiales, y además, no sólo había pensado escaparse, sino aconsejado á los negros y á los muchachos que hicieran lo mismo.»

La ingenuidad de la declaración excusa comentarios; pónganlos, si gustan, los que en las llamadas historias americanas se dejan llevar de la pasión que por aquellos tiempos imperaba contra España. ¿Qué podrá decirse con más elocuencia que lo hace la decisión del tribunal marítimo holandés?

Ejecutada que fué, sin misericordia, abandonaron los dos bajeles la costa chilena navegando de conserva con rumbo á las islas Filipinas (1), hasta 14 de Octubre, en que descubrieron tierra, sin saber cuál fuera, y para cerciorarse fondearon, largando bandera española y poniendo á popa un marinero con hábito de fraile. Al reclamo de la primera acudió una canoa llevando un español, que dijo llamarse Enrique Núñez, domiciliado en la costa. Van Noort lo recibió muy bien, diciendo que los navíos eran franceses con comisión del rey de España para Manila y habiendo tenido navegación muy larga, durante la cual murió el piloto, habían arribado á aquel paraje, tanto con el objeto de reconocerlo como con el de proveerse de víveres, casi agotados. Contestó el recién venido que se hallaban en Bahía, unas ocho leguas al Norte de los Estrechos de Manila (2), y que procuraría que los indios llevaran á bordo arroz, aves y puercos, como así lo hicieron tan luego como regresó á tierra, si bien exigiendo el pago, pretensión que maravillaba á los comisionados de S. M.

(1) Obraron cueradamente, pues, según dijo el piloto, salió del Callao una lucida escuadrilla al mando de D. Juan de Velasco, en persecución suya. Corrió toda la costa hasta California sin encontrarlos, como que la habían abandonado ya, y en un temporal que sufrió dicha escuadrilla al regreso, zozobró la *Capitana*, pereciendo el General con toda la tripulación.

(2) El estrecho de San Bernardino probablemente.

El día siguiente pareció otro español, á quien se refirió la misma historia, y porque confiadamente enviara á bordo más vituallas, bajó á tierra con él un marinero que conocía la lengua, cosa no rara entonces por la frecuente comunicación con los soldados de los tercios de Flandes; mas he aquí que sin pensarlo se presentó el capitán Rodrigo Arias Jirón, que mandaba el distrito, y dándose á conocer, pidió con la mayor delicadeza y cumplido al General que exhibiera sus despachos. Van Noort mostró los que tenía del príncipe Mauricio, y no habiendo ya medio de disimular, notificó al capitán que era su prisionero hasta tanto que volviera al buque el marinero, y para pirata harto caballerosamente procedió no exigiéndole encima rescate en provisiones, bien que pensara adquirirlas á mejor precio, anticipándose á coger una embarcación del país, que incendió después de trasbordar el arroz que conducía, y de retener dos indios prácticos.

Desde el Estrecho fueron á fondear al Oeste de la isla de Capul, en una bahía arenosa en que se veía población, pero avisados los habitantes la abandonaron, y aunque desembarcó la gente, no halló cosa de provecho, antes por pérdida faltó un marinero inglés, que se supuso cogieron prisionero, y se tiraron al agua huyendo los dos indios prácticos. Por mayor contrariedad, tomó de noche el bote que estaba por la popa uno de los negros cogidos en el *Buen Jesús*, y también escapó, con lo cual, «persuadido el General *de la ingratitude* de estas gentes, para las que nada significa el buen tratamiento, mandó se le saltaran los sesos con un arcabuz al otro negro (1). Disparó á seguida los cañones sobre las casas del pueblo, y

(1) Textual en la relación de van Noort.

como no hicieran efecto las balas, volvió á desembarcar con treinta y dos hombres armados, las incendió, lo mismo que las de otros cuatro ó cinco pueblos recorridos, sin encontrar á los desertores, ni á la gente del país; sin procurarse tampoco comestibles.

Visto que nada se agenciaba por aquel sitio, dieron la vela el 1.º de Noviembre, hallando mejor suerte en la mar con la presa de una canoa de que retuvieron á los indios por prácticos, y de un bote con cuatro españoles, medio barril de pólvora y balas, *refuerzo* que enviaban las autoridades de las islas á Soubón (¿Joló?) para castigar las depredaciones que las gentes de allá habían cometido.

El día 7 apresaron un buque chino de unas 120 toneladas, de los llamados champanes. El patrón hablaba portugués, y fué de gran servicio á los holandeses con la información de lo que más podía interesarles. Díjoles, entre otras cosas, que el puerto de Cavite estaba defendido por dos fuertes que no tenían cañones ni soldados; que no había ningún buque de guerra; que cada año iban de China unas 400 embarcaciones con sedería y otros efectos de valor que cambiaban por plata acuñada; que en todo el presente mes se esperaban dos barcos del Japón con harina y provisiones, y que en la bahía se hallaba una islita llamada Maravilla (1), situada á 15 leguas de la capital, con buen fondeadero, donde podrían ponerse al acecho sin temor alguno.

Con tan buenas nuevas, que la imaginación interesada traducía por el henchimiento de la bodega sin riesgo ni trabajo, pensando acaso que entrarían en Amsterdam con las velas forradas de seda, como en Londres lo había hecho Cavendish y buen lastre de pesos duros, se situa-

(1) Mariveles, sin duda, aplicando este nombre á la isla del Corregidor.

ron de apostadero, interceptando diariamente las embarcaciones del país que iban á Manila con aves ó frutas, bien con los botes ó con la *Concordia*, que se ponía á la vela cuando era necesario. Tanto era el contento en que vivían, que van Noort tuvo la insolencia de escribir al gobernador, anunciándole el honor de su visita. No todo sucedía, sin embargo, á medida de sus deseos. Una noche cortó la amarra con que estaba por la popa el champán chino apresado, desapareciendo con los cinco holandeses que lo custodiaban, que serían degollados. Consigna el diario que los chinos que se hallaban en el *Mauricio* hicieron mucho ruido, protestando ser ajenos á la jugarrera de sus compañeros, mas no dice qué determinación se adoptó con ellos, aunque no es necesario, conocidos los procederes de van Noort con aquellos ingratos á quienes tan bien trataba.

El día 21 cayó en su poder otro champán chino casi nuevo, aunque sin gente, que tuvo tiempo de huir á la costa, y el 24 el barco japonés cuya llegada se esperaba. Como se ve, no cuidaban los holandeses de distinguir banderas ni nacionalidades, á fuer de piratas verdaderos; con todo, por esta vez dejaron seguir su viaje al japonés contentándose con tomarle 29 cargas de harina, 8 de pescado seco, algunos jamones y un ancla de madera con su cable, teniendo la generosidad de darle en cambio tres mosquetes y algunas piezas de tela.

Aquí dejo por ahora el diario de van Noort, con objeto de condensar lo que ocurría en Manila, según contexto de los documentos españoles de la época.

Á fines de Octubre de este año de 1600 llegó á la capital un buque costero procedente de Camarines, anunciando la aparición de los dos extranjeros armados, cuyo jefe, diciéndose amigo de los españoles, con comisión del

Rey y á favor de cartas fingidas que había presentado para el Gobernador de las islas, obtuvo refrescos. Poco después llegó el negro que había escapado en la isla de Capul y el marinero inglés cogido por los indios, averiguándose por ellos la verdadera historia de los piratas desde que salieron de Amsterdam con patentes y despachos del príncipe Mauricio de Nassau, que no autorizaban semejante campaña. Que la *Capitana*, buque sólido, armado con 24 cañones de bronce, de cuchara (1), era uno de los que concurren el año de 1596 á la toma de Cádiz con los condes Essex y Luis de Nassau, y tenía al presente 100 hombres; el otro, mandado por el capitán Lambert Viesman, de Rotterdam, montaba 10 cañones, quedándole 40 tripulantes. Sabían que en las Filipinas no había galeras ni otro bajel de guerra; estaban informados del próximo arribo del galeón de Nueva España con la consignación de dos años, y se proponían capturarlo, así como también los buques del comercio de China que se presentaran, para dar la vuelta á su país *con las manos bien llenas*.

La previsión no es de las condiciones que sobresalen en el carácter de los españoles, y en punto á defensa y socorro ha llegado á ser tradicional su parsimonia; pero aun dentro de lo normal, nunca se había hallado el archipiélago filipino tan desprovisto de recursos; los escasos bajeles y soldados que contaba, estaban empleados por entonces en castigar á los moros de Mindanao y Joló, teniéndolos á raya, y las cajas reales se hallaban vacías, como de ordinario acontece. No habiendo otra cosa mejor que hacer, determinó por de pronto el gobernador D. Francisco Tello, enviar capitanes—que de esto no

(1) Esto es, que se cargaban por la boca.

faltaba—por la costa, encargándoles la organización militar de los indios y la resistencia al desembarco en las principales poblaciones. Después convocó la junta de autoridades, pintando el estado de la situación irremediable, si con generoso impulso no acudía el vecindario; y como fuera evidente que de no alejar al enemigo cumpliría su designio arruinando el comercio, nadie se hizo sordo al llamamiento, y se arbitraron fondos con que fortificar el puerto de Cavite, resguardando de un golpe de mano los almacenes y pertrechos navales existentes, y armar si era posible algún barco mercante.

Lo de Cavite se encomendó á D. Antonio de Morga, oidor de la Audiencia y hombre de letras más que de armas, pero de respetabilidad y buena opinión; así, como Dios le dió á entender, reunió 150 hombres armados con mosquetes ó alabardas, hizo trincheras con tablas y tierra, situó en la playa doce cañones de bronce de mediano calibre, y en la boca del puerto dos culebrinas de mucho alcance, concentrando tras estas defensas las embarcaciones que había en la bahía, salvo algunas barcas ó canoas ligeras destinadas á permanecer á la vista del enemigo, y dar cuenta de cualquier movimiento. Entre dichas embarcaciones, ninguna se halló susceptible de armamento; las dos mejores eran una galizabra empezada á construir, y un patache de Cebú, que varado en el astillero se carenaba. En cualquiera otra ocasión nadie hubiera pensada en ellas; ahora en lo que no se pensaba era en inconvenientes, y era de ver al pueblo entero trabajando día y noche, arrancando las rejas de las casas para forjar herrajes, cosiendo velas, arreglando picas, y acopiando víveres. Con tal actividad se anduvo, que á los treinta días estaban en el agua los dos barcos, y se montaban á cada uno once cañones de pequeño calibre.

Todo este tiempo se aguantaron pacientemente los holandeses en la isla del Corregidor, en espera del suspirado galeón: interceptaban las canoas ó embarcaciones pequeñas de otras islas, que, ignorando su presencia, entraban en la bahía; mas como á ninguna se consentía salir, llegaron á sospechar que el puerto estaba defendido, y por ello no se aproximaron; no les ocurrió remotamente que hubieran de improvisarse naves de combate.

Cuando los preparativos tocaban el fin, ocurrieron los mayores tropiezos, porque no habiendo quien estuviera á sueldo del Rey, los vecinos, y aun algunos capitanes particulares, no se prestaban voluntariamente á una empresa en que nada se iba á ganar, si no fuera algún agujero en el pellejo, y los últimos, sobre todo, no ofrecían sus servicios hasta saber quién era el jefe de la escuadra, considerándose cada cual con méritos superiores para serlo. Sabíalo el Gobernador, y titubeaba en la elección, ya que no podía ir en persona, como fuera su deseo, hasta que le ocurrió resolver la cuestión dejando iguales á los capitanes en la pretensión y valimiento, con la designación de general y jefe superior del oidor don Antonio de Morga, significado ya con los trabajos de fortificación, pues si bien, como era de esperar, se excusó, alegando su carácter civil, obedeció el requerimiento presentado en forma por el secretario de Gobierno, ordenándole en nombre de S. M., y por su mejor servicio, que embarcara inmediatamente, procediendo á combatir los navíos holandeses.

Hecho público el nombramiento, según la presunción, acudieron sin reparo muchas personas principales á ofrecerse como soldados ó aventureros, y contando con los de la guardia personal que el Gobernador puso á disposi-

ción del General, con el capitán real D. Agustín de Urdiales, en ocho días se alistaron cerca de doscientos hombres, distribuidos en los dos buques. Morga eligió por capitana el patache llamado *San Antonio*, por ofrecer mayor comodidad de alojamiento al Estado Mayor, que se componía de D. Pedro Tello, sargento mayor; D. Juan Tello y Aguirre, capitán, ambos parientes del Gobernador, y Alonso Gómez, piloto mayor. Almirante fué nombrado D. Juan de Álcega, soldado viejo muy conocedor del archipiélago, y embarcó en la galizabra *San Bartolomé*.

Después de confesar y comulgar solemnemente desde el General al último grumete, dieron la vela de Cavite los dos bajeles el 10 de Diciembre de 1600, yendo á fondear en la costa de Mariveles en espera de noticias exactas de la posición del enemigo, que habían de llevar las canoas. Mientras tanto se formó el plan de combate, señalando puesto y obligación á cada individuo; se preparó la artillería, distribuyeron las armas, hicieron batayolas ó reparos, y el General puso por escrito las instrucciones del Almirante, encargándole la unión y fijándose con preferencia en el propósito de abordar ambos buques por un mismo costado el mayor de los holandeses, sin cuidarse del otro.

Poco después de media noche del 13, dieron la vela los buques, sabiendo que los enemigos se hallaban fondeados en punta Balaitegui, calculando amanecer á barlovento suyo. El viento era fresco del Nordeste, y á la primera claridad largaron las banderas de combate, desdenando el ardid de aproximarse inesperados.

Justo es, habiendo censurado la imprevisión y abandono del carácter nacional, que ensalce otras condiciones por ningún otro pueblo excedidas. Arrojarle á batir



uno de los bajeles más poderosos de aquel tiempo, dotado con marineros excelentes por naturaleza y curtidos en campaña de tres años, con pequeñas y endebles embarcaciones de comercio, montadas por comerciantes, trajineros é indios, y dirigidas por un letrado de oficio; atacar de frente sin temor ni cautela, son acciones de españoles, que no apreciará en todo su valor quien desconozca el arte de marear, aunque cualquiera entienda que se salen de lo vulgar.

Pudiendo reconocer los holandeses á los asaltantes á más de tres millas de distancia, no por la sorpresa de la vista dejaron de apercibirse á toda prisa, cortando las amarras, poniéndose á la vela, pasando al *Mauricio* una parte de la gente del *Concordia*, y rompiendo el fuego con los cañones de largo alcance. El *San Antonio*, sin contestar hasta el momento de estar al costado, abordó por estribor al primero, barriendo su cubierta con una descarga de mosquetes y arcabuces, é inmediatamente saltó un abanderado con 30 hombres, los primeros en posesionarse de la popa y castillo; acobardados los holandeses, se metieron en el entrepuente y bajo la proa, y el mismo van Noort pidió capitulación, dejando que arriba le tomasen la bandera y el estandarte del príncipe Mauricio, blanco, azul y naranjado, que tenía en el asta. Á este tiempo el almirante Álcega, que había de abordar simultáneamente, creyendo rendido el principal enemigo, pasó de largo á toda vela en persecución del otro, con lo que hizo van Noort caso omiso de la palabra, y animó la gente á proseguir la resistencia, disparando desde abajo cañones y mosquetes y guardando con picas las escotillas. Llevaba, sin embargo, la peor parte, y no debía de prolongarse la defensa mucho más de las seis horas que duraba, cuando saliendo por la popa llamas

que se elevaban hasta el palo mesana, ordenó el General la retirada de la bandera y gente, sin advertir en el calor de la refriega, que siendo su propio buque tan sencillo se habían abierto las costuras con el estruendo de la artillería y se iba anegando. Bien lo vió un P. Jesuíta que iba á bordo, y saliendo con un crucifijo en la mano, gritaba : «Vamos á ver, españoles, cuál es vuestro valor ; mirad que ésta es la causa de Dios ; morid como soldados de Cristo, y no seáis pasto de los peces ; mirad que entre los peligros que nos cercan, el menor es el enemigo ; que si perdemos un navío ganamos otro». (1) Á esta exhortación volvieron algunos al holandés, mas la orden del General y el pánico que las llamas causaban ahogaron la resolución, desatracándose las embarcaciones.

Van Noort aprovechó el respiro en sofocar el incendio y largar las velas de proa, únicas que no le habían inutilizado, y en tanto se fué á fondo el *San Antonio* tan rápidamente, que ni aun dió tiempo á que los soldados se desembarazaran de las armas. Algunos tomaron el esquiife que iba por la popa é instaron al General que se embarcara con ellos ; pero penetrado de sus nuevos deberes militares, no quiso dejar el bajel hasta el último extremo ; lo que hizo á ruegos de un criado, fué desnudarse, y al tirarse al agua llevó su bandera y el estandarte tomado á los holandeses, apoyado en una colchoneta que el mismo criado le proporcionó por estar henchida de materia flotante. Nadando cuatro horas, alcanzó el islote Fortún que distaba seis millas, adonde tuvieron la buena suerte de llegar algunos más. Los que no eran hábiles nadadores acudieron como más cercano al buque holandés pidiendo socorro, pero desde la borda los herían con

(1) Textual.

picas, como sucedió al capitán Gómez de Molina, que recibió un lanzazo, y aun con él ganó la tierra, muriendo por la pérdida de sangre.

Ascendieron las bajas por combate y naufragio á cincuenta hombres, muertos los más ahogados. De los principales fueron los capitanes D. Francisco de Mendoza, Gregorio de Vargas, Francisco Rodríguez y Gaspar de los Ríos que sucumbieron en el abordaje, y en el agua Juan de Zamudio, Agustín de Urdiales, Pedro Tello, Gabriel Maldonado, Cristóbal de Heredia, Luis de Belver, Alonso Lozano, Domingo de Arrieta, Melchor de Figueroa, el piloto mayor Alonso Gómez, el P. Fr. Diego de Santiago y el P. Jesuíta.

El General reunió en el islote Fortún la barca de su buque, la del holandés y una banca de indios; en las tres acomodó los heridos, saliendo por la noche para la costa, que tomó en la provincia de Balayán, á treinta leguas de Manila.

Alcega, causante involuntario del desastre, por afán de gloria, dió cara al *Concordia*, abordándolo con resolución y rindiéndolo, sin más pérdidas que un hombre muerto de arcabuzazo, otro que cayó al agua al saltar y algunos heridos. Pasó después á corta distancia del *Mauricio* sin molestarlo ni tratar de saber lo que había sido de su General, y llegó á Manila con la presa, en que se encontraron vivos el capitán Viesman y veinticinco hombres más, que sufrieron la pena de garrote por piratas. El Almirante fué arrestado, aunque no por el tiempo que mereciera su inobediencia.

Inserta el general y oidor D. Antonio de Morga en su narración los nombramientos, instrucciones y demás documentos oficiales de la expedición, comprobando la exactitud otra relación dirigida entonces desde Manila al

:

virrey de Nueva España, conde de Monterrey, que se conserva inédita en la Biblioteca central de Marina. Véase ahora la de Noort.

«En la madrugada del 14 de Diciembre, dice, se avistaron dos buques que en un principio parecieron fragatas, si bien al aproximarse se reconoció que eran bajeles grandes en son de combate; entonces se izaron las gaviatas y se preparó la artillería. Venía á vanguardia el general de Manila, que disparando la andanada, abordó al *Mauricio*, saltando parte de su gente en la cubierta con corazas, rodela y toda suerte de armas, gritando: *jamaina, perros, amaina!* Los holandeses se metieron bajo cubierta, dejándoles dueños del buque, como que venían seis ó siete contra uno, defendiéndose con picas y mosquetes. También venía encima el Almirante español; pero debió presumir que sus compatriotas habían ganado la batalla, y dió caza al *Concordia*.

»Todo el día estuvieron abordados los jefes; los españoles disparaban sus cañones y no se descuidaban los holandeses en responder, aunque cada vez menos por estar muchos heridos. Entonces bajó van Noort y amenazó con pegar fuego á *Santa Bárbara* si no combatían, animándoles de modo que hasta los heridos volvieron á subir. Al fin se apartaron los españoles, y á poco empezó á hundirse su buque, desapareciendo en un cerrar de ojos palos y todo. Se veía á los hombres tratando de prolongar la vida nadando y pidiendo misericordia; había lo menos doscientos, sin contar los que ya habían muerto. *Cuando descubrían la cabeza les pegaban los holandeses en ella y hundían cuantos podían.* En la cubierta quedaron dos cadáveres, uno de los cuales tenía un relicario de plata con papelitos de oraciones para obtener la protección de los Santos. Se vió á lo lejos al *Corcordia*, dán-

dolo por rendido, pues era buque endeble; no tenía más que veinticinco hombres, al paso que el español debía de pasar de 600 toneladas, como que los dos eran de los que hacen la navegación de Manila á México, y estaban armados con diez cañones y 500 hombres perfectamente instruidos en el manejo del mosquete y otras armas.

»Viéndose desembarazados los del *Mauricio*, orientaron el trinquete, puesto que la jarcia y maniobra del palo mayor había sido cortada; lo que más les alarmaba era el fuego que las continuas descargas habían inflamado en el combés, amenazando invadirlo todo. Consiguieron, sin embargo, apagarlo, y dieron gracias á Dios que les había librado de tantos peligros con el valor del General y de su gente. Hicieron rumbo á la isla de Borneo por reparar el buque, que no estaba en disposición de sostener otro ataque, contando siete muertos y veintiséis heridos. El 5 de Enero de 1601 salieron de esta isla; pasaron entre Java y Baly el 10 de Febrero; el cabo de Buena Esperanza el 24 de Abril, y fondearon en Rotterdam el 26 de Agosto, al cabo de tres años de viaje.»

Blumentritt (1) escribe: «Los españoles habían ganado una victoria, es verdad, ¡pero á costa de cuántos sacrificios!; 109 españoles y 150 indios y negros se habían ahogado ó habían muerto en el combate: también se hundieron para siempre con la embarcacion muchas piezas de grueso calibre y cuantiosas municiones. No obstante, la batalla se celebró como una gloriosa victoria; los españoles se creyeron indemnizados de sus pérdidas con la toma del segundo navío holandés, de cuya tripulación hablan caído vivos en sus manos veinticinco hombres, entre ellos el capitán Biesmann.

(1) *Filipinas*.—*Ataques de los holandeses en los siglos XVI, XVII y XVIII*; bosquejo histórico, traducido por D. Enrique Ruppert. Madrid, 1882.

» Como prueba de especial valor, ostentó el Dr. Morga la bandera de la almiranta de Noort, de la que se habían apoderado los españoles durante el abordaje. Los prisioneros holandeses fueron ahorcados en Manila como ladrones y piratas. »

Por otros conductos se sabe que Noort volvió á su país con las manos vacías y ocho hombres muy trabajados, y llevando el buque por única amarra el ancla de madera que tomó al japonés, y que por recuerdo colgó á la puerta de su casa.

Entre las láminas de su obra puso lo que representa el acto de hundir á los españoles que luchaban con las olas. Tan benemérita á la humanidad, tan útil á la ciencia y gloriosa á las armas de Holanda, fué la campaña toda de su circunnavegación.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

## EL ARTE JAPONÉS

### I.

**A**NTES de la Exposición Universal celebrada en París en 1867, puede decirse que era desconocido en Europa el arte del Japón, pues solamente podía apreciársele por las porcelanas que vendían los holandeses, por los trajes, sedas y lacas regaladas á los embajadores en aquel país, y por las noticias de los viajeros, entre los cuales Siebold era el único que había suministrado algunos datos acerca de las producciones artísticas. El certamen parisién abrió despejados horizontes al conocimiento positivo del imperio del Japón, pues en él figuraron selectas colecciones, formadas por una comisión japonesa con el propósito de poner de manifiesto las obras producidas por la naturaleza y por el hombre en aquel extraño y apartado país. Los artistas, las personas acostumbradas á apreciar el arte por su valor real, experimentaron en presencia de aquellas producciones artísticas, de tan original belleza, una impresión vivísima; algo semejante á la sorpresa de una revelación. Las piezas expuestas quedaron en Europa, como era de esperar; parte fueron ven-

didadas en París, y otras, las más raras, en Londres. En la época á que nos referimos, nació entre los europeos la afición á lo japonés, que no tardó en despertarse en América, á lo cual debió contribuir la Exposición Universal celebrada en Filadelfia en 1876, donde también figuró el Japón. Este país, por su parte, no sólo viene haciendo, desde 1867, una importación incesante de sus productos artísticos é industriales, sino que acude á todas las Exposiciones, deseoso de darse á conocer.

La afición á las cosas japonesas, si en un principio apareció bajo la forma de una curiosidad, poco á poco ha ido revistiendo los caracteres de un estudio serio. Los hombres de ciencia, influidos del provechoso eclecticismo que tanto ha ensanchado la esfera de los conocimientos humanos, comprendieron que en la historia del arte había un vacío respecto de los pueblos del extremo Oriente. Las personas dotadas de buen sentido artístico estimaban el arte japonés, buscaban y coleccionaban sus obras; pero no poseían datos para clasificarle; desconocían sus antecedentes históricos. Hacíase menester una obra docente que llenase esas exigencias naturales de los aficionados. ¿Pero quién podía escribir esa obra? Necesariamente, la persona que se lo propusiera tenía que ponerse en relación directa con los japoneses, y semejante propósito no era fácil que partiera de quien no fuese coleccionador. Algunos de éstos se han aficionado á las cosas japonesas, y las han coleccionado en el Japón mismo. Tal es el doctor Anderson, de Londres, que ha hecho allí larga residencia como profesor de la Universidad médica de Tokio, lo cual le ha facilitado el poder reunir una biblioteca de libros japoneses y formar una colección de pinturas; tales son el doctor Gierke, de Berlín, y el americano Fenollosa, miembro de la Academia de Kano,



ambos coleccionadores de pinturas. Estos tres sujetos están escribiendo, cada uno por su parte, una historia de la pintura japonesa.

Á estos coleccionadores se adelantaron los ingleses Andsley y Bowes, de Liverpool, escribiendo una obra sobre la cerámica japonesa, que se tradujo al francés en 1879, y cuyas láminas reproducen excelentes piezas de varios coleccionistas, entre ellos del mismo Bowes.

Pero la obra que hoy nos ofrece la historia del arte japonés de un modo completo, sistemático y científico, es la que ha escrito el coleccionista francés M. Louis Gonce, con el título de *L'Art japonais*, y que con tanto lujo como esmero publicó el editor Quantin en 1885. Es de advertir, que al propio tiempo que los europeos se interesaban por el arte japonés, en el Japón mismo se producía una corriente de aficiones artísticas, y hoy se cuentan entre aquellos indígenas muchos coleccionadores de pinturas; se escriben y publican manuales de historia de aquel arte, tratados didácticos y colecciones de estampas; y hay también muchos japoneses eruditos que están reuniendo datos, compulsando las obras existentes en los templos y en poder de particulares con las inscripciones funerarias y con los documentos contenidos en antiguas obras de los siglos XVI y XVII, para formar, como dice Gonce, un todo completo según nuestros métodos críticos. Entre estos eruditos japoneses se distingue Wakai, el organizador de la sección japonesa en la Exposición de París de 1878, autor de la obra titulada *Fouso Gouafou*, «Notas sobre la pintura japonesa», aún inédita; pero de cuyo manuscrito se ha servido Gonce para su obra. Á este Wakai y al americano Fenollosa se les considera hoy como los inteligentes más autorizados de las cosas japonesas.

Como puede apreciarse, en veintidós años, desde 1867

hasta ahora, el movimiento japonista ha tomado verdadera importancia, habiendo llegado á constituir una rama de estudios interesantes y provechosos.

Este movimiento no ha podido menos de trascender á las esferas oficiales; de suerte que ya, no sólo existen colecciones en los gabinetes de los aficionados, sino en los museos públicos: el Británico adquirió en 75,000 francos los libros y pinturas (de estos sobre 2,000) que trajo el doctor Anderson; el de Berlín compró en 45,000 francos la colección de pinturas del doctor Gierke; el etnográfico de Leyden posee unos ochocientos *kakemonos* (cuadros japoneses pintados en papel), reunidos por Liebold.

No sólo los eruditos, sino los artistas, los pintores, se han apasionado hasta tal punto de lo japonés, que han llegado á inspirarse en las pinturas japonesas para producir un *género* especial, el *japonismo*, cuyas obras ofrecen el partido, los efectos de perspectiva, las coloraciones y las tonalidades usuales en aquéllas.

## II.

Á muchos de nuestros lectores causará no poco asombro lo contenido en las anteriores líneas, y al saber el interés que ha despertado el arte del Japón en eruditos, artistas y gobiernos extranjeros, preguntará: ¿y en España no tiene también devotos? Semejante tendencia del gusto moderno era natural que trascendiera á los pintores de nuestra patria. Pocos *japonistas*, sin embargo, podríamos señalar aquí; pero sí bastantes aficionados, aunque entre ellos no se cuenta un sólo coleccionador. En cuanto á nuestros eruditos, todavía no han con-

cedido un momento de seria atención al arte japonés; y no decimos esto en son de censura, pues si aún no han hecho ese estudio nuestros eruditos, le harán seguramente algún día. Todo llega. España es el país, entre todos los de Europa, más conservador de las tradiciones clásicas del arte, más apegado á los moldes anticuados del gusto exclusivista de comienzos del siglo. Es muy cierto que aquí, donde se producen tantos pintores, hay una cultura artística muy escasa, deficiente, y, lo que es peor, en la mayoría de las personas, errónea. Aquí el conocimiento del arte no ha sido aceptado, por la generalidad, con los caracteres de estudio positivo con que hoy se difunde provechosamente por el extranjero. Es muy frecuente entre nosotros el considerar como inteligentes en materia de arte á las personas que poseen conocimientos generales, á los literatos, quienes aplicando á las artes del dibujo el mismo criterio que á la literatura, no ven en aquéllas digno de su atención más que el clasicismo en sus orígenes antiguos y en sus manifestaciones de la época del Renacimiento y del *neo-clasicismo*, y el *romanticismo*, de que suponen fórmula plástica la catedral gótica; conceden algún respeto á las obras arcaicas del arte cristiano y al árabe; desprecian lo egipcio y lo oriental, odian el *barroco* y miran con indiferencia la artes del extremo Oriente y de la América precolombiana. Es muy común en los escritos de las personas que profesan tan exclusiva estética el juzgar los monumentos y las obras de arte desde el punto de vista de los pensamientos poéticos que les inspiran, ó, cuando más, si son eruditos, el considerarlos solamente en relación con los hechos históricos que recuerdan ó de la época á que pertenecen. El valor intrínseco, único, positivo y real de las obras de arte, no le aprecian ni aun en lo clásico porque tanto abogan. De

aquí resulta, que, circunscribiéndonos al caso de lo japonés, mientras el vulgo y con él las personas ilustradas que se ocupan del arte, miran los objetos del Japón como artículos de bazar, como pacotilla del comercio, y todo lo más como objetos de adorno de dudoso gusto, los artistas y las contadas personas que sin prejuicios aprecian el arte sinceramente, como ellos, muestran predilección por dichos objetos.

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que muchos de los objetos japoneses que expende el comercio, entre los cuales suelen hallarse imitaciones ó falsificaciones que la mayoría de los compradores toman por auténticas ó no se les importa que lo sean, son verdadera pacotilla. Pero, como pasa en el arte de todos los pueblos y épocas, el japonés produce y ha producido obras selectas, dignas de la atención y el estudio que les han dedicado los sujetos antedichos, y que, lejos de desmerecer cuando se las compara con las obras de otros pueblos y épocas, revelan el genio, la originalidad y el buen gusto artístico del Japón; y estos méritos son los que no les reconocen los españoles ilustrados á que nos venimos refiriendo.

Sin embargo, seamos justos: no es sólo en España, donde, por causa de preocupaciones estéticas, se mira lo japonés como cosa inferior. El alemán Wilhelm Lubke, en su *Historia del Arte*, dice: «Entre los japoneses, como entre los chinos, la fantasía cae fácilmente en lo barroco y en lo feo». Y añade más adelante: «Los japoneses parecen tener disposiciones especiales para el dibujo y la pintura, cuya técnica poseen á fondo. Pero es en vano el buscar, sea en sus cuadros propiamente dichos, sea en sus lacas rojas y negras, tan maravillosamente ejecutadas, *la expresión de una idea, el menor soplo artístico*. Los asuntos están dispuestos en un ángulo, donde apare-

cen como una mancha, dejando ver la mayor superficie posible de aquel incomparable barniz. Es pura y simplemente procedimiento.» Mucho diríamos acerca de este modo exclusivo de juzgar el arte; pero preferimos circunscribirnos al asunto. El mismo Lubke declara que los japoneses dan muestra de poseer disposiciones especiales para el dibujo y la pintura, y con esta sola declaración dice bastante, pues mientras él busca ideas, sus ojos ven y admiran inconscientemente la superioridad real de los dibujos y de las pinturas japonesas. Esto es bastante. Sin embargo, queremos descartar de la cuestión nuestra humilde personalidad y oponer á las apreciaciones de Lubke, las siguientes palabras escritas por Gonce al frente de su citada obra: «Los japoneses son los primeros decoradores del mundo. Toda explicación de su estética debe buscarse en su instinto supremo de las armonías, en una subordinación constante, lógica, inflexible del arte á las necesidades de la vida, á la recreación de los ojos.... Nosotros hemos perdido insensiblemente el sentimiento del decorado y el sentido del color, mientras que los japoneses, hasta estos últimos tiempos, los han conservado intactos. De aquí que en sus creaciones más personales haya alguna cosa que nos desconcierte y que nuestro gusto bastardeado no comprenda sin esfuerzo. El honor, aún diré más, la gloria del Japón es haberse fijado en principios de un valor incomparable y haberse subordinado á ellos siempre y por doquiera, hasta en sus más extremadas fantasías, ¡y Dios sabe cuán prodigiosa es su imaginación!»

No faltará quien considere como proposiciones heréticas las ideas transcritas. Ya comenzamos por decir que los admiradores del arte japonés son los artistas y las personas que participan de su modo de ver y de sentir el

arte. También hemos indicado que este criterio no es el de la generalidad. Como la tradición artística de Europa es neo-clásica, cuantas manifestaciones artísticas antiguas ó modernas ofrezcan caracteres extraños á lo que tienen costumbre de ver los europeos, á éstos les parece inferior, feo y despreciable.

Hora es ya de que desaparezcan esas preocupaciones. Es menester confesar que algo han cedido, merced á los escritos de los arqueólogos, harto diversos de los escritos de los estéticos. Á la Arqueología del Arte se debe ese eclecticismo que ha sabido dar su verdadera importancia á los monumentos egipcios, á los asirios, fenicios, persas y á los del arcaísmo griego, de que no se ocupaban los historiadores del arte, ni aun los amantes del clasicismo antiguo. No vale hoy, en sana crítica, establecer comparaciones entre lo egipcio y lo griego del siglo v, por ejemplo; porque, reconocida la influencia que la situación geográfica, el clima, la condición étnica, las creencias, los elementos y circunstancias de la vida, han ejercido en los caracteres distintivos del arte de cada pueblo, sería cándido pedir que un egipcio hubiera sentido é interpretado la naturaleza en el arte por igual manera que un griego del tiempo de Pericles; y debemos advertir que no decimos esto para justificar la pretendida inferioridad del arte egipcio respecto del griego. Bueno lo hay en uno y bueno lo hay en otro; pero hay que juzgar de cada uno dentro de su estética especial.

Lo que sí cabe, y es provechoso, para bien comprender las semejanzas en el modo de apreciar y producir el arte, que se observan entre algunos pueblos, es establecer divisiones en las artes históricas, agrupando las que respondan á una misma tendencia. Explicaremos nuestra idea. Las artes europeas han buscado siempre sus efec-

tos en el claro-oscuro; las orientales en la contraposición de colores vivos. Á la tendencia del claro-oscuro responde el templo griego con su frontón, su pórtico y su columnata; responden la estatuaria griega y la romana, de que es hija la moderna; responde la catedral de los siglos medios, con sus ojivas, sus contrafuertes, sus pináculos, sus cresterías, sus portadas, sus caladas torres y menudas labores; responde, en fin, la pintura con sus mágicos efectos de luz. Por el contrario, en el arte egipcio y en el de los pueblos orientales, la contraposición de colores, que toca muchas veces en lo abigarrado, es la nota dominante; y este mismo prurito de buscar la contraposición de colores les ha dado un carácter esencialmente decorativo y ornamental. Dejando á un lado el arte bizantino y el árabe, que es el más ornamental de todos, y sus derivados, como el persa y el indio, vemos que en el extremo Oriente, donde más viva y pujante se nos ofrece la contraposición de colores, es en el arte chino y en el japonés. En todas estas artes, que pudiéramos llamar hieráticas, la pintura, mejor dicho la policromía, viene á ser la nota dominante, y aunque se trate de composiciones figuradas, de seres animados, las tintas son lisas, sin gradaciones que indiquen el relieve; todo el movimiento, la intención, la vida de las figuras, depende del dibujo. Por el contrario, en las artes europeas no se comprende la forma plástica ó figurada más que por medio de las medias tintas, el claro-oscuro, que da completa la idea de la vida. Bajo el sol de Europa se ve así el natural; bajo el sol de Oriente, quizá porque su viveza destruye las medias tintas, se ve del modo antes indicado.

Todo esto no pasan de observaciones hijas de nuestra humilde opinión y encaminadas á hacer comprender cómo la crítica de hoy juzga de las artes antiguas y ex-

trañas con un espíritu ecléctico que permite reconocer la verdadera importancia de esas artes y estudiarlas desde un punto de vista positivo, hartó más útil que el del exclusivismo estético.

Pero habiendo traído al lector hasta colocarle de buen grado frente á las artes del extremo Oriente, queda otro punto por esclarecer. La mayoría de las personas, aun las aficionadas á las artes, no distinguen lo chino de lo japonés. Esta confusión está disculpada por el aire de familia, por decirlo así, que ofrecen los productos de una y otra procedencia, que acusan desde luego un origen común. No hacen al caso noticias históricas de los dos países á que nos referimos para probar sus íntimas relaciones, su comunidad de creencias, de constitución social, de costumbres y de gustos; ni tampoco importa indicar sus diferencias en otro orden de ideas que las artes del dibujo. En éstas, los chinos se manifiestan convencionales y hasta empíricos al interpretar la naturaleza, amanerados y pobres de inventiva; son nimios en la ejecución, y medianos artífices en la técnica. Por el contrario, los japoneses interpretan la naturaleza acentuando mucho sus caracteres; son espirituales, elegantes y correctos en el dibujo; sus composiciones revelan prodigiosa fantasía, gracia é ingenio; tienen mucha soltura en la ejecución, y saben sacar mucho partido de los efectos de la técnica, que poseen admirablemente.

### III.

Al hacer las anteriores observaciones, parece que nos hemos fijado con marcada preferencia en la pintura, prescindiendo de las demás artes. Es porque en el Japón la



pintura resume todas las artes, á todas las domina, y su historia, como dice muy bien Gonce, vale tanto como la historia del arte japonés. La índole de este trabajo nos priva de hacer una exposición, siquiera fuese breve, de la obra de Gonce, para dar á conocer el proceso histórico del arte en el Japón. Por otra parte, nuestra tarea sería innecesaria, toda vez que la *Bibliothèque de l'enseignement des Beaux-Arts* ha puesto dicha obra al alcance de todo el mundo publicando un compendio de ella. Pero no debemos terminar sin ofrecer ante los lectores españoles algunas noticias que les den una idea de los caracteres, vicisitudes y particularidades del punto que nos ocupa.

El procedimiento empleado siempre por los pintores japoneses es la aguada con el color más ó menos espeso. Sus colores son mucho más brillantes que los europeos, y de una intensidad verdaderamente extraordinaria. Como no modelan con el color, sino con la línea, como aplican el color entero y por igual, desvaneciéndole solamente en algunos cielos, sus pinturas resultan dibujos iluminados; lo cual no quita para que mucha parte de los efectos esté conseguida por medio de la feliz combinación de colores de distinto valor. Suplen así el claro-oscuro, dando un carácter decorativo á sus obras. En cuanto al modo de dibujar, observa oportunamente Gonce que, dado que la escritura en cada pueblo es una forma del dibujo, así como nosotros empleamos para escribir y dibujar la pluma, es decir, un instrumento agudo, que produce un trazo rígido, duro, los japoneses, como los chinos, emplean pincel para escribir y dibujar, cuyos trazos son más blandos y delicados; y así como nosotros manejamos la pluma con la mano apoyada y los dedos extendidos, ellos llevan la mano al aire, con la muñeca inmó-

vil y los dedos engarabitados, de modo que la punta del pincel hiera perpendicularmente la superficie sobre que se quiera escribir ó dibujar. Por esta razón producen trazos de limpidez tan extraordinaria, manchas tan blandas y pastosas sin apegotar el color, transparencias tan suaves y ondulaciones tan delicadas. Según Gonce, puede darse como principio que los originales de los maestros se reconocen en el vigor y limpieza de las pinceladas, exelencias que en las copias aparecen desfiguradas por la flojedad del copista.

El cuadro japonés, ó sea la pintura destinada á ser suspendida de la pared para adorno de una habitación, es el *kakémono*, trozo rectangular de seda ó papel, encuadrado por tiras de tela lisa ó labrada, montado todo ello sobre una hoja de papel grueso que puede enrollarse sobre un cilindro de madera, que lleva en la parte alta, y que se mantiene tendido por el peso de una varilla que está pegada al extremo inferior. No hay casa del Japón, por modesta que sea, que no posea muchos *kakémonos*, que se desenrollan y se cuelgan para engalanar las habitaciones el día en que se espera la visita de algún amigo, y ordinariamente se conservan guardados en un sitio de la casa que se llama *tokonomo*. La indicada montura de seda de dichos cuadros suele ser muy lujosa, los dibujos que la adornan infinitamente variados, y de un color exquisito, que se armoniza maravillosamente con la pintura. Los *kakémonos* de alto precio tienen su estuche de seda que se encierra en doble caja.

Hay otra variedad de cuadro, el *makimono*, consistente en una tira más pequeña, pero más larga, que se desarrolla con la mano en el sentido de su longitud; viene á ser el *makimono* como el *volumen* de los romanos, y tal fué también la forma primitiva del libro en el Japón. No

se crea por lo hasta aquí dicho, que los cuadros japoneses vienen á ser como nuestras miniaturas y dibujos pequeños; aparte de que hay *kakémonos* bastante grandes, debemos decir que la pintura mural ha tenido en aquel país sus cultivadores, y que también existen cuadros de dimensiones tales que nada tienen que envidiar á los mayores de Europa. En la época del apogeo de la pintura japonesa, á fines del siglo xiv y comienzos del xv, floreció uno de los maestros del estilo primitivo, Meitshio, sacerdote de Kioto, autor de un célebre cuadro representando la muerte de Sakia, que se conserva en el templo de Tokoufoudji, en Kioto, y que mide 8 metros por 12: la firma del autor aparece bien legible. Según nos enseña Gonce, hasta Meitshio los procedimientos estuvieron encerrados en los estrechos límites de la miniatura, se empleaba el color espeso y se coloraba y modelaba á fuerza de paciencia. Así pintaba el célebre maestro Kosé Kanaoka, del siglo ix, con quien comienzan históricamente la pintura en el Japón, y así pintaban los artistas de la escuela de Tosa, que empezó en el siglo xiii, y cuyas obras dice Gonce que ofrecen un aspecto semejante al de los frescos bizantinos. Pero desde Meitshio, merced á la decisiva influencia china, los artistas pintaron, apuntando con trazos vigorosos dados con sobriedad, y se aficionaron á hacer improvisaciones decorativas con tinta negra, con lo que la escuela de Kano se hizo académica y se mantuvo como contraria á la de Tosa, en que la iluminación era el todo. La escuela de Tosa se distinguió por la grande fineza de pincel, por los colores claros, vivos y brillantes, por la incomparable habilidad en pintar minuciosamente los objetos, las flores, las aves; y es de advertir que sus cultivadores se aficionaron al empleo de hojas de oro en los fondos, con lo cual hacían resaltar los colores y

:

prestaban al conjunto de sus obras un esplendor decorativo no sobrepujado. Las escuelas Kioto, por el contrario, se caracterizan por la elegancia y precisión del dibujo y el arte de Yedó, que cuenta origen más reciente, por la amplitud, la valentía y la libertad de ejecución, y por un sentimiento del color y del efecto decorativo verdaderamente incomparables.

Hemos hablado de la influencia china. Todos los autores la han reconocido y han hablado de ella sobradamente. Es de notar asimismo otra influencia, de la cual se ocupó M. Duranty, y á la que Gonce da bastante importancia: la influencia del antiguo arte persa, que se dejó sentir primeramente en la India, y que el Japón parece manifiesta en ciertas formas decorativas y detalles ornamentales, y deja ver su huella en el dibujo de paños y extremidades de las figuras de la escuela de Tosa.

Las dos escuelas citadas se unieron en un estudio más sencillo, íntimo é ingenioso de la naturaleza; la vida tendió á reemplazar á la fuerza y á la grandeza de estilo, y al mismo tiempo apareció la escuela vulgar, que es, según nuestro autor, la forma más original y completa del espíritu artístico del Japón. El iniciador de la escuela popular es Jonassa Mataheï, que floreció en el siglo xvii, el cual pintó las gentes de su tiempo con sus trajes habituales, aldeanos, hombres y mujeres de clase baja, y sobre todo cortesanas, que por entonces ya se distinguían por su lujo, su elegancia y su educación literaria. Ejerció este artista mucha influencia; pero sus obras y las de sus continuadores son miradas por los japoneses con cierto menosprecio, por la falta de distinción de los asuntos. Las escuelas anteriores trataron asuntos religiosos, retratos, paisajes, animales, flores.

Los japoneses han tratado todos los géneros, y han de-

mostrado excepcionales condiciones para la caricatura. Su primer caricaturista fué un maestro del siglo XII, un innovador de la escuela de Tosa, llamado Toba Sojo, cuya influencia había de dejarse sentir poderosamente. Pero hay que advertir que Toba Sojo no siempre hacía caricaturas, sino que sus perfiles están tratados con un profundo sentimiento caricaturesco. La colección Gierke del Museo de Berlín cuenta entre sus piezas un álbum de caricaturas de este autor. Ese sentimiento caricaturesco, ese lado cómico de la vida, expresado con una sencillez semejante á la ingenua gravedad con que algunas personas dicen ó escriben divertidísimos chistes, es, á nuestro modo de ver, una nota muy frecuente, casi constante, en las pinturas y dibujos japoneses. Hasta en los asuntos patéticos y terriblemente trágicos de la epopeya mítica que hemos visto reproducidos en álbumes de grabados japoneses, en medio de la elevación del estilo y de la elegancia del dibujo, hay un cierto sabor humorístico, una especie de tendencia á la caricatura, que revela tanto ingenio como originalidad. Por esto quizá suele tropezarse en esos álbumes con cabezas muy acentuadas que recuerdan las de algunas cabezas de nuestro originalísimo Goya, en quien la nota satírica es tan frecuente.

No terminaremos estas indicaciones sobre la pintura japonesa sin decir algo del pintor más genial y célebre del Japón: Hokousai. Este pintor insigne, que nació en 1760, corona la evolución artística japonesa, presentándose á comienzos del presente siglo como el representante más genuino de la escuela popular. Pero cedamos la palabra á Gonze: «Si se consideran en él los dones generales, las cualidades técnicas que forman á los maestros, sin distinción de tiempos ni de países, puede colocársele al lado de los artistas más eminentes de nuestra raza. Tiene la

fuerza, la variedad, lo imprevisto de la pincelada; tiene la originalidad y el humor satírico, la fecundidad, el verbo y la elegancia de la invención; gusto supremo en el dibujo, memoria y educación del ojo para fijarle en un punto único, una destreza de mano prodigiosa. Su obra es inmensa, de una inmensidad que espanta á la imaginación, y resume en una unidad de aspecto incomparable, en una realidad nerviosa, penetrante, las costumbres, la vida, la naturaleza. Es la enciclopedia de todo un país; es la comedia humana de todo un pueblo». La influencia de este artista, que murió en 1840, pobre y oscurecido, fué nula en las escuelas del arte aristocrático de Kioto, pero decisiva en la escuela vulgar; y hoy, cuanto produce en artes el Japón procede de él. Pintó á la acuarela, con mezcla de aguada, muchos *kakémonos*, que son hoy muy apreciados y buscados, como asimismo los álbumes de dibujos suyos, y dibujó mucho para grabar.

Con lo dicho, basta para dar una idea del arte japonés, ese arte esencialmente pictórico ó colorista, pues el sentimiento del color y de la silueta graciosa es su nota dominante. Sus construcciones, de ensamblaje con la techumbre de perfiles sobrios y elegantes, la cornisa profusamente ornamentada, armonizando tan admirablemente con el paisaje; sus bronces y maderas esculpidas, de carácter búdico al principio, naturalista después, siempre tan dulces de modelado, tan finos de ejecución; las obras de cincelado y damasquinado tan admirables por su técnica como por la original combinación de colores; sus brillantes esmaltes, sus pulidas lacas, sus primorosos tejidos y sus ricos bordados; su cerámica incomparable: todo participa de los rasgos típicos del dibujo y de la hábil combinación de colores. La habilidad técnica de los japoneses no es menor que su espíritu artístico pro-

fundamente decorativo. Y sabían armonizar tan sabiamente ambos términos en sus industrias, que, refiriéndose á la cerámica (y esto puede servir de ejemplo), dice Gonce: «Los chinos son *porcelaneros* por excelencia; los japoneses alfareros sin rival; y mientras los primeros conceden tal importancia á la decoración de sus vasos, que no aprecian la bondad de las materias ni el esmero en la ejecución, los segundos se cuidan y preocupan de la concepción pintoresca y del partido que pueden sacar del esplendor, transparencia y vivacidad de los colores esmaltados». Ocurre además, como el mismo autor indica en otro lugar, que en el Japón no hay artes inferiores. Todo artista es ante todo pintor, y lo que los europeos llamamos artes menores forman un todo inseparable con las Bellas Artes, se subordina á las leyes de la decoración, y todo responde á los usos de la vida. De esta comunidad de ideas en el arte, resulta que la cualidad de artista en el Japón entraña una diversidad de aptitudes que en Europa sólo se halla por excepción.

#### IV.

En este modesto trabajo sólo nos hemos propuesto dos fines: dar á conocer la verdadera importancia del arte del Japón, y poner de manifiesto cómo juzgan de él en Europa las personas que se toman la pena de estudiarle sin prejuicios que les venden los ojos.

Permítansenos dos palabras para concluir :

Hablando Gonce de un pintor japonés de la escuela popular, llamado Tsounenobou, muerto en 1683, habla de un *kakémono* representando un pavo real haciendo la

rueda, obra maestra de dicho artista, y refiere la siguiente anécdota: «M. Wakai, que le poseía entonces, había deseado someter á un artista europeo esta obra maestra de la alta pintura japonesa, así como el paisajito de Tanyu de que he hablado más arriba. Yo le conduje al estudio de uno de los pintores más renombrados de París, coleccionador apasionado de dibujos de los antiguos maestros, quien después de haber desenrollado los dos *kakémonos* y haberlos examinado atentamente, los suspendió en la pared entre un dibujo de Durero, un apunte de Rubens y un admirable estudio pintado por Rembrandt. Quedamos admirados del modo cómo el arte japonés sostenía la prueba de esta temible comparación. Á pesar de la diferencia de géneros, de estilos y de procedimientos, Tsounenobou se mantenía al lado de Rembrandt».

Pero debemos decirlo todo: el glorioso desenvolvimiento de la pintura del Japón terminó con la revolución allí ocurrida en 1868; el arte de hoy es un arte híbrido, que sólo se preocupa de la necesidad de la exportación. Los japoneses se civilizan, entran en la gran corriente europea, se aprovechan de los grandes inventos modernos, y hasta van cambiando sus artísticos y elegantes trajes por los que les ofrecen los figurines de Londres y de París. Sin embargo, aún les queda espíritu satírico para burlarse de nosotros.

Á propósito de esto, permítasenos citar una graciosa caricatura que hemos visto en un albumcito de grabados japoneses. Aparecen en ella dos hombres bregando por poner á un tercero un sombrero de copa. El sombrero está representado con la copa flexible y muy alta. La *víctima*, que es un hombre tripudo, está sentada en el suelo defendiéndose y gritando cual si le estuvieran so-



---

metiendo al mayor suplicio; y es de notar que su cráneo es desmesuradamente alto, como si el artista hubiera querido dar á entender que es menester todo aquel cráneo para llevar sombrero de copa, ó, de otro modo, que el sombrero de copa requiere un cráneo muy elevado, ó, de lo contrario, que le sobra copa al sombrero.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

## LA AGRICULTURA EN LA ANTIGUA ROMA

---

CUANDO el hombre sumiso á la ley impuesta por el Creador se vió obligado á procurarse el sustento, buscó los medios de cultivar los campos, y consiguió obtener sus frutos. Los rebaños que constituían sus bienes entonces, las aves que pudo robar al libre espacio, el pez que arrancaba de su elemento, no eran suficientes á mantenerle. Fuéronle indispensables los productos de la tierra y el auxilio del dócil animal en sus duros trabajos. Por intuición, sin reglas, sin los conocimientos precisos para el más completo éxito de sus tareas, fundó los principios de lo que debía constituir una ciencia, y era sólo en su origen un arte mecánico. No pudo formarse como ciencia sino con la observación y la práctica. Cuanto fuera útil y aplicable á la misma, cuanto había de contribuir á su progreso, debía obtenerse en el transcurso de las generaciones. Difícil es determinar el origen de los instrumentos de labranza, y cuál fué el primer arado que trazó los surcos sobre la tierra.

Los pueblos todos de la antigüedad sintieron la importancia del estudio del arte de cultivar los campos, y con-

sagraron sus preferentes alabanzas á las deidades que proclamaron protectoras de sus tareas agrícolas, tributándoles sus holocaustos en demanda de sus beneficios. Confiábase el egipcio para obtener los dones de la naturaleza en premio de su trabajo, á la protección de Osiris. Ceres y su hijo Triptolemo fueron proclamados en Grecia como las divinidades que presidían sus labores campes- tres, y Jano lo fué á su vez por los latinos. Éstos coloca- ban, en honra á los frutos que recibían, la corona de es- pigas de trigo en la frente de sus sacerdotes. La diosa Pales era asimismo festejada por los romanos, porque di- vidía con Pan el imperio de los bosques y los valles. La religión cristiana ha confiado después á sus ministros la bendición de los campos.

No es preciso esforzarse en demostrar que la agricul- tura es la base de las riquezas de las naciones. El hombre vive de los productos que la tierra le ofrece: su principal atención es cultivarla. Dios la ha puesto á su servicio, y no de otro modo puede atender á sus necesidades. No con el filo de la espada del conquistador obtienen los pue- blos su prosperidad y los progresos de su cultura, sino aumentando los elementos de su riqueza por medio del trabajo, manantial de poder, bienestar y grandezas per- manentes. Las naciones felices han debido su abundan- cia y sus bienes á las tierras cultivadas, tan pródigas de sus dones.

Los romanos fueron los primeros que procuraron fijar la importancia de la ciencia agrícola. Roma atendía al honor y la gloria de la patria trocando sus labradores en soldados cuando ésta lo exigía, para devolverlos á sus faenas campestres después del triunfo. Seguro medio era este para evitar la ociosidad en tiempos pacíficos y hacer ciudadanos útiles y frugales. Honroso fué en la antigüe-

dad el ejercicio del cultivo de la tierra. Ceranio, Cincinato y otros varones ilustres se vieron obligados á trocar la esteva por la lanza de los combates y su retiro por el consulado y la vida pública. Repetidos ejemplos se recuerdan de valerosos guerreros que descendían del carro de la victoria para ir á remover sus heredades y multiplicar sus frutos.

Hemos de indicar cuáles fueron en Roma los progresos de su agricultura, y cómo fué considerada por algunos de sus hijos ilustres que poseían su conocimiento, desde época antigua hasta la destrucción de su Imperio. Sus mayores adelantos, debidos á tiempos posteriores, son materia de especial estudio.

Admirable fué la cultura de la nación Helena: asombra el número de sus varones insignes y el esplendor que dieron á su patria tantos felices cultivadores de la filosofía, la oratoria, las letras y las artes, y otras brillantes manifestaciones de la inteligencia humana; pero maestros en estas ciencias, seducidos por el éxito inmediato que les daban las mismas, no perseveraron en el estudio de la del agricultor, porque sus resultados se obtienen con un trabajo asiduo y lento. Podemos recordar, no obstante, algunos hijos de aquel clásico suelo que comprendieron la importancia de un arte tan necesario á la vida.

El célebre filósofo, historiador y hombre de guerra Jenofonte, llamado por su sabiduría y admirable estilo *la abeja ática*, demostró en sus obras sus conocimientos en agricultura, y de igual modo trató de ella Aristóteles, cuyo talento privilegiado abarcaba todos los ramos del saber. Cuéntase también en el número de escritores griegos de esta ciencia al poeta y astrónomo Arato. Asimismo Theopastro, filósofo y naturalista, fué autor de

la *Historia de las plantas*, en diez libros, traducidos en varios idiomas y en épocas recientes. Puede citarse entre otros escritores de menor nombradía, á Nicandro, médico y poeta, á quien se dió el nombre de *El calefoniense*, por el lugar de su nacimiento. Una de sus obras es un tratado sobre la educación de las abejas, y otras que escribió se hallan relacionadas con la agricultura.

Todos los destellos de la inteligencia de estos autores no dieron resultados favorables á la prosperidad de sus hermosas comarcas por los beneficios que pudieran reportar sus preceptos. Los romanos, más prácticos, constituyeron aquella en verdadera ciencia, metodizándola y perfeccionando los diversos medios materiales necesarios para su ejercicio. Su primera época en la ciudad de Rómulo hasta los últimos días de la República fué de grandes resultados. La que le sucedió bajo la dominación de los Césares, sólo llegó á señalarse por la decadencia que debió á aquellos degradados patricios, á aquellas gentes afeminadas sometidas al yugo de los placeres, las costumbres viciosas, y entregadas á los dispendios del lujo, improductivos y fatales, que sólo conducen á aminorar el vigor, el prestigio y la riqueza de los pueblos.

Las primeras leyes de los romanos para la división y reparto de los terrenos que había de cultivar cada jefe de familia fueron sabias y prudentes, si bien en las variaciones que sufrían, andando el tiempo, se desvirtuase algún tanto su eficacia por los abusos ó no muy justificadas innovaciones. Cuáles llegaron á ser las alternativas de estas leyes agrarias, y cuáles los efectos indicados, podía ser objeto de un detenido estudio, que no está en el propósito nuestro. Exígelo también por su interés, el detallado de los progresos que iba alcanzando el cultivo de

los diferentes frutos que produce la tierra bajo el cuidado de inteligentes agrónomos.

Siendo un sagrado al respeto á la propiedad, facilitando el ejercicio del comercio y las comunicaciones con las ciudades y pueblos de menor importancia, é impidiendo que las gentes dedicadas á cultivar las tierras se distrajesen de sus trabajos, se conseguían evidentes adelantos en la agricultura. Existía además un estímulo moral para ejercer la profesión de labrador, porque era necesario serlo y poseer algunos terrenos de labranza para poder acudir á la voz de la patria, á su defensa. Tales honras y distinciones llamaban sobre el ser inútil que pasaba su vida en la ociosidad y los vicios de las ciudades el desprecio y censura de todos, y diferenciaban de éstos á los hombres laboriosos y dignos. Sus efectos eran los deseados y evidenciaban el buen sentido de aquella nación y el verdadero progreso de sus costumbres públicas. La abundancia, la paz y el bienestar, por consiguiente, eran consecuencia inmediata para los honrados ciudadanos de Roma. Vino á ser tanto el entusiasmo de los hijos de este pueblo por cuanto se relacionaba con la agricultura, que llegaron á celebrar fiestas en honra de los bueyes, cuyo destino era el cultivo de la tierra. ¡Cuán bien se comprendía que excitando el interés popular de este modo, se atraía la atención sobre el más eficaz recurso para lograr riquezas, gloria, existencia pacífica y esplendor para la patria.

Al premiar Roma á los caudillos de sus cohortes concediéndoles tierras para su cultivo, se fomentaba más poderosamente el arte más necesario, avivando en todos su afición. Verdad es que aún no se había despertado en los romanos la ambición sin límites de conquistas que les hiciera dueños del mundo. Éstas llegaron á ser el febril

y exclusivo pensamiento de sus emperadores, víctimas á su vez casi todos de sus inmoderados deseos. Con el éxito de sus batallas obtuvieron el oro por otros caminos, y el afán de gozarlo fastuosamente y sin el esfuerzo del trabajo, produjo la corrupción de las costumbres y el olvido y abandono de las productivas faenas agrícolas, tales como debían ser para su fomento. Además, los graneros romanos eran provistos por las naciones subyugadas como tributo exigido por sus vencedores.

Esta segunda época de la historia de Roma fué fatal para la agricultura, pero en medio de la decadencia que sufría, no faltaron hombres de buena voluntad y profundos conocimientos de la misma, que consagrasen su atención al remedio de sus males. No fueron en número escaso los escritos de éstos, y hemos de recordar la importancia, tanto de los debidos á tan triste período, como al más feliz que le precedió.

Preceptista agrónomo de época incierta es el cartaginés Magón, muy citado por escritores del mismo género. Dale el nombre Columela de *padre de la agricultura*, y fué, en efecto, una autoridad en esta ciencia. Había obtenido señalados puestos en el ejercicio de las armas, lo que no le impidió escribir una obra sobre todos los ramos de aquélla. Tan estimada fué de los romanos, que el Senado se encargó de su custodia, después de la destrucción de la biblioteca de Cartago, donde se hallaba. Fué traducida al griego por Casio Dionisio de Útica, y abreviada en el mismo idioma por Dióphanes de Bitinia. Autor de otra obra de la misma ciencia fué Marco Porcio Catón, quien pasó su juventud consagrado á los trabajos agrícolas, y alcanzó después gran celebridad en su vida pública. Titúlase aquella *De Re Rustica*, y la escribió con el fin de difundir los conocimientos de

este arte y estimular su estudio en beneficio de todos.

Escritor agrónomo fué también Varrón, afamado polígrafo, el cual, después de haber completado su educación en Grecia, compuso un libro de igual título que el citado anteriormente, en forma de diálogo. Su primera parte trata de la agricultura propiamente dicha. Fué preferido por sus contemporáneos al de Catón, por considerar á éste muy apegado á las tradiciones. El lenguaje de Varrón, que vivió en el siglo anterior á la venida de Jesucristo, es el usado por otros á él posteriores cuando increpa á los romanos, refiriéndose á sus placeres y lujo, como seres inútiles y degradados, que no parecían pertenecer á una raza viril. Su propósito es, ante la decadencia del arte de cultivar los campos, regenerar la Roma de Augusto, recordando las nociones de aquél, consignadas por el mencionado Catón el Censor.

En el mismo siglo de la Era cristiana, bajo el reinado de Claudio, el célebre naturalista Plinio da una brillantísima prueba de la importancia que consideró tener para su patria y su tiempo la posesión de los conocimientos, de cuyo estudio se muestra tan apasionado, que tienen directa relación con la agricultura. Su concurso á este fin fué valioso y digno de toda alabanza.

Marcial, Gargilio y Palladio pertenecen respectivamente á los siglos III y IV de la Era cristiana. El primero fué autor de varios tratados sobre materias de agricultura, entre ellos uno de los jardines, y preceptos nutritivos y medicinales de las plantas, en el que manifiesta su competencia en tan útil estudio. Débese al segundo la obra *De Re Rustica*, en cuatro libros. Trata en ellos muy detenidamente cuanto se relaciona con la ciencia del agrónomo, dando reglas generales sobre la misma, y expresando los trabajos á que éste debe consagrarse en los



doce meses del año. Palladio, á su vez, recogió en sus escritos de la misma índole cuanto anteriormente habían manifestado sobre tal materia otros autores, é imitó á algunos que hemos de mencionar en breve, poniendo en versos elegíacos su último libro. Demuestra en su estilo pertenecer á la época decadente de las letras latinas.

No siguiendo un orden cronológico absoluto, recordaremos á otros honradores del idioma del Lacio, que reunían á un tiempo la inspiración poética, y trataron iguales asuntos en el hermoso lenguaje de las Musas.

En los tiempos de la antigua Roma se unían en dulce consorcio y por natural atracción la agricultura y la poesía. Ciertamente que todo lo que se refiere á las maravillas creadas por Dios, á su poder inmenso manifestado en la naturaleza y á los medios dados al hombre para utilizarse de los dones que en ella ha derramado con mano próspera, no puede menos de cautivar á las almas dotadas de sentimiento poético y á quienes es dado el numen para expresarlo con mayor sublimidad. Los poetas romanos buscaban sus inspiraciones, no sólo en la belleza de aquellos prodigios que tomaron ser y forma á la voz del Omnipotente, sino con señalada preferencia en el espectáculo que les ofrecían las faenas del campo y los resultados que daban los desvelos del agricultor para ofrecerlos florecientes y fecundos. Conocíase desde remota antigüedad el poema de Hesíodo *Los Días*, que contiene admirables preceptos sobre agricultura. Tibulo halla sus encantos en las ocupaciones de la vida campesina, y describe las fiestas rurales, las consagradas á Pales y aquella purificación á que se sometían las tierras y rebaños, antiguo rito observado desde la primitiva Roma. Ovidio, á su vez, en ocasión de los juegos de Ceres, cuyo carácter era señaladamente rústico, exhortaba á los cam-

pesinos á ofrecer á esta diosa el trigo y el grano de sal, porque las pequeñas ofrendas le parecían las más gratas. Era otra de las fiestas cantadas por Ovidio, la *Fordicidia*, la más solemne que se celebraba en el mes de Abril, relacionada también con la labor de los campos. En ella se ofrecían numerosas reses en sangrientos sacrificios, y se creía ser este el mejor medio para que fecundasen en la tierra nuevos gérmenes de abundancia y prosperidad. La fiesta de *Palicia* ó de Pales, diosa de los rebaños, es también referida por el mismo cantor latino, el cual dice haber tomado parte en ella, rociando con hojas de laurel los apriscos adornados con ramos y flores.

Pocos poetas habrán sido más apasionados de las bellezas campestres y la vida rústica, y pocos los que con mayor inspiración las hayan cantado más dulcemente en presencia de la naturaleza, como el gran Horacio. Nunca es su frase más pintoresca y más discretamente concisa que cuando describe las galas y primores que le sugieren la verdad de su observación y los sentimientos de su alma. ¡Cuán gratas le son las horas que discurren con apacible reposo en su campestre retiro de Sabina! ¡Cuánto recuerda á su vez á aquella juventud vigorosa de los pasados tiempos, entregada al cultivo de la tierra, cuyos hijos heredaron sus virtudes! Tales son sus palabras, que traducimos temerosos de privarlas de su expresión :

« Pero tal juventud la descendencia  
Fué de los héroes, los viriles hijos  
Del soldado de rústica existencia,  
Que en los mandatos de sus madres fijos,  
Manténían la diestra acostumbrada  
Á remover con la sabina azada

---

(1) Libro II, oda VI.

La dura tierra, á transportar el peso  
De la leña que el monte le hubo dado,  
Cuando el sol ya faltaba al bosque espeso,  
Y del yugo libraba al buey cansado,  
Y al partir en su espléndida carroza,  
Á todos la señal apetecida  
De aquel descanso daba que se goza  
Tras las duras faenas de la vida.»

La afición á la existencia de los campos se manifiesta en otro ilustre poeta latino que poseía, á la vez que felicísimo ingenio, profundo conocimiento de la ciencia del agricultor. Los más dulces ecos de la lira de Virgilio, tal es el agrónomo-poeta á quien citamos, fueron inspirados por su entusiasta afición al cultivo de la tierra y su inteligencia notabilísima en el arte de la agricultura. Hallábanse sus mayores goces en la vida bucólica, y aspiraba á que el hombre con asiduidad é inteligencia recogiese los beneficios con que la naturaleza le brindaba. Esta afición vivísima del cantor de *La Eneida* fué de poderosos resultados para la agricultura, porque nunca se han dictado preceptos como los suyos y reglas fijas que más cautiven y atraigan sobre un arte con más bellísima forma. Además, el asunto tratado así en sus versos no podía ser de interés más común. ¿Quién no desea recoger los dones que la madre tierra le ofrece, y no sólo recrean sus sentidos y sirven para placer de su alma, sino que á la vez son su sustento y utiliza de tan múltiples maneras?

El autor de *Las Geórgicas* se propuso despertar en éstas su misma afición á la agricultura, estimulado en tan laudable empeño por Mecenas. Reunía para llevarlo á cabo favorables circunstancias. No era sólo el aficionado que conocía la teoría de aquel arte por escritos anteriores: era el cultivador práctico desde su juventud.

Su padre le instruyó en esa ciencia y le indujo al mismo tiempo á adquirir otros conocimientos auxiliares del agricultor y de aplicación á sus tareas. *Las Geórgicas*, admirable poema didáctico que tanto enseña como cautiva, contiene preceptos y observaciones tan estimables que, según se afirma, fué considerado mucho tiempo el manual del agricultor italiano. Plinio y Columela no le escasean sus elogios. Prolijo sería el examen de esta obra magistral de poesía y ciencia, de utilidad tan evidente. ¡Cuán inspirado describe su autor la vida del campo, la variación de las estaciones, las labores rústicas, los placeres de los que á ellas se consagran, las costumbres de los animales, las sorprendentes de las abejas, y cuanto se relaciona con la ciencia del agricultor, empleando imágenes hermosas, expresión esmerada y versos, ¿para qué decirlo de otra manera? versos *virgilianos!*

«Virgilio, dice Marmontel, parece no haber querido más que instruir al labrador, pero ha honrado á éste y elevado á la agricultura el más bello monumento que la primera de las artes agradables ha podido consagrar á la primera de las artes necesarias.»

Complácenos sobremanera recordar en este paraje á otro labrador poeta que tuvo su cuna en nuestra patria, y cuyo nombre es una gloria de la misma. Su importancia, su influencia en los adelantos de la agricultura en los tiempos á que nos referimos, son evidentes. Ilustre es en la historia de este arte Lucio Junio Moderato Columela, nacido en la hermosa Gades por los años 750 de la fundación de Roma. Fué un excelente agrónomo, é indudablemente uno de los que más contribuyeron con sus escritos é inteligencia á los progresos de aquél. Poseía, como Virgilio, no sólo la teoría de este importantísimo ramo de riqueza, sino la práctica asidua, y á la vez que ambas

cualidades, la brillante imaginación del poeta que sabe revestir su lenguaje de encantos y su pensamiento de imágenes primorosas. Inclinado al estudio de la ciencia agrícola, favorecióle la circunstancia de vivir con un tío suyo, hábil cultivador de sus tierras, y á quien se debió la mejora del ganado lanar venido de las montañas del Atlas, en las comarcas ibéricas. Era tal deudo, llamado Marco Columela, «hombre el más diligente é instruido en toda la provincia Bética, y versadísimo en todo lo perteneciente á la agricultura». Con él aprendió su sobrino el cultivo de los campos, procurando hacerlos fértiles, y mejorando todo lo concerniente á la economía rural. Después de recorrer la Península Ibérica, viajó por Italia, el país de los galos, y algunas provincias del Asia Menor, deteniéndose en Siria y Sicilia, y visitando las costas africanas del Mediterráneo. La experiencia adquirida de esta manera se refleja en sus obras, y fácil es comprender el valor de éstas, no sólo por el conocimiento con que está tratado tan importante asunto, como por deberse á un buen escritor latino, que á más reúne las condiciones de un buen poeta. Tan estudioso español residía en Roma cuando Claudio ocupaba el trono de los Césares. Hallábase situada su vivienda en las márgenes del Tíber, y fundó á algunas leguas de aquella ciudad, así se asegura, una magnífica quinta, en la que tenía sobre trescientos esclavos de diferentes naciones, consagrados todos á las faenas agrícolas y á la guarda de sus ganados. En esta vasta posesión ensayaba los medios de fomentar el arte en que era tan entendido, aprovechándose del conocimiento de los usos, nuevos para él, que había estudiado en los países que llegó á visitar con tal fin.

Lamentábase Columela del estado decadente de la que llamaba la primera de las ciencias, desde los últimos días

de la República. «Veo por todas partes, de tal modo se expresa, escuelas abiertas á la retórica, á la danza, á la música, hasta á los mismos saltimbanquis; hállanse de moda los cocineros y los barberos; se tolera las casas infames, donde se atrae á la juventud imprudente á todos los juegos y á todos los vicios, mientras que para el arte que fertiliza la tierra nada existe; ni maestros ni discípulos; ni justicia ni protectores. ¿Queréis edificar? hallaréis á cada paso arquitectos; ¿queréis correr los riesgos de la mar? por todas partes encontraréis constructores; ¿mejorar los procedimientos que os parecen mal entendidos? no hallaréis quizá ni gentes que os entiendan. Si me lamento de este desorden y olvido, se me contesta al punto discurrendo sobre la esterilidad del suelo; hasta me llegan á decir que está cambiada la actual temperatura. El mal sólo está más cerca de vosotros, ¡oh contemporáneos míos! El oro, en vez de correr por las campiñas que dan el sustento á los pueblos, se arroja á manos llenas al lujo, al libertinaje, á las exacciones. No desoigáis mi experiencia; tomad el mango del arado y me comprenderéis.»

Columela se halla retratado en sus palabras. Estimulado por sus amigos, entre los que contaba en Roma los patricios más ilustres, y especialmente por Julio Arineo y Pablo Silano, puso en verso el último libro de su obra *De Re Rustica*, que trata del modo de cultivar los huertos y llamó *el Huertecillo*. Virgilio fué su inspirador en este trabajo, y siguiendo sus *Geórgicas* dió prueba de que era también un feliz cultivador de los campos de la poesía. No es nuestro objeto aquilatar el mérito del ingenio gaditano en el último concepto: basta recordar la opinión de jueces competentes, que le aprecian, tanto por su estilo y lenguaje, como por la claridad de su expresión, uno de los que mejor supieron conservar los caracteres

de la poesía latina por el brillo y la forma de sus escritos.

Túvose en Roma el tratado de Columela como el más á propósito para los cultos y entendidos, pero no así para el vulgo y las gentes no muy doctas. Esto debía ser un obstáculo para la popularidad que es conveniente alcance tal género de obras; sus estudios, sin embargo, se dirigían á los que, más ilustrados, podían con sus medios poner en práctica las reglas y advertencias dadas en semejante forma.

*El Huertecillo* es un libro ya calificado de precioso por sus bellezas literarias. Descríbense en él las diversas estaciones del año, así como las plantas que en cada una deben cultivarse, y se hace en él galana descripción de las flores, analizando sus propiedades. Tal asunto, de interés para el agrónomo, es causa de la inspiración del poeta, que logrando de tal modo unir la enseñanza y los rasgos líricos, la práctica material del arte á los vuelos de la imaginación, puede decirse arroja la semilla con una mano y con la otra pulsa la lira de Virgilio. Enamorado de la hermosura de las flores, de su delicadeza, fragancia y variados matices, al hacerlas objeto de su canto, es, no obstante, el poeta didáctico que, suspenso á su vista, sólo ve en ella su belleza material; no como el también andaluz, de tiempos más cercanos, el dulce y melancólico Rioja, quien, según observa uno de nuestros modernos críticos, también las canta y las admira, siendo el poeta cristiano y filosófico.

Columela alcanzó una época aún menos afortunada para la agricultura en Roma que lo fué la de Virgilio sesenta años antes. Aún no se habían marcado tan fatalmente los síntomas de descomposición social en el pueblo de las grandes virtudes en sus primeros tiempos, y de las grandes maldades en sus postrimerías. Así, pues, su

autorizada voz señalaba muy oportunamente la atención que merecía de los ciudadanos de Roma la decadencia del mayor elemento de vida de las naciones.

Los libros de Columela han sido traducidos á diversos idiomas, y las repetidas ediciones de los mismos demuestran el gran aprecio en que siempre se han tenido, no sólo en su tiempo, sino en los posteriores, por los hombres inteligentes y reconocidas autoridades en las materias sobre que versan. Nuestro ilustre gaditano reunía á la vez en sí todas las circunstancias para considerarle maestro en el arte á que consagró su actividad. Es decir, que se juntaban en él las cualidades que distinguen al agrónomo, al cultivador y al agricultor.

No había de trascurrir mucho tiempo relativamente á la marcha de los acontecimientos del mundo, sin que aquellos males lamentados por Columela se extremaran aún más, y dieran sus funestos resultados las viciadas costumbres del pueblo avasallador, engreído de sus victorias. Con la invasión de los bárbaros del Norte vino la época de general atraso, y ruina y olvido de los conocimientos adquiridos. Las hordas salvajes sólo se cuidaban de asolar los campos bajo el duro casco de sus corceles; á su carrera se doblegaban las espigas del Lacio, y todo fué destruido al hierro, y todo siniestramente iluminado por el resplandor de las hogueras. Aquellas desordenadas turbas parecían impelidas por el soplo de la cólera celeste en castigo de tantas abominaciones. Su ignorancia y su barbarie arrojaron denso velo sobre las glorias conquistadas. La sangre derramada tan copiosamente en los circos romanos y en todas las comarcas latinas, había sido mal riego para producir beneficios. Todos los esfuerzos de los ilustres varones que se consagraron al estudio y enseñanza del arte más útil fueron infructuosos.



No traspasaremos los lindes de los tiempos antiguos para invadir el período de la Edad Media, en que el poder feudal tiranizaba á los pueblos y las continuas y enconadas luchas civiles y exteriores impedían, no ya los progresos, sino el ejercicio de la agricultura en los campos, donde sólo se oía el estruendo de las armas. Ya en la Edad Moderna ha ido cambiando el aspecto de esta ciencia, y, apreciándose sus beneficios, se ha logrado perfeccionarla.

Al arte de cultivar la tierra han debido su mayor vida los pueblos; su importancia viene reconocida desde los tiempos bíblicos; su influencia se ha sentido en diversas edades de la historia del mundo de un modo evidente, y en épocas dadas en la de algunas naciones que han recogido sus beneficios. En aquella á que nos hemos concretado, cuando la dominación romana se extendía por nuestra Península, á ésta acudían los mismos hijos del Lacio en sus escaseces, y transportaban á su suelo todo género de granos, recogidos en las abundantes cosechas de la Bética. Así lo aseguran, entre otros historiadores, Pomponio Mela, Plinio y Estrabón. La agricultura alcanzaba entonces en España un período floreciente; sus cultivadores sembraban como base de riqueza las semillas traídas de lejanos países, cuyos productos habían de ser más tarde seguros medios para aumentarla.

Vastísimo campo ofrece, en efecto, nuestra nación á la actividad y al trabajo en sus tierras feracísimas. ¡Felices los tiempos en que para bien y engrandecimiento de la patria se aprovechen todos los elementos de prosperidad y riqueza con que le brindan sus fértiles comarcas, dando á la ciencia del agricultor el preferente lugar que se le debe, si se han de conseguir tales fines!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

# CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.

I.

**R**ESPETADO señor mío: Cuando, por encargo de nuestro común amigo el Excmo. Sr. D. Antonio Flores, que tanto y con harta justicia aprecia V., y á mí con sobra de bondad me honra con su cariñosa y grata comunicación, envié á V. algunas de mis obrillas, estuve muy lejos de esperar que me favorecería con sus bellas é interesantes *Cartas americanas*. Ha querido, pues, V. dirigirme una serie de ellas, y le estoy de veras agradecido.

Las *Cartas* que V. viene escribiendo han de ser indublemente provechosas, así para las letras hispano-americanas, como para las de la Península. Éstas y aquéllas forman juntas el acervo literario de una gran familia, cuya unidad moral no puede ser rota, porque el Océano y las instituciones la tengan dividida en dos grandes grupos; pero si para nosotros ha sido bastante bien conocida la

parte hispano-europea de ese acervo, la hispano-americana es bastante ignorada por nuestros hermanos de Ultramar, y V. viene á subsanar esta falta. Mire V. si será grande el beneficio que nos hace.

Los europeos y los yankees miran generalmente con soberano desdén todo cuanto no es de sus pueblos y ha brotado de cerebros calentados por el sol del Sur del Nuevo Mundo: confunden todos nuestros grupos sociales; no distinguen la cultura que han alcanzado los unos del atraso en que todavía viven otros, ignoran la geografía y la historia de nuestras naciones, y nos flagelan hasta por las cosas malas que no ha estado en nuestras manos evitar, y porque no nos hemos puesto en un solo día y de un solo tranco en la altura á que han subido otros pueblos después de siglos de labor trabajosa. Especialmente los viajeros que visitan el Ecuador, por maravilla no lo pintan todos como pueblo rudo y salvaje; para los más somos todavía apenas un gradito superiores á los *jívaros* y *zápa-ros* de nuestras selvas orientales. Algunos de esos benditos viajeros han dado tal idea de esta República, que no hace un año un europeo, deseoso de venirse por acá, escribía averiguando si entre nosotros se comía pan y carne, y si era preciso andar bien armados para defenderse de los tigres y chacales que se metían en las ciudades.

V., en materia de bellas letras, quiere hacer justicia á los sud-americanos, y se la hará, y haciéndola vindicará el honor de estos pueblos, pues, claro se está, las letras no se cultivan en pueblos que se pintorrearán con achiote y se coronan de plumas de papagayo.

Sensible es que V. no conozca todo cuanto se ha escrito por acá, para que pueda formar juicio cabal del estado de nuestra literatura. Indudablemente, lo malo y lo mediocre abundan. Este achaque no es sólo de Sud-

América. Pero hay algo bueno, y, me atrevo á decirlo, muy bueno ; y tomando V. todas estas partes justamente apreciables, puede mostrarnos al mundo como pueblo

No indigno sucesor de nombre ilustre,

como de sí mismo decía Moratín, y probar á *The Nation* de Nueva York que la comparación que hizo V. de la literatura hispano-americana con la yankee, no es *either this is so immense am mistake as to be ridiculous*, sino que *there are treasures of spanish-american literature*. Me parece digno de atención que sólo en poesía selecta la monumental colección que va á dar á luz en Bogotá el general D. Lázaro María Pérez, con el título *Poetas hispano-americanos*, deba componerse de setenta volúmenes en 8.º de 500 páginas cada uno. Esto halaga nuestro orgullo literario, y, sin embargo, diré á V. con toda lisura, que de buena gana daría á los yankees más de la mitad de nuestras bellas letras en cambio de una partecita de su « ciencia, comercio, industria, poderío y prudencia política, en todo lo cual nos vencen ».

Mas por lo mismo que es tan noble y benéfico el propósito de V. al escribir sus *Cartas Americanas*, conviene que los literatos y poetas de esta novísimas Repúblicas se empeñen en dar á V. los documentos y noticias necesarias para la perfección posible de obra que ha de redundar especialmente en bien de todos ellos ; y conviene, asimismo, que no pasen desadvertidos los errores, pocos é involuntarios de seguro, y las apreciaciones que se salen de lo justo en las doctas y encantadoras *Cartas* de V.

No estamos ciertamente acordes V. y yo en algunos puntos relativos á los indios y á la conquista, y quizá en algo tocante á los tiempos que alcanzamos, y esta falta de armonía en tal cuál idea y en algunas apreciaciones his-

tóricas, me han puesto la pluma en la mano, sin ánimo de mover polémica, sino sólo de discurrir en paz y amistad. Por otra parte, ha de saber V. que padezco la invencible manía de leer y escribir: libro ó papel que cae en mis manos, he de leerlos sin remedio, aunque á veces tenga de arrepentirme de ello en seguida, por haber perdido tontamente mi tiempo; y cuando me asalta la comezón de escribir, he de embadurnar pliegos y pliegos, sin que haya poder humano que me contenga, siquiera con esa mi obstinación perjudique á mis hijos, dejando de buscar el pan que han menester, por meterme en oficio que aquí debería ser sólo de personas ricas.

En carta particular de 23 de Julio del año pasado, me dice V. que le pesa haber empezado impugnándome en las que viene dando á luz en un diario de Madrid. No hay por qué pueda pesarle la libertad con que expresa su sentir y pensar; hace en ello muy bien, y lo contrario no me gustaría; no crea V. que yo me ofenda de verme impugnado por tan docta é ilustre persona. Lo que suele ponerme de mal humor, es la adulación de los necios.

En la primera de las *Cartas Americanas* dirigidas á mí, refiriéndose á la calumnia que se me levantó por allá de ser enemigo y odiador de España, dice V.: «Confieso que la lectura del suelto de *La Época* me disgustó no poco». Esto y las pruebas que V. quiere hallar de esa *enemistad* y ese *odio* en el primer capítulo de mi *Ojeada sobre la poesía ecuatoriana*, me hacen temer que las cartas que hoy empiezo con la misma sana intención que tuve al escribir aquel capítulo, sean para V. y otros españoles motivo de nueva acusación contra mí. Pero, en fin, con temor y todo, ya estoy con la pluma en la mano, y no puedo dejarla, y sigo adelante.

Al tratar V. de las acusaciones que por acá se han

hecho á los españoles que sojuzgaron la América con tanta dureza y crueldad, y á los colonos que martirizaban á los indios, sin hacer caso ninguno de las prudentes y benéficas leyes que se dictaban en España para protegerlos, concluye : «Al decir esto, los americanos de ahora no advierten que ellos son los que se condenan, si no son indios puros. Los que dictaron las leyes protectoras estaban aquí, y por aquí se han quedado ; pero los verdugos codiciosos y empedernidos de los indios, lo probable es que, salvo raras excepciones, se quedaron todos por allá, y que esos antiespañoles, declamadores acerbos por pura filantropía, no sean otros sino sus descendientes». Poco después añade, al refutar ciertos conceptos de mi paisano Juan Montalvo : «Lo absurdo de este sofisma declamador no merecería respuesta, si no estuviese algo del mismo sentimiento en la masa de la sangre de no pocos hispano-americanos, que así escupen contra el cielo y les cae encima : porque si son indios de pura sangre, se declaran humillados, moralmente estropeados y abandonados de Dios por los siglos de los siglos ; y si son españoles, reos de la muerte moral y de la condenación perpetua é irremediable de millones de seres humanos ; y si son mestizos, son abominable amalgama de español é indio, de la raza degradada y del cruel y tiránico verdugo que acertó á degradarla para siempre».

Terrible sería la dialéctica de V. en este punto, si no fuese infundada ; pero es el caso que si los indios no tienen la culpa de sus desgracias y abatimiento, los hispano-americanos no nos creemos tampoco culpados del mal que hicieron nuestros abuelos. Yo no creo que hay la menor justicia en condenar á una generación ó á un individuo por los vicios y crímenes de otras generaciones ó individuos que los han precedido en tiempos cercanos ó remo-

tos. Así, pues, no se puede cargar sobre los indios actuales de América la crueldad de los sacrificios humanos ni la antropofagía de los indios de ahora tres ó cuatro siglos, ni á los españoles europeos ni á los criollos de hoy en día el barbarismo de la conquista y los vicios y desafueros de la colonia. Cada uno es responsable sólo de sus propios actos ó de aquellos á que directa ó indirectamente y con deliberación ha contribuido. Si entre mis abuelos hubo algún desalmado verdugo de la raza indígena, le condeno, y, al hacerlo, no creo que escupo al cielo para que me caiga encima, ni me avergüenzo de ser su nieto, porque no tengo culpa ninguna de venir de un mal hombre. Si yo no le condenase, vendría sobre mí la solidaridad moral de sus crímenes; si lo imitase, tanto peor. En Europa mismo, ¡cuántas familias hay que alardean de ilustres, no obstante sus antiguas manchas! Si yo descendiese de César Borgia ó de un Visconti, ¿por qué había de ruborizarme, si no soy como ellos incestuoso y cruel, ó envenenador de mi madre, tío y hermano? Si Vds. son mestizos, nos dice V., son abominable amalgama de español é indio. Yo no veo, señor, por qué pueda ser abominable el cruzamiento de una raza; lo abominable sería la amalgama de la abyección y vicios de la una con los vicios é instintos crueles de la otra; pero si del cruzamiento se forma una raza que por efecto de sus adelantos en la civilización llega á ser de ánimo levantado, humana, honrada y de otras prendas, es claro que podrá hombrarse con las mejores razas del mundo. Y es de advertir que la mezcla de sangre suele dar buenos resultados. Lo que en todo caso nos conviene á los americanos, es que procuremos ser mejores que nuestros abuelos, hayan sido españoles, indios ó africanos. Si fueron buenos, no nos ufanemos de ello, si no imitamos sus virtudes, ya que no

las superemos; si malos, no contradigamos la historia que los condena, y obremos de manera que no nos condene también á nosotros.

¿Existen razas completamente puras en Europa? Tal vez no: las irrupciones de unos pueblos sobre otros, las conquistas, el comercio, etc., han hecho que esa pureza de sangre, desde hace siglos, venga á menos; y tengo para mí que ha de desaparecer por completo en todas partes, merced á los adelantos modernos que cada día facilitan más y más el contacto de las gentes de distintas naciones. Y luego, ¿no hay todavía invasiones, y conquistas y emigraciones? La Europa poderosa se echa todos los días sobre el Asia y el África, y la Europa proletaria y desvalida se nos viene á la América en grandes aluviones, á aumentar á nuestras poblaciones, y crear para lo futuro (yo así lo creo) complicados problemas sociales, políticos y económicos, ante los cuales la cuestión de razas llegará á ser muy secundaria, ó á desaparecer del todo. La familia humana tiende, al parecer, á unificarse, si bien este resultado jamás alcanzará á las ideas, sentimientos, creencias y aspiraciones.

La raza india entre nosotros va camino de la extinción. Un siglo más, y no habrá *hijos del sol* en América. Hay muchas causas para ésto, y una de ellas, la principal, es el cruzamiento con las razas europeas. En nuestras Repúblicas abundan los mestizos; éstos se enlazan con los indios, y de esta manera todos los días arrancan fragmentos, si así puedo decir, de la familia aborígen para elevarlos un grado en la escala social; ó bien se casan con personas de superior calidad y se encuadernan con la sociedad de viso. Lo más bajo y lo más encumbrado de nuestra sociedad van aproximándose á un centro común y formando una raza nueva, que es de espe-



rarse no sea abominable, á causa de los elementos que entren en su composición. La parte plebeya, cualquiera que sea su origen, adquiere importancia por medio de los estudios científicos y literarios, la industria y el comercio que la enriquecen, y á veces también por los caprichos de la política, y de esta manera se le facilita su enlace con la parte noble. Suele haber *chilladera*, como decimos por acá, y enojos y murmuraciones con tal motivo; mas lo cierto es que el ascenso y descenso de las familias se verifica todos los días; va desapareciendo la nobleza de la sangre, y quedando sólo la del mérito y la riqueza.

Lo que por estas tierras vivirá más que las razas puras europea y americana, son la lengua y las costumbres extranjeras. El elemento español tiene que preponderar en su mezcla con el indígena, y acabará por absorberlo del todo; así tiene que ser naturalmente, puesto que éste vale mucho menos que el otro; y así conviene que sea, y así viene siéndolo desde el tiempo de la conquista, y sobre todo, desde la independencia. El triunfo absoluto de nuestra lengua y nuestras costumbres es ya un hecho bajo cierto aspecto. El quichua, no solamente va adulterándose, sino desapareciendo. Los indios van españolizándose, y apenas salen un poco de su antigua rudeza, dejan su lengua, vestidos y costumbres por los de la raza que los conquistó y dominó. Me ha sucedido muchas veces tratar con indios hablándoles en quichua, y me han contestado en castellano. Esto me alegra mucho, pues aunque esa lengua es muy expresiva, sonora y agradable, no cabe duda que el indio para civilizarse necesita, ante todo, adoptar un idioma culto.

Me dice V. en la primera de sus *Cartas* que espera que el público y yo tendremos paciencia para leerlas.

¿Qué diré yo de las mías? Temo que V. se fastidie á las primeras líneas, y más el público, por menos indulgente que V.; pues por más que mi voluntad sea la de escribir alguna cosa pasadera, no es difícil que mis cartas sean charla y nada más, y que, por lo mismo, no interesen á V. ni al público. Para hacerlas menos insoportables, trataré de que no sean demasiado largas.

Soy de V. muy atento amigo y seguro servidor,

J. LEÓN MERA.

## LA CUESTIÓN ECONÓMICA



CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO PUBLICADO POR D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN. — MADRID, 1890. — ANTONIO PÉREZ DUBRULL. — UN VOL. 8.º, DE 319 PÁGINAS, ESMERADAMENTE IMPRESO, 5 PESETAS.

**A** PARTE el mérito de su oportunidad indiscutible, tiene este libro el no menos positivo de hacer una exposición completa del asunto, lo mismo en cuanto á los hechos, que en aquello que toca á la doctrina.

El Sr. Sanz y Escartín retrata, en efecto, con grande exactitud, la exaltación febril, la aspiración insaciable, la dolorosa incertidumbre, y el contraste cada día más marcado de las desigualdades ante la riqueza que caracterizan á la vida económica moderna. Y examina luego con igual detenimiento la evolución de las ideas científicas en el seno de la Economía, el sistema ó régimen social que de cada una de ellas se deriva, y las soluciones que respectivamente nos ofrecen para estos males de que todos nos quejamos, aunque tan lejos quedemos del acuerdo cuando se trata de apreciar sus causas y los remedios que para ellos sirven.

*Garantizar á todo hombre, no sólo el sustento, sino*

:

*también su parte en los beneficios de la civilización,* tales son los términos con que formula el libro en que me ocupó, la que suele denominarse *cuestión social*, cuando realmente sólo es *económica*, si bien por el modo cómo se plantea adquiere de hora en hora las proporciones de un verdadero *conflicto*.

Esa fórmula me parece algo absoluta, en tanto que se refiere *á todo hombre*, es decir, á los existentes y á los posibles, porque yo siempre que medito sobre el problema económico recuerdo inmediatamente que el desarrollo de la población tiene sus leyes, que Malthus en el fondo tenía razón, y que es vana quimera, por consiguiente, pensar en una organización que mantenga las condiciones de riqueza en cierta relación y las fortunas á un nivel determinado que habrá de alterarse á cada instante con la aparición de nuevos seres. En la distribución de los bienes materiales el *cociente medio* y sobre todo el *individual*, varían de continuo, porque así se modifican el dividendo y el divisor. Mas sea de esto lo que quiera, convengo con el Sr. Sanz y Escartín en que el problema no puede resolverse con la pasividad y los optimismos de la economía ortodoxa, ni tampoco con la arbitrariedad y la tiranía monstruosa que quiere imponernos el colectivismo, y entiendo, del mismo modo, que los economistas modernos, con su enérgica afirmación de que á los principios morales y jurídicos han de acomodarse en primer término las relaciones económicas, con la demanda que hacen de una organización total y reflexiva de los trabajos industriales, con su reivindicación de los gremios, con la participación que reclaman para el trabajador en los beneficios del producto, con la propaganda que sostienen en favor de las asociaciones cooperativas y con la acción tutelar que atribuyen al Estado, señalan leyes propia-

mente naturales del orden económico, marcan al esfuerzo común la obra necesaria para reconstruir esta esfera de la vida viciosamente cimentada; pero esos escritores no han pretendido dar con sus ideas remedios adecuados á la gravedad y á la urgencia de la crisis inminente, ó, por mejor decir, ya comenzada.

Es en verdad notable, según mi humilde juicio, la parte de la obra dedicada al estudio de todas esas cuestiones, y tan notable es, que quizá no se halle en armonía con el final que la sigue. Todo el que lea este libro, y deben leerle muchos, sentirá un legítimo afán por llegar á las conclusiones, ya que es natural esperar mucho de la doctrina propia de un autor que tan bien conoce y juzga las ideas de los demás; pero yo no sé hasta qué punto quedarán esas esperanzas enteramente satisfechas.

La cuestión económica es insoluble; no sé remedio alguno que tenga la eficacia necesaria para desviar la negra nube que se condensa y avanza amenazando todas las conquistas de la civilización moderna. Sin embargo, esto no quiere decir que no haya nada que hacer para prevenir en lo posible el daño, que no haya muchas cosas que deben ejecutarse, sea cualquiera su acción sobre el problema, porque son exigencias de la justicia. ¿Cabe, por ejemplo, dudar que los sufrimientos económicos son en gran parte producidos, y en otro tanto agravados con la extensión que se da en esta desdichada Europa á los impuestos personales, y á las contribuciones indirectas? El bárbaro empeño de los armamentos militares pesa doblemente sobre las clases proletarias, porque ellas son las que forman la masa de los ejércitos, y de sus míseros recursos sale principalmente la riqueza enorme que se emplea en sostenerlos. Pues he aquí actos determinados y bien precisos, que se imponen á la conducta hipócrita de los Gobiernos, que,

aparentando preocuparse mucho del conflicto, se contentan con celebrar Congresos internacionales, para que voten *deseos*, ó nombran para hacer el estudio de las reformas sociales magnas comisiones, que si llegan á proponer algo que sea de provecho, no lograrán verlo aceptado, y, aunque se acepte, es bien seguro que no llegará á cumplirse su dictamen.

Pero, ya se plantee la cuestión económica en este terreno de lo práctico y de lo urgente, ya se la trate en la complejidad de sus causas y en busca de soluciones dispositivas para la esfera de los principios, de todas suertes habrá que estimar como ineficaz el uno, y como contraproducente el otro de los dos remedios en que más confianza muestra el Sr. Sanz y Escartín, y que consisten en la restauración del sentimiento religioso y en la protección arancelaria.

Que la cultura moral es deficiente, que hay grandísimo interés en fomentarla, y que de su mejoramiento recibiríamos grandes bienes, son otras tantas afirmaciones indiscutibles; mas la resignación y la caridad que se piden al sentimiento religioso no pueden presentarse como una solución de cuestiones económicas. La resignación es el silencio y la conformidad del que padece; pero no da la curación del mal que le atormenta, y la limosna del caritativo no satisface ni aquieta al que reclama en nombre del derecho. La resignación y la caridad suavizan las protestas á que da lugar la miseria y contienen sus estragos; pero sólo tienen sobre ella una acción, que pudiéramos llamar meramente *represiva*; no la *previenen* ni la evitan, cuando esto es lo que hay que conseguir en una ú otra medida.

En cuanto á la protección arancelaria, á la que el señor Sanz y Escartín dedica seis capítulos del libro, que

parecen escritos más bien con el propósito de conven- cerse á sí mismo que para persuadir á los demás, la protección arancelaria sólo puede ofrecerse como reme- dio, suponiendo que los males presentes son debidos á la práctica del régimen contrario. ¿Y dónde está ese pícaro libre-cambio, autor de nuestras desdichas? ¿Cuáles son los pueblos que se arruinan por haber suprimido el aran- cel? En el pasado, por una tradición muy lejana, domina el proteccionismo, y en la actualidad la protección es lo corriente, tan corriente como si fuera de una moneda de mala ley, que también ahora priva en los mercados. Lo que yo veo de más valiente en la habilísima y sutil de- fensa del sistema protector que ha escrito el Sr. Sanz, es la demostración,—y prescindo ahora de la forma en que la hace,—de que el derecho arancelario, no sólo per- judica al consumidor nacional, sino también al productor extranjero. Ahora bien: esto podrá ser un consuelo; pero no se concibe cómo multiplicando y aumentando esos perjuicios llegaremos á conseguir la abundancia y el bienestar generales.

La ocasión no es de polémica, y dejo el tema íntegro para mis amistosos coloquios con el autor de la obra. El Sr. Sanz y Escartín,—yo creo que esto habrá de estimar- se en mí como legítima vanagloria,—es uno de los discí- pulos más brillantes que he conocido en las aulas; le de- bía por esto sinceridad completa, y al felicitarle, al aplau- dirle por los extensos conocimientos y escogidísima eru- dición que revela en materias económicas, no he podido menos de hacer constar esos disentimientos, ciertas re- servas, que en nada afectan á las dotes del escritor ni á las excelencias de su trabajo.

J. PIERNAS HURTADO.

## INVERNAL



Noche. Este viento vagabundo lleva  
Las alas ateridas  
Y heladas. El gran Andes  
Yergue al inmenso azul su blanca cima.  
La nieve cae en copos ,  
Sus rosas transparentes cristaliza ;  
En la ciudad, los delicados hombros  
Y gargantas se abrigan ;  
Ruedan y van los coches,  
Suenan alegres pianos, el gas brilla ;  
Y, si no hay un fogón que le caliente,  
El que es pobre tiritita.



Yo estoy con mis radiantes ilusiones  
Y mis nostalgias íntimas,  
Junto á la chimenea,  
Bien harta de tizones que crepitan ;



Y me pongo á pensar : ¡Oh, si estuviese  
Ella, la de mis ansias infinitas,  
La de mis sueños locos,  
Y mis azules noches pensativas!  
¡Cómo! Mirad : De la apacible estancia  
En la extensión tranquila,  
Vertería la lámpara reflejos  
De luces opalinas.  
Dentro, el amor que abrasa ;  
Fuera, la noche fría,  
El golpe de la lluvia en los cristales,  
Y el vendedor que grita  
Su monótona y triste melopea  
Á las glaciales brisas ;  
Dentro, la ronda de mis mil delirios,  
Las canciones de notas cristalinas,  
Unas manos que toquen mis cabellos,  
Un aliento que roce mis mejillas,  
Un perfume de amor, mil conmociones,  
Mil ardientes caricias ;  
Ella y yo : los dos juntos, los dos solos,  
La amada y el amado, ¡Oh, Poesía!  
Los besos de sus labios,  
La música triunfante de mis rimas,  
Y en la negra y cercana chimenea  
El tuero brillador que estalla en chispas.

\* \* \*

¡Oh! ¡Bien haya el brasero  
Lleno de pedrería!  
Topacios y carbunclos,

Rubíes y amatistas  
En la ancha copa etrusca  
Repleta de ceniza.  
¡Los lechos abrigados,  
Las almohadas mullidas,  
Las pieles de Astrakán, los besos cálidos  
Que dan las bocas húmedas y tibias!  
¡Oh, viejo invierno, salve!  
Puesto que traes con las nieves frías  
El amor embriagante  
Y el vino del placer en tu mochila.

\* \* \*

Sí, estaría á mi lado,  
Dándome sus sonrisas,  
Ella, la que hace falta á mis estrofas,  
Esa que mi cerebro se imagina;  
La que, si estoy en sueños,  
Se acerca y me visita;  
Ella que, hermosa, tiene  
Una carne ideal, grandes pupilas,  
Algo del mármol, blanca luz de estrella;  
Nerviosa, sensitiva,  
Muestra el cuello gentil y delicado  
De las Hebes antiguas,  
Bellos gestos de diosa,  
Tersos brazos de ninfa,  
Lustrosa cabellera  
En la nuca encrespada y recogida,  
Y ojeras que denuncian  
Ansias profundas y pasiones vivas.

¡Ah, por verla encarnada,  
Por gozar sus caricias,  
Por sentir en mis labios  
Los besos de su amor, diera la vida!  
Entretanto, hace frío.  
Yo contemplo las llamas que se agitan,  
Cantando alegres con sus lenguas de oro,  
Móviles, caprichosas é intranquilas,  
En la negra y cercana chimenea  
Do el tuero brillador estalla en chispas.

\* \* \*

Luego pienso en el coro  
De las alegres liras,  
En la copa labrada el vino negro,  
La copa hirviente, cuyos bordes brillan  
Con iris temblorosos y cambiantes  
Como un collar de prismas;  
El vino negro que la sangre enciende  
Y pone el corazón con alegría,  
Y hace escribir á los poetas locos  
Sonetos áureos y flamantes silvas.  
El Invierno es beodo.  
Cuando soplan sus brisas,  
Brotan las viejas cubas  
La sangre de las viñas.  
Sí, yo pintara su cabeza cana  
Con corona de pámpanos ceñida.  
El Invierno es galeoto,  
Porque en las noches frías  
Paolo besa á Francesca

En la boca encendida,  
Mientras su sangre como fuego corre  
Y el corazón ardiendo le palpita.  
¡Oh, crudo Invierno, salve;  
Puesto que traes con las nieves frías  
El amor embriagante  
Y el vino del placer en tu mochila!



Ardor adolescente,  
Miradas y caricias,  
¡Cómo estaría trémula en mis brazos  
La dulce amada mía,  
Dándome con sus ojos luz sagrada,  
Con su aroma de flor, savia divina!  
En la alcoba la lámpara  
Derramando sus luces opalinas;  
Oyéndose tan sólo  
Suspiros, ecos, risas,  
El ruido de los besos,  
La música triunfante de mis rimas,  
Y en la negra y cercana chimenea  
El tuero brillador que estalla en chispas.  
¡Dentro, el amor que abrasa;  
Fuera, la noche fría!

RUBÉN DARÍO.

## NOTICIAS



Gran sorpresa nos ha causado el núm. 356 de *Les Annales politiques et litteraires de la France*. En él encontramos traducido al francés y estropeado el cuento de nuestra ilustre colaboradora Sra. Pardo Bazán, *Travesura Pontificia*, que publicó LA ESPAÑA MODERNA en su número de Marzo; pero no es esto lo singular, sino que, en vez de decir la procedencia y el nombre del autor, *Les Annales* encabeza el cuento con el siguiente párrafo: «Nos refieren los periódicos italianos una anécdota que ha regocijado mucho el mes pasado la corte del Soberano Pontífice León XIII, anécdota que traduce para nosotros nuestro amable colega Pablo Ginosty.» Y á seguida encaja la versión de *Travesura Pontificia*.

Sin duda el cronista del *Dix neuvième siècle* pensó que los periódicos y los autores españoles son mejores para plagiados que para nombrados; y sin duda creyó también que sin la actualidad no tenía sal el cuento, por lo cual fijó la época en que ocurría, suponiéndola lo más próxima posible, sin pararse en verosimilitudes y desdeñando anacronismos.



**Infortunio y amor** (*La novela de un maestro*), por EDMUNDO DE AMICIS, versión castellana de A. SÁNCHEZ PÉREZ.—Un tomo de 534 páginas. Madrid: Imprenta de Enrique Rubiños, 1890.

*Emilio Ratti* es un joven á quien desgracias de familia y reveses de fortuna obligan á dedicarse á *maestro de escuela*, profesión á la cual se aficiona después, hasta el punto de consagrarse á ella con todas las fuerzas de su laboriosidad, con todos los ardores de su corazón, con todos los entusiasmos de su alma.

Las malandanzas de este *maestro*, en quien se ve personificada la porción más sana de esa clase, tan postergada, según se ve, en Italia como en España, ha dado ocasión al insigne Edmundo Amicis, que tantos apasionados tiene en España, para presentar en su último libro, publicado primorosamente por la casa Fe, una serie de cuadros en que se admiran á un mismo tiempo la valentía del dibujo y la entonación del color con la profundidad del pensamiento. El libro no es en realidad una novela, sino, como hemos dicho, una continuación de cuadros que demuestran el agudo ingenio, el gran talento de observación, la gracia natural, los bellos sentimientos que adornan al popular autor, y al propio tiempo el detenido y profundo estudio que de la materia ha hecho.

La vida del maestro rural, las vicisitudes por que va pasando desde que comienza sus estudios en la Escuela Normal hasta que llega á obtener

una plaza en Turín, están presentados, por Amicis en admirables estudios que aparecen unidos entre sí, sin relación con la persona de Emilio Ratti.

El último libro de Amicis, no es solamente un libro ameno, aunque su amenidad es mucha; es ante todo y sobre todo, un libro cuya lectura hace sentir y hace pensar, siendo á más de esto una obra verdaderamente agradable á quien busca solaz en los libros y honesto entretenimiento.

La traducción, debida al Sr. Sánchez Pérez, es de las más correctas que se han hecho en lengua castellana en los últimos años.

---

Nuestro célebre colaborador Antonio de Valbuena ha disparado otro obús contra la Academia Española, en forma de colección de artículos satíricos, titulados: *Ripios Académicos*. Nadie puede disputar á Valbuena el título de escritor ingenioso, castizo y puro en su estilo, y lleno de donaire casi siempre, sobre todo, cuando no extrema el carácter agresivo y mordaz de la sátira, y se contiene en los límites permitidos á la crítica literaria, severa, pero imparcial. Lo reconocen á menudo los mismos á quienes ataca: Valbuena domina el idioma castellano, posee don natural de hacer reir triturando un párrafo ó un verso, y en esto consiste la venta y popularidad de sus libros, fundados en asunto tan baladí como la crítica minuciosa de poesías, en su mayor parte olvidadas, que acaso ni recordarán ya sus propios autores, y el fenómeno de que en los *Lunes de El Imparcial*, y después en tomos, tengan lectores asiduos una serie de artículos donde sólo se debaten cuestiones gramaticales, enojosas cuando las manejan otras plumas no tan bien cortadas como la de Valbuena.

Pero, como suele decirse, *quid nimis probat, nihil probat*; y si la sátira de Valbuena es suficiente para entrenar y solazar al público; y para inutilizar á ciertos autores en quienes recaiga con justicia su censura, en cambio nada podrá contra reputaciones sólidas y universales, sirviendo únicamente para demostración de que si en el autor más ilustre pueden, al desmenuzarse y triturarse, registrarse ligeros defectos, el vapuleo censorio, aunque lo administren manos tan hábiles, no pulveriza más que el cartón dorado de las reputaciones falsas.

---

Consideramos que es motivo de satisfacción para cuantos aman las letras españolas el incremento que toma la traducción de nuestros autores célebres á idiomas extranjeros.

Acabamos de recibir y hojear la primorosa versión al inglés de las conferencias dadas por Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid sobre *La Revolución y la novela en Rusia*. El libro ha sido hecho en Chicago y la edición es tan bella que honra á las prensas norte-americanas.

---

**La honrada**, novela. — JACINTO OCTAVIO PICÓN. — Barcelona, 1890. — Henrich y Compañía, editores.

Favorablemente acogida por el público, que aprecia mucho el nombre del distinguido escritor Sr. Picón, esta novela ha sido diversamente juzgada por la crítica, á causa de la original y atrevida tesis que en sus páginas se desarrolla. Una señora de intachables costumbres y rectos instintos, engañada, explotada, vendida y maltratada por su marido, se ve compelida, para salvar su existencia y el pan de su hijo, á refugiarse en brazos de un amante, que se convierte en protector y en esposo efectivo para Plácida, aunque sin la sanción de la ley y la bendición del cura. Este argumento, muy dramático en medio de su sencillez, se desenvuelve produciendo escenas conmovedoras y dando lugar á descripciones sobrias y lindas. Los caracteres pecan acaso de falta de claro-oscuro: el marido legítimo es completamente malo, y el amante bueno del todo, sin un defecto siquiera. En conjunto, la novela merece el éxito que ha logrado, y el autor nuestros plácemes.

La edición, de poco agradable forma, ancha y grande en demasía: la casa Henrich no ha tenido acierto al elegirla para su *Colección de novelistas contemporáneos*. La ilustración, desigual y en algunas viñetas sumamente floja.

Ha venido á nuestras manos un tomo de poesías, fruto del ingenio de una escritora, cuyo nombre desconocíamos: La señora doña Carolina Valencia.

Adorna el libro un interesante prólogo de Emilia Pardo Bazán, y de él tomamos el siguiente párrafo, que sustituye con ventaja cuanto pudiéramos decir del ensayo de la poetisa palentina (en Palencia aparece impreso el tomo). «La Sra. Valencia se revela versificando con galanura, gallardía y fluidez, dignas de nuestros poetas más abundantes y sonoros. No necesita, pues, advertencias gramaticales ó retóricas preceptos. Tiene en el oído la música, el ritmo en el pulso y en el pico de la pluma el adjetivo y la imagen.»

Con el título de *La Cena de Sarah Whim*, ha publicado el conocido crítico de *La Época*, D. Luis Alfonso, un bonito libro que contiene media docena de cuentos, raros, ingeniosos y bien escritos.

Aunque la escuela literaria á que pertenece Luis Alfonso pasó de moda, su libro es tan ameno que se lee con deleite de un tirón.

El prólogo explica la historia de cada cuento: es algo así como un capítulo de los *Recuerdos de un literato*, de Daudet. Este género de memorias literarias, poco cultivado aquí, es de gran importancia tratándose de literatos ilustres, cuya vida interesa en todos sus pormenores.

# ÍNDICE

---

Páginas.

## SECCIÓN EXTRANJERA.

|                                                                      |    |
|----------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Las infecciones</i> , por el profesor R. Koch.....                | 5  |
| <i>La literatura y la gimnasia</i> , por Emilio Zola.....            | 27 |
| <i>Madame de Sevigné</i> , por C. A. Sainte-Beuve.....               | 37 |
| <i>El elixir del Padre Gaucher</i> (cuento), por Alfonso Daudet..... | 61 |
| <i>Un corazón sencillo</i> (cuento), por Gustavo Flaubert.....       | 75 |

## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

|                                                                                                                                                    |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>La mujer española</i> , III, <i>La clase media</i> , por Emilia Pardo Bazán...                                                                  | 121 |
| <i>La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna</i> , I, <i>La Metafísica</i> , por Campoamor.....                                            | 133 |
| <i>Holandeses en América</i> , <i>Viaje de circunnavegación de Oliverio van Noort</i> , y su derrota en Manila, por Cesáreo Fernández Duro..       | 147 |
| <i>El arte japonés</i> , por José Ramón Mélida.....                                                                                                | 167 |
| <i>La agricultura en la antigua Roma</i> , por Ángel Lasso de la Vega....                                                                          | 186 |
| <i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , I, por J. León Mera.....                                                            | 202 |
| <i>La cuestión económica</i> , consideraciones sobre el libro de este título publicado por D. Eduardo Sanz y Escartín, por J. Piernas Hurtado..... | 211 |
| <i>Invernal</i> (poesía), por Rubén Darío.....                                                                                                     | 216 |
| <i>Noticias</i> .....                                                                                                                              | 221 |

---